



Georges Simenon
Pietr, el Letón



Un mundo de novela ...
www.miscolecciones.org



En el verano de 1929, Georges Simenon, que navegaba por el Mar del Norte, se ve obligado a detenerse debido a una avería del barco. Mientras lo reparan, se instala en una gabarra abandonada. «Esa gabarra, en la que coloqué un gran cajón para mi máquina de escribir y una caja algo más pequeña para mi trastero, iba a convertirse en la cuna de Maigret. ¿Me disponía a escribir una novela popular como las demás? Una hora después, vi que empezaba a perfilarse la mole poderosa e impenetrable de un tipo que me pareció que sería un comisario aceptable. A lo largo de ese día fui añadiendo algunos accesorios: una pipa, un sombrero hongo y un grueso abrigo de cuello de terciopelo. Y le concedí, para su despacho, una vieja estufa de hierro colado».

Pietr Johansson, conocido como Pietr el Letón, es un famoso delincuente perseguido por las autoridades de toda Europa. La policía parisina es informada de la llegada del estafador a la estación del Norte, donde le esperará Maigret. A su llegada, y tras sospechar que le siguen, Pietr se refugia en el hotel Majestic; pero, tras entrevistarse con un multimillonario norteamericano, cambia de alojamiento. Mientras tanto, en el tren que le ha traído se descubre un cadáver que es la viva imagen de Pietr el Letón... El lector que abra las páginas de esta extraordinaria novela asistirá a un gran suceso: el nacimiento del comisario Maigret.

Georges Simenon

Pietr, el Letón

Comisario Maigret - 01

Título original: *Pietr-le-Letton*
Georges Simenon, 1931
Traducción: Carmen Alcalde

Editor digital: Titivillus



Capítulo uno

Edad aparente, 32; estatura, 1,69...

C.I.P.C. a Dirección general de Seguridad, París.

Xvzust Cracovie vimontra m ghks triv psot uv Pietr-le-Letton Bremen vs tyz btolem.

El comisario Maigret, de la primera Brigada Móvil, levantó la cabeza y tuvo la impresión de que el ronquido de la estufa de hierro colocada en medio de su despacho y unida al techo por un grueso tubo negro se hacía más débil. Dejó el telegrama, se levantó pesadamente, reguló la llave y echó tres paletadas de carbón al hogar.

Después de lo cual, de pie, dando la espalda al fuego, llenó la pipa y se aflojó el cuello postizo, que, aunque era muy bajo, le molestaba.

Miró el reloj, que marcaba las cuatro. Su chaqueta colgaba de un gancho colocado detrás de la puerta.

Se dirigió lentamente hacia la mesa de despacho, volvió a leer el telegrama y tradujo a media voz:

Comisión Internacional de Policía Criminal a Dirección General de Seguridad, París:

Policía Cracovia señala paso y salida para Bremen de Pietr el Letón.

La Comisión Internacional de Policía Criminal (C.I.P.C.) reside en Viena y dirige, en total, la lucha contra el bandolerismo europeo, encargándose más particularmente del enlace entre las diversas policías internacionales.

Maigret cogió un segundo telegrama, redactado también en *polcod*, lengua internacional secreta utilizada en las relaciones entre todos los centros

policíacos del mundo.

Tradujo mientras leía:

Polizei-praesidium de Bremen a Dirección General de Seguridad de París: Pietr el Letón señalado en dirección Amsterdam y Bruselas.

Un tercer telegrama, procedente de la *Nederlandsche Céntrale in Zake Internationale Misdadigers*, el G. Q. G. de la policía neerlandesa, anunciaba:

Pietr el Letón embarcado compartimento G. 263 coche 5, a las once mañana en la Estrella del Norte, con destino París.

El último telegrama en *polcod* procedía de Bruselas y decía:

Verificado paso Pietr el Letón 2 horas Estrella del Norte en Bruselas compartimento designado por Amsterdam.

Maigret, ancho y pesado, con las manos en los bolsillos y la pipa en la boca se plantó delante de un mapa inmenso desplegado en la pared, detrás de la mesa de despacho.

Su mirada fue desde el punto que representaba Cracovia hasta otro punto que designaba el puerto de Bremen; luego, de allí a Amsterdam y a Bruselas.

Volvió a mirar la hora. Las cuatro y veinte. La *Estrella del Norte* debía rodar a ciento diez por hora entre San Quintín y Compiègne.

Sin parada en la frontera. Sin disminuir la velocidad.

En el coche 5, compartimento G. 263, sin duda Pietr el Letón se ocupaba en leer o en mirar el paisaje que desfilaba ante sus ojos.

Maigret se dirigió hacia una puerta que abría un armario, se lavó las manos en una palangana de esmalte, pasó un peine por su duro cabello castaño oscuro, en el que apenas se distinguían algunos hilillos blancos alrededor de las sienes, y luego se ajustó de cualquier manera una corbata que nunca había logrado anudar correctamente.

Era noviembre. Caía la noche. Por la ventana pudo ver un brazo del Sena, la plaza Saint-Michel y un barco, todo ello envuelto en una sombra azul que las farolas una tras otra estrellaban.

Abrió un cajón, y recorrió con la mirada un telegrama del Despacho

Internacional de Identificación de Copenhague.

Dirección General de Seguridad, París:

Pietr-le-Letton 32 169 01512 0224 0255 02732 03116 03233 03243 03325 03415 03522 04115 04144 04147 05221... etc.

Esta vez se tomó el trabajo de traducir en voz alta e incluso de repetir varias veces, como un colegial que recita una lección:

—Señas personales de Pietr el Letón: edad aparente, treinta y dos años; estatura, 1, 69; nariz rectilínea, base horizontal, saliente máximo, particularidad: tabique no aparente, oreja reborde original, lóbulo grande, atravesado en el límite y dimensión máxima, antitragus saliente, límite del pliegue inferior convexo, límite forma rectilínea, límite particularidad surcos separados, ortognato superior, cara alargada, bicóncava, cejas despobladas rubio claro, labio inferior prominente, gran espesor inferior colgante, cuello largo, aureola amarillenta, periferia intermedia verdosa, cabellos rubio claro.

Era el *retrato hablado de Pietr el Letón*, tan elocuente para el comisario como una fotografía. Se dibujaban en primer lugar los grandes rasgos del individuo: un hombre pequeño, delgado, joven, de cabellos muy claros y cejas rubias y poco pobladas, de ojos verdosos, de cuello largo.

Maigret conocía además los menores detalles de la oreja, lo que le permitiría, en medio de la multitud, y aun cuando Pietr el Letón se hubiese maquillado, reconocerlo con seguridad.

Descolgó su chaqueta, se la puso, se echó sobre los hombros un pesado abrigo negro y se caló el sombrero hongo.

Dirigió una última mirada a la estufa, que parecía a punto de estallar.

Al final de un largo pasillo, en el descansillo que servía de antesala, hizo una recomendación a Jean:

—No descuides el fuego, ¿eh?

En la escalera le sorprendió el viento que venía de la calle, y tuvo que refugiarse en un rincón para encender su pipa.

A pesar de la monumental cristalera, las borrascas barrían los andenes de la estación del Norte. Varios cristales se habían desprendido de la marquesina y se habían hecho añicos entre las vías. La electricidad funcionaba mal. La

gente se arropaba contra el frío.

Ante una ventanilla, unos viajeros leían un cartel poco tranquilizador:
«Tempestad en la Mancha».

Y una mujer, cuyo hijo se embarcaba para Folkestone, ponía cara de angustia, con los ojos enrojecidos. Hasta el último momento le estuvo dando consejos. El muchacho tuvo que prometerle que no permanecería ni un instante en la cubierta del barco.

Maigret estaba de pie a la entrada del andén número 11, donde la multitud esperaba a la *Estrella del Norte*. Todos los grandes hoteles, además de la agencia Cook, estaban representados allí.

No se movió. Otros se mostraban nerviosos. Una mujer, con un abrigo de visón, y las piernas, por el contrario, con medias de seda invisible, iba y venía martilleando el suelo con sus tacones.

Él permanecía allí, enorme, con sus hombros impresionantes que proyectaban una gran sombra. Le empujaban al pasar y permanecía impasible como una pared.

La luz amarilla del tren asomó a lo lejos. Luego fue un ruido estrepitoso: gritos de los mozos, pasos agitados de los viajeros hacia la salida.

Desfilaron unos doscientos antes que la mirada de Maigret atrapase entre la muchedumbre a un hombrecillo vestido con un gabán de viaje verde a cuadros grandes, cuyo corte y color eran de un estilo claramente nórdico. El hombre no se daba prisa. Iba seguido de tres mozos. El representante de un «Palace» de los Campos Elíseos le abría paso obsequiosamente.

Edad aparente, 32; estatura, 1, 69... Sinus de la nariz...

Maigret no se inmutó. Le miró la oreja. Eso le bastaba.

El hombre vestido de verde pasó a su lado. Uno de los mozos rozó al comisario con una de sus maletas.

En el mismo instante, un empleado del tren echaba a correr, lanzaba algunas palabras apresuradas a su colega, que se mantenía a la entrada del andén, cerca de la cadena que permitía cerrar el paso.

Echaron la cadena. Hubo protestas.

El hombre del gabán de viaje estaba ya en la puerta.

El comisario fumaba dando pequeñas y frecuentes chupadas. Se acercó al

funcionario que había echado la cadena.

—¡De la policía! ¿Qué ocurre?

—Un crimen... Acaban de descubrir...

—¿Coche B?...

—Parece que sí...

La estación continuaba su vida acostumbrada. Únicamente el andén número 11 tenía un aspecto de anormalidad. Quedaban por salir cincuenta viajeros. Les habían cerrado el paso y comenzaban a impacientarse.

—Déjelos pasar... —dijo Maigret.

—Pero...

—Déjelos pasar...

Miró cómo salía la última oleada. El altavoz anunciaba la salida de un tren de cercanías. La gente corría. Delante de uno de los vagones de la *Estrella del Norte* un grupito esperaba algo. Eran tres hombres de uniforme de la compañía.

El jefe de estación fue quien llegó primero, con aire de importancia pero inquieto. Luego, una camilla rodó por el gran andén, atravesó los grupos en que la gente intranquila la seguía con los ojos, sobre todo los que se iban de viaje.

Maigret recorría el tren con su paso pesado, sin dejar de fumar. Coche 1, coche 2... Llegó al coche 5.

Había allí un grupo delante de la portezuela. La camilla se detuvo. El jefe de estación escuchaba a los tres hombres que hablaban a la vez.

—¡La policía!... ¿Dónde está?

Le miraron con evidente alivio. Avanzaba su plácida corpulencia entre el grupo agitado y, de pronto, los otros no fueron ya más que satélites.

—Al lavabo...

Maigret se empino y vio la puerta de los lavabos abierta, a su derecha. En el suelo había un cuerpo, doblado por la mitad, extrañamente contorsionado.

El jefe de tren daba órdenes desde el andén.

—Que lleven ese vagón a una vía muerta... ¡Esperen!... La 62... y que llamen al comisario especial...

Al principio sólo vio la nuca del hombre. Pero corriendo un poco su gorra mal colocada, descubrió la oreja izquierda.

—*Lóbulo grande, atravesado en el límite y dimensión mínima, antitragus...* —refunfuñó.

Había algunas gotas de sangre en el linóleo. Miró en torno suyo. Los empleados estaban en el andén o subidos al estribo. El jefe de estación no dejaba de hablar.

Entonces Maigret echó hacia atrás la cabeza del hombre y apretó más su pipa entre los dientes.

Si no hubiese visto salir al viajero del abrigo verde, si no le hubiera visto dirigirse en compañía de un intérprete del Majestic, hubiera podido dudar.

Las mismas señas personales. El mismo bigotillo rubio en forma de cepillo de dientes, bajo una nariz de arista pronunciada. Las mismas cejas claras y despobladas. Las pupilas de un gris verdoso.

¡Dicho de otro modo, Pietr el Letón!

Maigret no podía moverse en aquel lavabo reducido, donde el grifo que había dejado abierto seguía corriendo y donde un chorro de vapor se escapaba de una junta mal apretada.

Tenía las piernas contra el cadáver. Levantó el torso de éste y vio, en el pecho, en la camisa y en la chaqueta, huellas de las quemaduras provocadas por un disparo a bocajarro.

Aquello formaba una gran mancha negruzca donde la sangre mezclaba su púrpura violácea.

Al comisario le sorprendió un detalle. Por casualidad, se fijó en uno de los pies. Lo tenía doblado, torcido como todo aquel cuerpo que habían debido aplastar para poder cerrar la puerta.

Ahora bien, los zapatos eran un calzado negro muy vulgar, de saldo. Presentaba señales de habersele echado medias suelas. El tacón estaba gastado por un lado y, en medio de la suela, se veía un agujero redondo que el uso había ido produciendo lentamente.

Llegó el comisario especial de la estación, con todos sus galones, muy seguro de sí mismo, y preguntó desde el andén:

—¿Qué pasa ahora?... ¿Es un crimen?... ¿Un suicidio?... ¡Que no se toque nada mientras no lleguen del Juzgado!... ¡Cuidado!... ¡La

responsabilidad es mía!...

Maigret se vio apurado para salir de aquel lavabo donde estaba encajado entre las piernas del muerto. Con un ademán rápido, profesional, le palpó los bolsillos y se aseguró de que estaban vacíos, absolutamente vacíos.

Bajó del vagón, con la pipa apagada, el sombrero torcido, una mancha de sangre en un puño de la camisa.

—¡Anda! Es Maigret... ¿Qué piensa usted de todo esto?...

—¡Nada! Veremos...

—Un suicidio, ¿verdad?...

—Si le parece... ¿Ha telefonado usted al Juzgado?...

—En cuanto me he enterado...

Una voz gritaba en el altavoz. Algunas personas, que se habían dado cuenta de que ocurría algo anormal, miraban desde lejos el tren vacío, el grupo inmóvil cerca del estribo del coche número 5.

Maigret desapareció sin decir nada, salió de la estación y llamó un taxi.

—¡Al Majestic!...

La tormenta redoblaba. Las calles estaban barridas por torbellinos que daban a los transeúntes la silueta de borrachos. Una teja cayó, en alguna parte, sobre la acera. Los autobuses pasaban a toda marcha.

Los Campos Elíseos se habían transformado en una pista medio desierta. Las gotas de agua comenzaban a caer. El portero del Majestic se precipitó hacia el taxi con su enorme paraguas rojo.

—¡De la policía!... ¿Acaba de llegar un viajero de la *Estrella del Norte*?

El portero cerró el paraguas.

—Ha llegado uno, sí.

—Abrigo verde... bigote rubio...

—Eso es, pregunte usted en recepción...

La gente corría para escapar del chaparrón. Maigret penetró en el hotel con el tiempo justo de evitar unas gotas de lluvia del tamaño de nueces, frías como el hielo.

Detrás del mostrador de caoba, empleados e intérpretes se presentaban con toda elegancia y corrección.

—De la policía... Un viajero con abrigo verde... Con un bigotillo rubio...

—Habitación 17... Están subiéndole el equipaje.

Capítulo dos

El amigo de los multimillonarios

La presencia de Maigret en el Majestic tenía fatalmente algo de hostil. Formaba en cierto modo un bloque que la atmósfera del hotel se negaba a asimilar.

No porque se pareciese a los policías que las caricaturas han popularizado. No tenía ni bigote ni zapatos de suela gruesa. Su traje era de lana bastante fina, bien cortado. Además, se afeitaba todos los días y se cuidaba las manos.

Pero la figura era plebeya. Era enorme y huesudo. Bajo la chaqueta se dibujaban unos músculos duros que deformaban pronto también sus pantalones más nuevos.

Tenía, sobre todo, una manera muy particular de acomodarse en cualquier sitio, lo cual no dejaba de suscitar críticas de muchos de sus colegas.

Era algo más que estar seguro de sí mismo. Sin embargo, no era orgullo. Llegaba como un bloque y, desde ese momento, parecía que todo tenía que romperse contra ese bloque, ya fuera que avanzara, ya fuera que se quedase plantado con las piernas un poco separadas.

La pipa formaba una pieza con la mandíbula. No se la quitaba de la boca por el hecho de estar en el Majestic.

¿No era tal vez, en el fondo, un propósito de vulgaridad, de confianza en sí mismo?

Con un gran abrigo negro de cuello de terciopelo, era imposible no

reconocerlo enseguida en el *hall* iluminado donde las elegantes se agitaban entre regueros de perfume, risas agudas, cuchicheos, saludos de un estilo que brillaba por su falsedad.

Él no se preocupaba lo más mínimo de todo esto. Permanecía apartado del movimiento. Los ruidos del *jazz* que llegaban desde el *dancing* del sótano tropezaban contra él como contra una barrera impermeable.

Cuando comenzaba a subir por una escalera, le llamó el *liftman* para que tomase el ascensor. Pero ni siquiera volvió la cabeza.

En el primer piso le preguntó alguien:

—¿A quién busca usted?...

La voz pareció no haber llegado hasta él. Miraba los pasillos cubiertos hasta el infinito de alfombras rojas hasta producir náuseas y seguía subiendo.

En el segundo, con las manos en los bolsillos, descifró los números de las placas de bronce. La puerta del 17 estaba abierta. Unos criados con chaleco de rayas metían las maletas.

El viajero, que se había quitado el abrigo y que resultaba muy fino, muy delgado con su traje de estambre, fumaba un cigarrillo emboquillado y daba órdenes.

El 17 no era una habitación, sino un apartamento completo: salón, despacho, alcoba y cuarto de baño. Las puertas se abrían en el ángulo de dos pasillos, donde, como un banco en la esquina de la calle, habían colocado un espacioso diván circular.

Maigret se sentó allí, exactamente enfrente de la puerta abierta, estiró las piernas y se desabrochó el abrigo.

Pietr el Letón le vio y siguió dando órdenes sin manifestar la menor sorpresa ni desagrado. Cuando los criados acabaron de colocar las maletas y los baúles en los soportes, él mismo fue a cerrar la puerta, no sin haberla dejado un instante entreabierta para observar al comisario.

Maigret tuvo tiempo de fumar tres pipas y despachar a dos camareros y una doncella que fueron a preguntarle a quién esperaba.

Hacia las ocho, Pietr el Letón salió de sus habitaciones, más delgado y más pulcro todavía que antes, con un *smoking* de corte elegante en el que se veía la mano de un gran sastre inglés.

Iba con la cabeza descubierta. Su pelo, muy rubio y corto, comenzaba a

despoblarse. Presentaba unas grandes entradas que descubrían una frente huidiza y dejaba adivinar una calva rosada en medio del cráneo.

Sus manos eran largas, pálidas. En el anular izquierdo llevaba una sortija de platino con un diamante amarillo.

Estaba todavía fumando un cigarrillo ruso emboquillado. Pasó muy cerca de Maigret, estuvo a punto de pararse como si le sedujese la idea de dirigirle la palabra, y luego, preocupado, se dirigió hacia el ascensor.

Diez minutos más tarde se sentaba en el comedor, a la mesa del matrimonio Mortimer Levingston, que era el centro de la atención. La señora Levingston llevaba un collar de perlas que valdría por lo menos un millón.

La víspera, su marido había evitado la bancarrota de una gran empresa francesa de construcción de automóviles, de la que se había reservado, como es de suponer, la mayoría de las acciones.

Los tres empezaron a charlar alegremente. Pietr el Letón hablaba mucho, con una voz discreta, inclinándose un poco. Se le veía a sus anchas, natural, desenvuelto a pesar de la sombría silueta de Maigret que podía distinguir en el *hall*, a través de los cristales de las puertas.

En la recepción, el comisario reclamó la lista de viajeros. Leyó sin extrañeza, en el lugar donde había firmado el Letón, el nombre de Oswald Oppenheim, procedente de Bremen, armador.

No había duda de que poseía pasaporte en regla, documentación completa con ese nombre, como la poseía con otros.

Tampoco había duda de que ya en otros sitios se había entrevistado con los Mortimer Levingston: en Berlín, en Varsovia, en Londres o en Nueva York.

¿No había venido a París más que para reunirse con ellos y realizar una de las estafas colosales en las que estaba especializado?

Su ficha, que Maigret tenía en el bolsillo, decía:

Individuo sumamente hábil y peligroso, de nacionalidad desconocida, pero de origen nórdico. Se cree que haya nacido en Letonia o en Estonia; habla corrientemente el ruso, francés, inglés y alemán.

Muy instruido, pasa por ser el jefe de una poderosa banda internacional que practica especialmente la estafa.

Esta banda ha sido localizada sucesivamente en París, Amsterdam (asunto Van Heuvel), Berna

(asunto de los Armadores Reunidos), Varsovia (asunto Lipmann) y en diversas ciudades europeas donde sus procedimientos han sido menos claramente identificados.

Los cómplices de Pietr el Letón parecen pertenecer sobre todo a la raza anglosajona. Uno de los que han sido vistos más a menudo con él y que ha sido reconocido por haber presentado el cheque falsificado en el Banco Federal de Berna, ha resultado muerto al ser detenido. Se hacía pasar por cierto mayor Howard, de la American Legión, pero ha podido establecerse que era un antiguo *bootlegger* de Nueva York, conocido en los Estados Unidos por el mote de Fred el Gordo.

Pietr el Letón ha sido detenido dos veces. La primera en Wiesbaden, por estafa de medio millón de marcos a un negociante de Munich; la segunda en Madrid, por un asunto parecido cuya víctima fue una alta personalidad española.

Las dos veces su táctica ha sido la misma. Ha tenido una conversación con su víctima, a quien ha afirmado sin duda que los fondos robados estaban en lugar seguro y que su detención no haría que los encontraran.

Las dos veces la denuncia ha sido retirada y los denunciantes verosímilmente indemnizados.

Después de eso nunca ha sido cogido en flagrante delito.

Contactos probables con la banda Maronetti (moneda falsa y documentos oficiales falsos) y con la banda de Colonia (llamada de los perforadores de murallas).

Quedaba un rumor que circulaba por la policía de toda Europa: Pietr el Letón, jefe y *cajero* de una o de varias bandas, debía tener a su cargo unos cuantos millones diseminados bajo nombres diferentes en diversos Bancos, incluso invertidos en empresas industriales.

Pietr el Letón sonreía cortésmente al escuchar a la señora Mortimer Levingston, que le contaba una historia, y su mano blanca iba arrancando del racimo unas uvas suntuosas.

—¡Perdón, señor! ¿Quiere usted concederme un instante, por favor?

Maigret se dirigía a Mortimer Levingston en el *hall* del Majestic mientras Pietr el Letón acababa de volver a su habitación y lo mismo la americana.

Mortimer no tenía en absoluto el tipo deportivo de los yanquis. Pertenecía más bien a la raza latina.

Era alto, delgado. Su cabeza, muy pequeña, estaba cubierta de cabellos negros peinados con raya.

Parecía siempre fatigado. Sus ojos estaban ojerosos. Por lo demás, llevaba una vida agotadora, en la que encontraba medios de mostrarse en Deauville, en Miami, en el Lido, en París, en Cannes y en Berlín, de tomar su yate en cualquier sitio, de resolver un asunto en cualquier capital europea y arbitrar los más grandes combates de boxeo en Nueva York y en California.

Como un gran señor, miró de arriba a abajo a Maigret. Sin mover los labios, dejó caer:

—¿Usted es?...

—Comisario Maigret, de la 1ª Brigada Móvil...

Mortimer apenas frunció el ceño y permaneció un instante inclinado como si estuviese decidido a no concederle más que un segundo.

—¿Sabe usted que acaba de cenar con Pietr el Letón?

—¿Es todo cuanto tiene usted que decirme?

Maigret no se inmutó. Eran exactamente las palabras que esperaba.

Volvió a colocarse la pipa entre los dientes, se había dignado apartarla para dirigir la palabra al multimillonario, y gruñó:

—¡Eso es todo!

Estaba contento de sí mismo. Levingston pasó glacial y penetró en el ascensor.

Eran poco más de las nueve y media. La música sinfónica, que había acompañado la cena, cedía su sitio al *jazz*. Algunas personas llegaban de fuera.

Maigret no había comido. Permaneció de pie en medio del *hall*, sin manifestar la menor impaciencia. El gerente, desde lejos, no cesaba de dirigirle miradas inquietas y hurañas. Los más humildes miembros del personal, al pasar por su lado, ponían un ceño adusto, e incluso se las ingeniaban para tropezar con él.

El Majestic no lo digería. Él se obstinaba en constituir una gran mancha negra e inmóvil entre los dorados, las luces, las idas y venidas de los trajes de noche, de los abrigos de pieles, de las siluetas perfumadas y deslumbrantes.

La señora Mortimer salió la primera del ascensor. Había cambiado de vestido. Iba con una capa de raso forrada de armiño que le dejaba los hombros desnudos.

Parecía extrañada de no encontrar a alguien. Comenzó por pasearse golpeando el suelo cadenciosamente con sus altos tacones dorados.

De repente, se detuvo ante el mostrador de caoba tras el que se mantenían atentos los empleados y los intérpretes. Les dijo algunas palabras. Uno de los empleados oprimió un botón rojo y descolgó un receptor telefónico.

Se quedó sorprendido, y llamó a un botones, que se precipitó hacia el

ascensor.

La señora Levingston estaba visiblemente inquieta. A través de la puerta de cristales podían distinguirse, en la acera, las líneas aerodinámicas de un coche de marca americana.

El botones volvió a aparecer y habló al empleado. Éste, a su vez, dirigió la palabra a la señora Mortimer. Ella protestó. Seguramente le decía:

«¡Es imposible!...».

Entonces Maigret subió la escalera, se detuvo ante el 17 y llamó a la puerta. Tal y como esperaba, después de las escenas a las que acababa de asistir, no obtuvo respuesta.

Abrió y vio el salón vacío. En la habitación, el *smoking* de Pietr el Letón estaba abandonado descuidadamente sobre la cama. Un baúl-armario estaba abierto. Los zapatos de charol estaban sobre la alfombra, lejos uno de otro.

El gerente llegó, refunfuñando.

—¿Usted aquí ya?

—¿Y bien?... Ha desaparecido, ¿eh?... ¡Levingston también!... ¿No es eso?

—Bueno, no es preciso tomarlo por lo trágico. No están en su habitación ni uno ni otro, pero los encontraremos sin duda en cualquier rincón del hotel.

—¿Cuántas salidas tiene?

—Tres... La de los Campos Elíseos... La de los soportales y por último la puerta de servicio, en la calle de Ponthieu...

—¿Hay un guarda? ¡Llámele!...

El teléfono funcionó. El gerente estaba rabioso. Se enfadó con un proveedor que no le comprendía.

Su mirada, que no perdía de vista al comisario, no era nada benevolente.

—¿Qué significa esto? —dijo, mientras esperaba la llegada del guarda de la puerta de servicio, escondido en una pequeña garita de cristal.

—Nada, o casi nada, como usted dice...

—Espero que no se trate de un... de un...

Era excesivo pronunciar la palabra crimen, pesadilla de todos los hoteleros del mundo, desde los más humildes dueños hasta los gerentes de los «palaces».

—Vamos a saberlo.

La señora Mortimer Levingston apareció y preguntó:

—¿Y bien?...

El gerente se inclinó y balbuceó algo. Al fondo del pasillo apareció la silueta de un viejecito de barba sucia, con traje mal cortado, que contrastaba con el ambiente del hotel.

Naturalmente, estaba hecho para permanecer en los bastidores; de lo contrario, también él hubiese tenido un bonito uniforme y le habrían afeitado todas las mañanas.

—¿Ha visto salir a alguien?

—¿Cuándo?

—Hace unos minutos.

—A alguien de las cocinas, creo... No me he fijado... Un hombre con una gorra...

—¿Bajito y rubio? —intervino Maigret.

—Sí... Creo... No miré... Iba de prisa...

—¿Nadie más?

—No sé... He ido hasta la esquina a comprar el *Intran*...

La señora Mortimer Levingston perdía su sangre fría.

—¿Es así como buscan?... —pronunció dirigiéndose a Maigret—. Acaban de decirme que es usted de la policía... Tal vez hayan matado a mi marido... ¿A qué espera?

Maigret la miró fijamente con toda la fuerza de su mirada. Tranquilo, indiferente. ¡Como si sólo oyese el zumbido de una mosca! Como si sólo tuviese delante un objeto insignificante.

Ella no estaba acostumbrada a que la mirasen de aquella manera. Se mordió los labios, se sonrojó bajo su maquillaje, y golpeó el suelo con el pie, impaciente.

Maigret seguía observándola atentamente.

Entonces, sin aguantar más o tal vez porque no supo qué otra cosa hacer, tuvo una crisis de nervios.

Capítulo tres

Un mechón de cabellos

Era cerca de medianoche cuando Maigret llegó al *Quai des Orfèvres*, en plena tempestad. Los árboles del muelle eran sacudidos violentamente y pequeñas olas se levantaban alrededor del barquichuelo.

Los locales de la P. J. estaban casi desiertos. Jean, sin embargo, estaba en su puesto, en la antecámara a la cabeza de los pasillos bordeados de una multitud de despachos vacíos.

Del cuerpo de guardia llegaba ruido de voces. Luego, de tarde en tarde, bajo una puerta, salía un hilillo de luz: un comisario o un inspector que proseguía alguna investigación. En el patio se oían las detonaciones de uno de los coches de la Prefectura.

—¿Ha vuelto Torrence? —se informó Maigret.

—Volverá enseguida.

—¿Y el fuego?

—Tuve que abrir un poco la ventana de tanto calor como hacía en su despacho. ¡El agua rezumaba por las paredes!

—Encárgame unas cervezas y unos bocadillos. Pan de miga no, ¿eh?

Empujó una puerta y llamó:

—¡Torrence!...

Y el brigada Torrence le siguió a su despacho. Antes de salir de la estación del Norte, Maigret le había telefoneado para que continuase la investigación por este lado.

El comisario tenía cuarenta y cinco años. Torrence sólo treinta. Pero ya había en él algo macizo que hacía de él una reproducción de Maigret apenas reducida.

Habían llevado juntos muchas investigaciones sin pronunciar una sola palabra inútil.

El comisario se quitó el abrigo, la chaqueta y aflojó su corbata. De espaldas al fuego, dejó que el calor le penetrara durante un buen rato antes de preguntar:

—¿Qué hay?

—El Ministerio fiscal se ha reunido urgentemente. La Identidad Judicial ha hecho fotografías, pero no pudo revelar las huellas digitales. ¡Excepto las de la víctima, naturalmente! No corresponden a ninguna ficha dactiloscópica.

—¿No posee el servicio la ficha del Letón?

—Sólo su *retrato hablado*. Ni huellas, ni medidas.

—Por lo tanto, nada nos prueba que no sea Pietr el que ha muerto.

—¡Pero nada prueba que sea él!

Maigret había cogido su pipa y una petaca que ya sólo contenía un poco de polvo marrón. Maquinalmente, Torrence le alargó un paquete de *gris* abierto. Hubo un silencio. Luego oyeron ruido de pasos y de vasos que se golpeaban detrás de la puerta que Torrence abrió.

El camarero de la cervecería Dauphine entró, dejó sobre la mesa una bandeja con seis botellines de cerveza y cuatro gruesos bocadillos.

—¿Será bastante? —se aseguró al comprobar que Maigret no estaba solo.

—Vale así.

Sin dejar de fumar, el comisario se puso a comer y a beber, no sin antes haber ofrecido un botellín de cerveza al brigada.

—¿Y qué más?

—Interrogué a todas las personas del tren. Se ha comprobado que un hombre ha viajado sin billete. ¡El muerto o el asesino! Se supone que subió en Bruselas, por la parte de la vía. Se oculta uno más fácilmente en un vagón de lujo que en cualquier otro, gracias al gran espacio que hay en cada coche reservado para los equipajes. El Letón tomó el té entre Bruselas y la, frontera, hojeando un montón de periódicos ingleses y franceses, entre los que había varias hojas financieras. Entre Maubeuge y San Quintín se dirigió al lavabo.

El camarero lo recuerda porque, al pasar por su lado, le dijo: «Sírrame un whisky».

—¿Y volvió a su sitio después?

—Un cuarto de hora más tarde estaba sentado a la mesa delante de su whisky. Pero el camarero no le vio volver. —¿Nadie intentó después ir al lavabo?

—¡Perdón! Una viajera sacudió la puerta. La cerradura no funcionó. Fue al llegar a París cuando un empleado logró forzarla y descubrió que el mecanismo había sido parado con limaduras.

—¿Nadie hasta entonces había visto al segundo Pietr?

—¡Nadie! Si no, habría llamado la atención, ya que llevaba una ropa raída que no se ve en los trenes de lujo.

—¿Y la bala?

—Disparada a bocajarro. Revólver automático, de 6 mm. El tiro ha provocado tal quemadura, que el médico dice que habría sido suficiente para causar la muerte.

—¿No hay huellas de pelea?

—¡En absoluto! Los bolsillos vacíos.

—Lo sé...

—¡Perdón! Sin embargo, encontré esto en un bolsillo interior del chaleco que estaba cerrado con un botón.

Y Torrence cogió de su cartera un sobrecito de papel de seda donde se transparentaba un mechón de cabello castaño.

—Déme...

Maigret no dejaba de comer y beber.

—¿Cabellos de mujer o de niño?

—El médico forense pretende que son de mujer. Le he dejado algunos que me ha prometido estudiar a fondo.

—¿La autopsia?

—A las diez ya se había acabado. Edad probable: treinta y dos años. Estatura: 1,68.

»Ninguna tara hereditaria. Sin embargo, un riñón en bastante mal estado deja suponer que el hombre era alcohólico. El estómago aún contenía té y alimentos apenas digeridos, que le ha sido imposible analizar allí mismo.

Mañana trabajarán en ello. Una vez acabadas las investigaciones, el cadáver, depositado en el Instituto Médico-Legal, será conservado en hielo.

Maigret se limpió los labios, fue a su lugar preferido, delante de la estufa, y extendió una mano, donde Torrence colocó, como por reflejo, su paquete de tabaco.

—Por mi parte —dijo entonces el comisario— he visto a Pietr, o el que ha cogido su puesto, instalarse en el Majestic, cenar en compañía de los Mortimer-Levingston, con los que al parecer tenía una cita.

—¿Los millonarios?

—¡Sí! Después de la cena, Pietr volvió a su apartamento. Avisé al americano. Mortimer subió a su vez. Sin duda habían proyectado salir los tres juntos, ya que la señora Mortimer bajó al cabo de un momento, arreglada para la velada. Diez minutos después, comprobamos que los dos hombres habían desaparecido.

»El Letón cambió su *smoking* por ropa menos vistosa. Se puso una gorra y el portero le tomó por un criado de las cocinas.

»Levingston, por su parte, se fue tal y como estaba, con el mismo traje.

Torrence no dijo nada. Y, durante el largo silencio que siguió, se oyeron claramente los ruidos del huracán que hacía temblar los cristales y el ronquido de la estufa.

—¿Equipaje? —preguntó Torrence.

—Ya está hecho. ¡Nada! Ropa. Todos los bártulos de un viajero de gran lujo. Pero ni un solo papel. La Mortimer jura que su marido ha sido asesinado.

En alguna parte sonó una campana. Maigret abrió el cajón de su despacho, donde, por la tarde, había metido los telegramas referentes a Pietr el Letón.

Luego miró el mapa. Su dedo dibujó una línea: Cracovia, Bremen, Amsterdam, Bruselas y París.

En los alrededores de San Quintín se paró un momento: un muerto.

En París, parada brusca de la línea. Dos hombres desaparecen, en pleno Campos Elíseos.

Sólo queda un equipaje en un apartamento y la señora Mortimer-

Levingston, cuya cabeza estaba tan vacía como el baúl-armario del Letón en medio de su habitación.

La pipa de Maigret emitía un chirrido tan molesto, que el comisario cogió un ramito de plumas de pollo de otro cajón, limpió la boquilla, abrió la estufa y echó dentro las plumas sucias.

Había cuatro botellines de cerveza vacíos y los vasos cubiertos de espuma. Un hombre salía de uno de los despachos vecinos, volvió a cerrar su puerta con llave y se fue a lo largo del pasillo.

—¡Uno que ha terminado! —dijo Torrence—. Es Lucas. Ha detenido a dos traficantes de drogas gracias a un señorito que ha cantado.

Maigret atizó la estufa y se volvió a levantar con la cara enrojecida. Maquinalmente, cogió el sobrecito de seda y sacando los cabellos los movió a la luz. Luego volvió a plantarse delante del mapa, en el que la línea invisible que representaba el viaje del Letón era claramente una curva, casi medio círculo.

«¿Por qué subir a Bremen, desde Cracovia, antes de bajar hasta París?».

Seguía con el sobrecito de papel de seda en la mano. Murmuró:

«Ha contenido un retrato».

En efecto, era uno de esos sobrecitos que utilizan los fotógrafos para envolver las pruebas que entregan al cliente.

Pero era de un formato que ya sólo se ve en el campo y en las ciudades pequeñas de provincia y que antes se llamaba *formato álbum*.

La foto que había contenido aquel sobrecito debía de ser uno de esos cartones grandes, como la mitad de una tarjeta postal, en los que la imagen está reproducida sobre una fina hoja de papel blanca y brillante.

—¿Hay todavía alguien en el laboratorio? —se informó de repente el comisario.

—¡Supongo! Deben estar trabajando en el asunto del tren, revelando los clisés.

Sólo quedaba un vaso lleno encima de la mesa. Maigret lo vació de un trago y se puso la chaqueta.

—¿Me acompaña?... Estos retratos llevan de costumbre impresos el nombre y dirección del fotógrafo...

Torrence comprendió. Recorrieron una red complicada de pasillos y

escaleras, deambularon por los desvanes del Palacio de Justicia y llegaron al laboratorio de la Identidad Judicial.

Un especialista cogió el papel, lo palpó e incluso pareció olfatearlo. Luego se instaló bajo un fuerte proyector, rodó hacia él un aparato apocalíptico colocado encima de una carretilla.

El principio es sencillo: una hoja de papel blanco, puesta durante cierto tiempo en contacto con una hoja impresa o cubierta de escritura de tinta, acaba por impregnarse de los caracteres que figuran en la segunda hoja.

El resultado es invisible a simple vista. Pero la fotografía revela esta impregnación.

Desde el momento que había una estufa en el laboratorio, Maigret no tenía más remedio que colocarse allí. Permaneció así durante más de una hora, fumando pipa tras pipa, mientras Torrence seguía al fotógrafo en sus idas y venidas.

Por fin la puerta de una cámara oscura se abrió un poco. Una voz dijo:

—¿Y qué hay?

—El retrato estaba firmado: *Léon Moutet, fotógrafo de arte, muelle des Belges, Fécamp.*

Hacía falta un olfato de profesional para leer en la placa apenas impresa, en la que Torrence, por ejemplo, sólo distinguía sombras indistintas.

—¿Quiere ver las fotos del cadáver? —preguntó el especialista con buen humor—. ¡Son magníficas! ¡Y sin embargo, apenas teníamos sitio en aquel lavabo del vagón! Puede creerme que han tenido que colgar el aparato del techo...

—¿Se puede utilizar el teléfono?

—Sí... Después de las nueve, la empleada de la centralita no está ahí... Entonces me dan la comunicación...

El comisario llamó al Majestic y le contestó uno de los intérpretes.

—¿Ha vuelto el señor Mortimer-Levingston?

—Voy a informarme, señor. ¿Con quién tengo el honor de hablar?

—¡Policía!

—No ha vuelto.

—¿El señor Oswald Oppenheim tampoco?

—Tampoco.

—¿Qué hace la señora Mortimer?

Silencio.

—Le he preguntado lo que hace la señora Mortimer.

—Ella... Creo que está en el bar...

—Dicho de otro modo, ¿está borracha?

—Sí, ha bebido algunos cocktails. Dice que no volverá a su apartamento antes de que regrese su marido... ¿Cree usted que...?

—¿Qué?

—¡Oiga!... Aquí el gerente... —pronunció otra voz—. ¿Sabe algo nuevo?... ¿Cree usted que esta historia saldrá en los periódicos?...

Maigret colgó cínicamente. Para dar gusto al fotógrafo, lanzó una ojeada a las pruebas colocadas sobre los secadores, que aún estaban mojadas y relucientes.

Al mismo tiempo, habló a Torrence:

—Usted, amigo, va a ir a instalarse en el Majestic. Y, sobre todo, no se preocupe por el gerente.

—¿Y usted, jefe?

—Voy a mi despacho. Hay un tren para Fécamp a las cinco y media. No vale la pena que vuelva a casa y despierte a mi mujer. Oiga... supongo que la cervecería estará aún abierta. Al pasar, encárgueme cerveza...

—¿Un botellín? —dijo Torrence con aire inocente.

—¡Lo que usted quiera, amigo! El camarero es lo bastante astuto para entender tres o cuatro. Que añada algunos bocadillos.

Bajaron uno tras otro por una interminable escalera de caracol.

El fotógrafo, con una bata negra, una vez que se quedó solo contempló por delectación personal las pruebas que acababa de sacar y empezó a numerarlas.

Los dos policías se separaron al llegar a un patio glacial.

—Si sale usted del Majestic por cualquier razón, deje allí a alguno de los nuestros —recomendó el comisario—. En caso de que sea necesario, telefonaré allí...

Volvió a su despacho y atizó la estufa.

Capítulo cuatro

El segundo oficial del «Seeteufel»

La estación de La Bréauté donde, a las siete y media de la mañana, el comisario Maigret abandonó la gran línea París-El Havre, le dio un anticipo de Fécamp.

Un barucho mal iluminado, de paredes sucias, con un mostrador en el que se enmohecían unos pasteles secos y en el que tres plátanos y cinco naranjas intentaban formar una pirámide.

Aquí, la tempestad se sentía con más fuerza. Llovía a cántaros. Para ir de una vía a otra, había que chapotear con el barro hasta las rodillas.

Un tren feo y pequeño, formado con vagones de desecho. Unas granjas mal dibujadas en el pálido amanecer, medio borradas por la lluvia.

¡Fécamp! Un olor compacto a bacalao y arenque. Montones de barriles. Mástiles detrás de las locomotoras. Una sirena mugía en alguna parte.

—¿El muelle des Belges?

Era todo derecho. Bastaba con andar por los charcos viscosos en los que brillaban las escamas del pescado y en los que se pudrían sus vísceras.

El fotógrafo de arte era al mismo tiempo tendero y vendedor de periódicos. Vendía jerseys, camisas rojas de marinero de tela de lona, cuerdas de cáñamo y tarjetas de año nuevo.

Era un hombre jorobado y pálido, que recurrió a su mujer en cuanto oyó la palabra policía. Ella, una hermosa normanda, miró a Maigret a los ojos y pareció provocarle.

—¿Podría decirme qué fotografía ha contenido este sobre?

Resultó largo. Hubo que arrancar las palabras una tras otra al fotógrafo, pensar en su lugar.

Primero, el retrato databa por los menos de unos ocho años, ya que desde ocho años el operador no hacía fotos de ese modelo. ¿Quién había podido retratarse ocho años antes? El señor Moutet necesitó un cuarto de hora para recordar que guardaba en un álbum un ejemplar de todos los retratos ejecutados allí.

Su mujer fue a buscar el álbum. Algunos marinos entraban y salían. Los chiquillos venían a pedir un céntimo de caramelos. Fuera chirriaban los aparejos de los barcos. Se oía el mar que hacía rodar los guijarros a lo largo del dique.

Maigret hojeó el álbum y precisó:

—Una joven de cabello moreno, muy fino...

Aquello fue suficiente.

—¡La señora Swaan! —exclamó el fotógrafo.

Y encontró el retrato enseguida. Era la única vez que había tenido una modelo presentable.

La mujer era guapa. Parecía tener veinte años. La foto cabía justa en el sobre.

—¿Quién es?

—Sigue viviendo en Fécamp. Pero ahora posee un hotelito en el flanco del acantilado, a cinco minutos del Casino...

—¿Casada?

—En aquella época no lo estaba. Trabajaba como cajera en el Hotel del Ferrocarril.

—Naturalmente, enfrente de la estación.

—Sí, debe haberlo visto usted al pasar. Es huérfana, de un pueblo de los alrededores... Les Loges... ¿Lo conoce?... Fue así como conoció a un viajero que paró en el hotel, un extranjero... Se casaron... Ahora, ella vive en el hotel con sus dos hijos y una criada...

—¿El señor Swaan no vive en Fécamp?

Hubo un silencio, un cruce de miradas entre el fotógrafo y su mujer. Fue la mujer la que habló.

—Ya que se trata de la policía es mejor decirlo todo, ¿no? Por otra parte, va a enterarse usted de todos modos... Sólo son habladurías... El señor Swaan no está casi nunca en Fécamp. Cuando viene, sólo se queda unos días... A veces, incluso no hace más que pasar...

»Cuando llegó era poco después de la guerra... Estaban reorganizando la pesca en Terranova, que habían tenido que abandonar durante cinco años...

»Quería estudiar la cuestión y poner fondos en los negocios que se montaban.

»Decía ser noruego... Su nombre es Olaf... Los pescadores de arenques que van a veces hasta Noruega dicen que allí hay mucha gente que se llama así...

»Eso no quita que se corriese la voz de que en realidad se trataba de un alemán que se dedicaba al espionaje.

»Por eso, cuando se casó, mantuvieron apartada a su mujer...

»Luego se supo que era marino, que navegaba como segundo oficial a bordo de un barco mercante alemán, que era por eso por lo que venía con tan poca frecuencia.

»Acabaron por no ocuparse más de él, pero la gente como nosotros desconfía de todas formas...

—¿Me ha dicho usted que tienen hijos?

—Dos... Una niña de tres años y un bebé de unos meses...

Maigret quitó el retrato del álbum e hizo que le dijese dónde se encontraba el hotel. Era un poco temprano para presentarse allí.

Esperó durante dos horas en un café del puerto, escuchando cómo discutían los marinos de la pesca del arenque que estaba en su mejor momento. Cinco barcos pesqueros negros estaban colocados a lo largo del muelle. Estaban descargando banastas de pescado y el aire apestaba a pesar de la tempestad.

Para llegar al hotel siguió a lo largo del dique desierto, rodeó el casino cerrado, cuyos muros estaban decorados aún con los carteles del verano anterior.

En fin, subió por un camino muy pendiente que se abría al pie del acantilado. De vez en cuando veía la verja de un hotelito.

El que iba buscando era de ladrillos rojos, no muy grande, confortable. Se

notaba que por la época de verano el jardín con caminos de gravilla blanca estaba cuidado con esmero. Desde las ventanas, la vista debía extenderse a lo lejos.

Llamó a la puerta. Un dogo danés, sin ladrar pero con aspecto de lo más feroz, vino a olfatear a través de la verja. Una criada apareció a la segunda llamada del timbre, ató primero al perro dentro de su caseta y preguntó:

—¿Qué desea?

Tenía el acento de la región.

—Querría ver al señor Swaan, por favor.

La mujer pareció titubear.

—No sé si el señor está en casa... Voy a ver...

No había abierto la puerta del jardín. Continuaba lloviendo a torrentes. Maigret estaba calado hasta los huesos.

Vio a la criada subir los escalones y desaparecer en la casa. Luego vio moverse un visillo en una de las ventanas. Al poco rato, la chica volvió.

—El señor no regresará hasta dentro de unas semanas. Está en Bremen...

—En ese caso, querría hablar con la señora Swaan...

—La señora no está arreglada. Tendrá usted que esperar...

Chorreando agua fue introducido en un saloncito acogedor, con visillos blancos en las ventanas y con el suelo encerado.

Los muebles, que eran nuevos, eran del tipo que suele encontrarse en todas las casas de la pequeña burguesía. Eran de buena calidad, de un estilo que en 1900 llamaban moderno.

En roble claro. Unas flores en un jarrón de barro «artístico» se veía en medio de la mesa. Los tapetes de bordado inglés.

En un velador, por el contrario, un magnífico samovar de plata labrada que valía él solo más que todo el resto del mobiliario.

Se sentía ruido en algún sitio, en el primer piso. En otra parte, detrás de una de las paredes de la planta baja, lloraba un niño y otra voz murmuraba algo con una entonación sorda y monótona como para consolarle.

Por fin, unos pasos silenciosos en el pasillo. Se abrió la puerta. El comisario Maigret se encontró en presencia de una joven que se había

arreglado a toda prisa para recibirle.

Era de estatura mediana, más bien regordeta que delgada y tenía un bonito rostro grave donde en aquel instante se reflejaba una vaga inquietud. A pesar de todo, sonrió y dijo:

—¿Por qué no se sienta usted?

Del abrigo de Maigret, de su pantalón, de su calzado caían chorritos de agua en el suelo encerado y formaban pequeños charcos.

No podía sentarse así en los sillones de terciopelo verde claro del salón.

—Es la señora Swaan, ¿verdad?

—Sí, señor...

—Perdóneme que la moleste... Se trata de una simple formalidad... Formo parte de la policía de control de extranjeros... En este momento estamos levantando un censo...

Ella no dijo nada. No parecía por eso ni más inquieta ni más tranquila.

—Creo que el señor Swaan es sueco, ¿no es verdad?

—Perdón... Noruego... Pero para un francés es lo mismo. Yo misma, al principio...

—¿Es oficial de marina?

—Navega en calidad de segundo oficial a bordo del *Seeteufel* de Bremen...

—Eso es... Entonces trabaja para una sociedad alemana.

Ella se sonrojó un poco.

—El armador es alemán, sí... Al menos en los papeles...

—¿Es decir?...

—No creo que sea necesario ocultárselo... Usted sabe sin duda que después de la guerra hay una crisis de la marina mercante... Aquí mismo le citarán a usted capitanes de viajes largos que, a falta de trabajo, se ven obligados a embarcarse como segundo o tercer oficial... Otros se dedican a la pesca en Terranova y en el mar del Norte.

Ella hablaba con cierta precipitación pero con una voz dulce, igual.

—Mi marido no ha querido firmar un contrato para el Pacífico, donde hay más trabajo, pues no habría podido volver a Europa hasta dentro de dos años... Unos americanos, poco después de nuestro casamiento, armaban el *Seeteufel* a nombre de un armador alemán... Y precisamente si Olaf ha

venido a Fécamp era para asegurarse de que no había aquí otras goletas en venta...

»Comprende usted ahora... Se trataba de hacer contrabando de alcohol en los Estados Unidos...

»Se han fundado grandes sociedades con capitales americanos... Tienen su sede en Francia, en Holanda o en Alemania.

»Mi marido, en realidad, trabaja para una de esas sociedades. El *Seeteufel* hace lo que ellos llaman la *Avenida del Ron*.

»Por consiguiente, él no tiene nada que ver con Alemania...

—¿Está navegando en este momento? —preguntó Maigret sin quitar los ojos de aquel lindo rostro que tenía algo de franco y al mismo tiempo, a veces, de conmovedor.

—No lo creo. Usted comprenderá que los viajes no son tan regulares como los de los transatlánticos. Pero estoy calculando aproximadamente la posición del *Seeteufel*. A estas horas debe estar en Bremen o muy cerca de llegar allí...

—¿Ha ido usted ya a Noruega?

—¡Nunca! No he salido, por decirlo así, de Normandía. Sólo dos o tres veces para pasar cortas temporadas en París.

—¿Con su marido?

—Sí... Entre otras en nuestro viaje de novios.

—Es rubio, ¿verdad?

—Sí... ¿Por qué me pregunta usted eso?

—¿Con un bigotito claro, recortado?

—Sí... Además puedo enseñarle su retrato.

Abrió una puerta y salió. Maigret la oyó andar por la habitación de al lado.

Tardó en volver más de lo que podría suponerse. Y en el hotelito hubo ruidos de puertas abiertas y cerradas, de idas y venidas poco explicables.

Por fin, volvió a aparecer, azarada, vacilante.

—Perdone usted... —dijo—. No logro encontrar el retrato... Donde hay niños, todo está siempre en desorden...

—Una pregunta todavía... ¿A cuántas personas ha dado usted esta fotografía suya?

Maigret le enseñó la prueba que el fotógrafo le había entregado. La señora Swaan, muy turbada, balbuceó:

—No comprendo...

—¿Su marido tendrá sin duda un ejemplar?...

—Sí... Estábamos casados cuando...

—¿Ningún otro hombre posee esta foto?

La mujer estaba a punto de llorar. Sus labios tenían un temblor que traicionaba su azoramiento.

—Ninguno...

—Muchas gracias, señora...

Cuando salía, una niñita pasó por la antesala. Maigret no tuvo necesidad de detallar sus rasgos. ¡Era el vivo retrato de Pietr el Letón!

—¡Olga!... —dijo la mamá, enfadada, empujando a la niña hacia una puerta entreabierta.

El comisario estaba otra vez fuera, en medio de la lluvia, de la borrasca.

—Usted siga bien, señora...

La vio un instante todavía por la abertura de la puerta, y tuvo la sensación de dejar desamparada a aquella mujer que había sorprendido en su casa, en el calor del hotelito.

Y había otras señales, sutiles, indefinibles, pero a base de angustia, en los ojos de la joven mamá que volvía a cerrar la puerta.

Capítulo cinco

El ruso borracho

Son cosas de las que uno no se enorgullece, que harían sonreír si se hablase de ellas y que, sin embargo, exigen cierta calidad de heroísmo.

Maigret no había dormido. Desde las cinco y media a las ocho había estado sacudido en compartimentos llenos de corriente.

Desde La Bréauté, estaba empapado. Ahora, sus zapatos escupían agua sucia a cada paso, su sombrero hongo estaba deforme, su gabán y su chaqueta calados.

El viento hacía golpear la lluvia en su cuerpo como bofetadas. La callejuela estaba desierta. Un simple sendero en cuesta, entre muros de jardines. Por en medio corría un torrente.

Permaneció un buen rato inmóvil. Hasta su pipa, en el bolsillo, estaba mojada. Ningún medio para ocultarse en los alrededores del hotelito. Lo más que podía hacer era cobijarse lo mejor posible contra un muro y esperar.

Si pasaba alguien, le verían y se volverían. Tendría que quedarse allí tal vez durante horas. No había ninguna prueba formal de que hubiese un hombre en la casa. Y, si había uno, ¿sentiría la necesidad de salir?

Sin embargo, Maigret, de mal humor, llenando de tabaco su pipa mojada, se apretó lo más que pudo en un vago hueco...

No era el lugar de un oficial de la Policía Judicial. Necesidad de principiante, todo lo más. Había montado guardias semejantes cien veces, entre los veintidós y los treinta años.

Le costó el mayor trabajo del mundo encender una cerilla. La lija de su caja se deshacía. Y tal vez se habría marchado si uno de los extremos de la madera no se hubiese encendido.

Desde donde estaba, no veía nada más que un muro bajo y la verja pintada de verde del hotelito. Tenía los pies en unas zarzas. Sentía correr el frío por su nuca.

Fécamp estaba bajo él, pero no podía ver el pueblo. Sólo oía el ruido del mar y, de vez en cuando, el grito de una sirena, el paso de un coche.

Hacía media hora que montaba la guardia cuando una mujer que tenía el aspecto de una cocinera subió el camino con una cesta de provisiones. No vio a Maigret hasta que pasó por su lado. Aquella silueta enorme, inmóvil y pegada contra un muro, en la callejuela barrida por el viento, la asustó hasta tal punto que se puso a correr.

Trabajaba sin duda en uno de los hotelitos de lo alto de la costa. Unos minutos después, apareció un hombre en la curva, observó a Maigret de lejos, se reunió con él una mujer y los dos entraron en su casa.

La situación era ridícula. El comisario sabía que de cien probabilidades no había diez de que su guardia sirviese de algo.

Y sin embargo siguió allí, a causa de una vaga impresión, que ni siquiera hubiera podido llamar presentimiento.

Más bien era una teoría propia, que por otra parte nunca había desarrollado y que seguía siendo para él poco precisa, lo que a pesar de él llamaba la teoría de la fisura.

En todo malhechor, en todo bandido, hay un hombre. Pero hay también y sobre todo un jugador, un adversario, y es a él a quien la policía siente tentaciones de ver, a él a quien, generalmente, atacan.

¿Se ha cometido un crimen o un delito cualquiera? Se emprende la lucha sobre los datos más o menos objetivos. Problema de una o varias incógnitas, que la razón trata de resolver.

Maigret actuaba como los otros. También como los otros usaba utensilios extraordinarios que los Bertillon, los Reiss, los Locard han puesto entre las manos de la policía y constituyen una verdadera ciencia.

Pero él buscaba, esperaba, acechaba sobre todo *la fisura*. Dicho de otro modo, el momento en que, detrás del jugador, aparece el hombre.

En el Majestic había tenido delante suyo al jugador.

Aquí, presentía otra cosa. El hotelito apacible y ordenado no formaba parte de los accesorios de la lucha emprendida por Pietr el Letón. Sobre todo aquella mujer, aquellos niños que había visto u oído, pertenecían a otro orden material y moral.

Y por eso, esperaba, por otra parte de mal humor, pues le gustaba mucho su estufa de hierro, su despacho con cerveza espumosa sobre la mesa, para no sentirse desgraciado en aquella maldita tempestad.

Cuando había empezado su guardia eran un poco más de las diez. Eran ya las doce y media cuando unos pasos hicieron crujir la gravilla de un paseo, cuando la verja se abrió con movimientos precisos y rápidos, y cuando una silueta se perfiló a diez metros del comisario.

El terreno no le permitía retroceder. Por eso permaneció allí, inmóvil, más bien inerte, plantado sobre sus piernas que el pantalón empapado esculpía a grandes rasgos.

El hombre que salió del hotelito llevaba un *trench-coat* con cinturón y se había subido el cuello gastado. En la cabeza llevaba una gorra gris.

Aquella ropa le hacía parecer muy joven. Con las manos en los bolsillos, los hombros encogidos y tiritando a causa del cambio brusco de temperatura, bajó por la costa.

Tuvo que pasar a menos de un metro del comisario. Eligió ese momento para detenerse, sacar del bolsillo un paquete de cigarrillos y encender uno.

¡Se hubiera podido creer que le preocupaba poner la cara a plena luz, permitir al policía que le detallase!

Maigret le dejó dar aún algunos pasos, luego echó a andar tras él, con el ceño fruncido. Su pipa estaba apagada. Toda su persona respiraba desagrado, al mismo tiempo que una voluntad impaciente de comprender. Ya que el hombre con el *trench-coat* se parecía al Letón y no se parecía. La misma estatura: alrededor de un metro sesenta y ocho. Incluso se le podía echar la misma edad aunque, vestido de aquella manera, parecía tener más bien veintiséis que treinta y dos años.

Nada impedía que fuese el original del *retrato hablado* que Maigret conocía de memoria y cuyo texto llevaba en el bolsillo.

¡Y sin embargo era otro hombre! Por ejemplo, los ojos tenían una

expresión más turbia, nostálgica. El gris era más claro, como si sus pupilas se hubieran descolorido con la lluvia.

No tenía el bigotito rubio cortado en forma de cepillo de dientes. Pero no era sólo eso lo que le cambiaba.

Había otros detalles que chocaban a Maigret. Su modo de vestir no recordaba en nada al de un oficial de la marina mercante. Ni siquiera iban bien con el hotelito, con la vida burguesa, holgada.

Los zapatos estaban viejos, los tacones gastados. Como el hombre, a causa de la lluvia, se había subido el bajo de los pantalones, el comisario vio unos calcetines de algodón gris descoloridos y zurcidos de una manera grosera.

El *trench-coat* estaba cubierto de múltiples manchas. El conjunto respondía a un tipo que Maigret conocía bien, tipo de vagabundo europeo, casi siempre procedente del Este, que para en los peores hoteles de París, a veces duerme en las estaciones, rara vez va a provincias, viaja en tercera clase o, sin pagar, en los estribos o en los trenes de mercancías.

Tuvo la prueba unos minutos después. Fécamp no posee tugurios propiamente hablando. Sin embargo, hay, detrás del puerto, dos o tres tabernas sórdidas frecuentadas más por los encargados del pañol que por los pescadores.

A diez metros de aquellos establecimientos, un café correcto, limpio y claro.

Ahora bien, el hombre del *trench-coat* pasó por delante de este último sin pararse, entró con toda naturalidad en la taberna de peor aspecto y apoyó los codos en la barra con un gesto que no podía equivocar a Maigret.

Era un gesto familiar, simple y canalla. Por más que el comisario hubiese querido imitarle, no lo habría logrado.

Maigret entró a su vez. El hombre había pedido una imitación de ajeno y permaneció allí, sin decir nada, con la mirada vacía, indiferente a Maigret, de pie al lado suyo.

Por una abertura de la ropa el policía pudo ver una ropa interior sospechosa. ¡Y aquello tampoco se imitaba! La camisa, el cuello reducido al estado de una cinta, había sido llevada durante días y días, más bien semanas. ¡Habían dormido con ella sabe Dios dónde! ¡Habían sentido calor allí dentro!

Había llovido encima.

El traje no dejaba de ser elegante, pero presentaba los mismos estigmas, proclamaba el mismo vagabundaje crapuloso.

—¡Otra vez!

El vaso estaba vacío. El dueño lo llenó y sirvió a Maigret un *fil-en-six*.

—Y bien, ¿otra vez se le ve por aquí?...

El hombre no contestó, se tragó el aperitivo de un trago, del mismo modo que había bebido el primero y, empujando el vaso por el cinc, hizo una seña para que lo llenase de nuevo.

—¿Quiere comer algo?... Tengo unos arenques en vinagre...

Maigret se había acercado a una estufita a la que ofrecía ahora su espalda reluciente como un paraguas. El dueño no se desanimó. Echando una ojeada al comisario, volvió a dirigirse al cliente del *trench-coat*:

—¡A propósito! La semana pasada tuve aquí a un compatriota suyo... Un ruso de Arkhangelsk... Iba a bordo de un tres mástiles sueco que tuvo que anclar en el puerto a causa de la tempestad... ¡Le juro que no le dio tiempo a emborracharse!... Tenían un trabajo de mil diablos... Las velas desgarradas, dos vergas rotas y todo el temblor...

El otro, con su cuarto ajeno, bebía con atención. El dueño llenaba el vaso a medida que se vaciaba, y en cada ocasión lanzaba una mirada de complicidad a Maigret.

—En cuanto al capitán Swaan, no volvió desde la última vez que estuvo usted...

El comisario se estremeció. El hombre del *trench-coat*, que acababa de apurar, sin agua, el contenido de su quinto vaso, se aproximó con paso indeciso, eludió a Maigret, y puso sus manos al calor de la estufa.

—Póngame un arenque... —dijo.

Tenía un acento bastante marcado, un acento ruso, por lo que el policía pudo deducir.

Estaban allí, uno junto al otro por decirlo así. Más de una vez, el hombre se pasó la mano por la cara, mientras sus ojos eran cada vez más turbios.

—¿Mi vaso?... —se impacientó.

Fue preciso ponérselo en la mano. Mientras bebía fijó la mirada en Maigret y esbozó una mueca de disgusto.

¡No había error posible en aquella expresión! Además, como para afirmar todavía sus sentimientos, tiró el vaso al suelo, se apoyó en el respaldo de una silla y gruñó algo en una lengua extranjera.

El patrón, un poco inquieto, se las arregló para pasar junto a Maigret y susurrarle, creyendo hablar bajo, pero tan alto que el ruso no perdió ninguna de sus palabras:

—¡No haga caso! Siempre es igual.

El hombre emitió una risa inarticulada de borracho. Se dejó caer sobre una silla, se cogió la cabeza entre las manos y se quedó inmóvil hasta que le pusieron entre los codos, encima de la mesa, un plato con un arenque ahumado.

—¡Algo de beber!...

El patrón levantó los brazos y gruñó en son de excusa:

—¡Estos rusos!

Y se puso un dedo en la frente.

Maigret se echó hacia atrás el sombrero. De sus ropas emanaba una especie de vaho grisáceo. Estaba, sin embargo, en su segundo *fil-en-six*.

—¡Póngame también un arenque! —dijo.

Estaba comiéndolo con un trozo de pan cuando el ruso se levantó, miró a su alrededor sin saber lo que hacer, y retrocedió mirando a Maigret.

Después se desplomó sobre el mostrador, cogió un vaso y tiró una botella al suelo.

Él mismo se sirvió sin mirar lo que tomaba y bebió haciendo chasquear la lengua.

Finalmente, sacó de su bolsillo un billete de cien francos.

—¿Es bastante, canalla? —preguntó al dueño de la taberna.

Tiró el billete, y el patrón hubo de cogerlo del suelo.

El ruso fue hasta la puerta, forcejeando para abrirla, estuvo a punto de originar una disputa, porque el dueño quería ayudar a su cliente y éste le rechazaba a codazos.

El tipo del *trench-coat* se perdió por fin en la bruma y bajo la lluvia, a lo largo del muelle, en dirección a la estación.

—¡Todo un caso! —suspiró el patrón, dirigiéndose a Maigret, que pagaba las consumiciones.

—¿Viene a menudo?

—De vez en cuando... En cierta ocasión, pasó la noche aquí, en el banco donde usted está ahora sentado... ¡Es ruso!... Marineros rusos que se encontraban en Fécamp un día en que estaba él, me lo dijeron... Parece que era un hijo de buena familia... ¿Observó sus manos?...

—¿No encuentra que se parece al capitán Swaan...?

—¡Ah! ¿Le conoce usted?... ¡Por supuesto! Pero no hasta el punto de tomarles por gemelos. ¡Aunque...! Yo creí durante mucho tiempo que era su hermano...

La silueta gris desapareció en un recodo. Maigret aceleró.

Alcanzó al ruso en el momento en que éste entraba en la sala de espera de tercera de la estación; se había dejado caer en un banco y tenía la cabeza entre las manos.

Una hora después, estaban instalados en el mismo compartimento, en compañía de un feriante de Yvetot que se puso a contar a Maigret historias divertidas en dialecto normando, y que de vez en cuando le daba con el codo señalándole a su vecino.

El ruso se deslizó insensiblemente y terminó tumbado en el asiento, con la cabeza sobre el pecho, la boca entreabierta y apestando a alcohol.

Capítulo seis

«Al Rey de Sicilia»

A partir de La Bréauté, donde se despertó, el ruso no volvió a dormirse. Era cierto que el expreso El Havre-París iba atestado, y Maigret y su compañero permanecieron en el pasillo, plantados cada uno delante de la puerta, mirando el confuso paisaje que la noche ocultaba poco a poco.

El hombre del *trench-coat* no se inquietó ni siquiera una vez por la presencia del policía, y en la estación Saint-Lazare no intentó aprovecharse de la muchedumbre para escapar.

Al contrario, bajó despacio la gran escalinata y, al advertir que no tenía cigarrillos, compró una cajetilla en el estanco de la estación e incluso estuvo a punto de entrar en el lavabo. Pero cambiando de opinión se puso a recorrer las calles arrastrando los pies. Componía una figura lamentable por su abandono.

De Saint-Lazare al ayuntamiento hay un buen trecho. Hay que atravesar todo el centro de la ciudad, y hacerlo entre las seis y las siete de la tarde supone casi una heroicidad; los transeúntes desfilan en oleadas por las aceras, los coches se deslizan por la calzada a un ritmo tan constante como el de la sangre en las arterias.

Los hombros huesudos, el impermeable atado a la cintura, manchado de barro y de grasa, los zapatos con los tacones rotos, vagabundeaba bajo las

luces en un movimiento constante, sin detenerse ni volverse.

Tomó el camino más corto por la calle del 4 de Septiembre y atravesó Les Halles, lo que demostraba que conocía el trayecto.

Alcanzó el *ghetto* de París, cuyo centro es la calle Des Rossiers, pasó al lado de tiendas con inscripciones en *yiddish*, carnicerías *cachères*, panaderías.

En un recodo, cerca de una calle estrecha y sombría que parecía un túnel, una mujer quiso cogerlo del brazo, pero lo dejó sin decirle una sola palabra, sin duda impresionada.

Por fin llegó a la calle del Rey de Sicilia, irregular, rodeada de callejones y de callejas, patios ruidosos, mitad barrio judío, mitad colonia polaca, y después de recorrer doscientos metros, penetró en un hotel.

Un cartel en porcelana anunciaba: *El Rey de Sicilia*.

Debajo se leían inscripciones en judío, polaco y otros idiomas incomprensibles, y probablemente también en ruso.

Al lado había las ruinas de un edificio, que había habido que reforzar con maderos.

Continuaba lloviendo, pero el viento no corría por aquella especie de pozo.

Maigret oyó el ruido de una ventana que se cerraba bruscamente en el tercer piso del hotel. Sin dudarlo un momento, entró.

No había puerta. Una escalera, y en el entresuelo una ancha vidriera detrás de la cual se veía comiendo a una familia judía.

El comisario llamó, pero en lugar de abrir la puerta descorrieron el cerrojo de un ventanuco. Un olor rancio a comida salió por él. El judío tenía un gorro negro sobre la cabeza. La gruesa mujer seguía comiendo.

—¿Qué pasa?

—¡Policía! ¿Cómo se llama el huésped que acaba de entrar?

El hombre gruñó algo en su idioma, fue a buscar en un cajón un viejísimo registro y se lo tendió al comisario sin decir nada.

Al mismo tiempo, Maigret sintió que alguien le observaba desde la oscura escalera. Se volvió rápidamente y vio brillar un ojo, unos diez escalones más

arriba de donde se encontraba.

—¿Qué habitación?

—La 32...

Hojeó el registro, y leyó:

«Fedor Yourovitch, veintiocho años, nacido en Vilna, obrero, y Anna Gorskine, veinticinco años, nacida en Odessa, sin profesión».

El judío había vuelto a la mesa y seguía comiendo, seguro de tener la conciencia tranquila. Maigret dio con los nudillos en el cristal. El tipo se levantó despacio, con trabajo.

—¿Cuánto tiempo hace que está en el hotel?

—Tres años aproximadamente.

—¿Y Anna Gorskine?

—Ella vino antes que él... Cuatro años y medio, quizá...

—¿De qué viven?

—¿No está en el registro?... Es obrero...

—¡Sí, claro! —dijo Maigret, con un tono de voz que hizo cambiar de actitud a su interlocutor.

—Lo que haga no me incumbe, ¿no cree usted? —contestó éste—. Paga regularmente... Va y viene, pero no me pagan para seguirle.

—¿Recibe visitas?

—Algunas veces... Hay más de sesenta huéspedes, y no sé la vida de cada cual... Mientras no hagan nada contrario a las reglas... Usted es de la policía, y seguramente conocerá el hotel... Mis registros siempre han estado en orden... El brigada Vernouillet se lo puede decir... Viene cada semana...

Maigret se volvió de repente y gritó:

—¡Baje usted, Anna Gorskine!

Hubo un ligero ruido en la escalera y después pasos. Por fin, una mujer emergió de la oscuridad.

Representaba más de los veinticinco años reseñados en el registro. Sin duda, era una de las características de las mujeres de su raza. Aunque, como la mayoría de las judías de su edad, era de una rara belleza. Los ojos, sombríos, pero extraordinariamente blancos y brillantes, eran magníficos.

Pero en el resto de su figura había una dejadez que mataba esa impresión. Sus cabellos negros, grasientos y despeinados, caían en gruesos mechones sobre el cuello. Iba con una bata ya vieja, que se abría enseñando su combinación.

Las medias estaban enrolladas bajo las gruesas rodillas.

—¿Qué hacía usted en la escalera?

—Es mi casa, ¿no?

Maigret supo enseguida con qué clase de mujer tendría que enfrentarse. Apasionada, tozuda, buscaba la lucha. Con el menor pretexto, provocaría un escándalo, conmocionaría a toda la casa, gritaría histéricamente, lanzaría las acusaciones más inverosímiles.

¿Se sabía tal vez invulnerable? En todo caso, miraba al enemigo con aire de desafío.

—Es mejor que vaya a cuidar a su amante...

—Ése es asunto mío...

El dueño no dejaba de mover la cabeza de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, con gesto entristecido, reprobador, pero con ojos alegres.

—¿Cuándo se marchó Fedor?

—Anoche... A las once...

¡Mentía! ¡Era evidente! Pero no hubiese servido de nada decirle lo contrario. La única solución con una persona así, era cogerla por el brazo y llevársela.

—¿Dónde trabaja?

—Donde quiere...

Su pecho temblaba y su boca adquirió una mueca dura y despectiva.

—¿Para qué quiere la policía a Fedor?

Maigret prefirió susurrarle:

—¡Lárguese enseguida!

—¡Me iré cuando yo quiera! No tengo por qué obedecer sus órdenes...

¿Para qué seguir y provocar un grotesco incidente que no haría más que embrollar la investigación?

Maigret cerró el registro y se lo dio al dueño.

—Está en regla, ¿no es cierto? —dijo éste, que antes había hecho un signo a la mujer de que se callara.

Pero ella no se fue, siguió allí con los puños en las caderas, la mitad de su cuerpo iluminada por la luz que salía del cuchitril del dueño, la otra mitad en la sombra.

El comisario la miró una vez más. Ella sostuvo la mirada y gruñó:

—No me da usted miedo...

Alzó los hombros y bajó la escalera, rozando con los brazos las rayadas paredes.

Al salir, tropezó con dos polacos que se volvieron a mirarle. La calle estaba mojada, con reflejos brillantes en el pavimento.

Por todos los rincones se adivinaba un hacinamiento humano, una vida sucia, lamentable. De vez en cuando, algunas sombras recorrían las paredes. En las tiendas se vendían productos de nombres seguramente ignorados por los franceses.

Maigret, cogiéndole por los hombros, detuvo a un chico que corría.

—Ve a buscar a un agente de policía a la plaza de Saint-Paul...

Maigret se dirigió entonces a uno de los mirones.

—Toma cien francos... Y ve a buscar al «poli» de la plaza de Saint-Paul...

El tipo comprendió. Diez minutos después, estaba allí un agente de uniforme.

—Llama a la Policía Judicial para que me envíen cuanto antes un inspector... Si es posible, Dufour...

Tuvo que esperar todavía una media hora larga. Entraron y salieron personas del hotel, pero la luz de la segunda ventana a la izquierda del tercer piso permaneció encendida todo el rato.

Anna Gorskine apareció en la calle. Llevaba puesto un viejo abrigo sobre la bata. Iba sin sombrero y, a pesar de la lluvia, calzaba unas sandalias rojas.

Atravesó la calzada a saltitos. Maigret se ocultó en un portal.

La mujer entró en una tienda y salió al poco rato con un montón de paquetes y dos botellas. Atravesó de nuevo la calle y se metió en la casa.

El inspector Dufour llegó al fin. Tenía treinta y cinco años y hablaba tres idiomas bastante bien, lo que le hacía indispensable en ciertos momentos, a

pesar de su costumbre de complicar las cosas más sencillas.

De un vulgar robo conseguía hacer un tenebroso drama, a la mitad del cual ya se había perdido.

Pero en una misión precisa, como una vigilancia, servía de maravilla, gracias a su tenacidad poco común.

Maigret le describió a Fedor Yourovitch y a su amante.

—Luego te enviaré a alguien. Si uno de los dos sale de la casa, le sigues, pero conviene no perder de vista tampoco la casa... ¿Comprendes?

—¿Otra vez el asunto de *La Estrella, del Norte*?... Un golpe de la Maffia, ¿no es eso?

El comisario optó por irse. Quince minutos después llegaba al *Quai des Orfèvres*, enviaba un colega a Dufour y permanecía junto a la estufa, echando pestes contra Jean, que no había conseguido encenderla bien.

Su empapado abrigo colgaba del perchero, conservando la forma de sus hombros.

—¿Llamó mi mujer?

—Esta mañana... Le dijimos que estaba con una investigación...

Ella ya estaba acostumbrada, y él sabía que podía volver a casa y que ella se contentaría con abrazarle, remover las cacerolas en el fuego y prepararle un plato con algún guiso sabroso. Todo lo más, se atrevería a decir, pero esto cuando él estuviese dispuesto a comer:

—¿Qué tal?

Al mediodía o a las cinco, siempre encontraba la comida preparada.

—¿Y Torrence?... —preguntó a Jean.

—Llamó a las siete de la mañana...

—¿Desde el Majestic?

—No lo sé. Preguntó si estaba usted.

—¿Y después?

—Llamó de nuevo a las cinco y diez de la tarde. Dijo que le esperaba.

Maigret sólo había comido un arenque desde la mañana. Permaneció unos momentos de pie delante de la estufa que comenzaba a encenderse, pues tenía una llave de tiro única para encender los carbones más refractarios.

Por fin se dirigió pesadamente hacia la pared, donde había un lavabo, un espejo y una maleta. Colocó la maleta en medio del despacho, se desnudó y

se puso ropas secas y ropa interior limpia y pasó la mano por su barbilla sin afeitarse.

—¡Bah! —exclamó.

Lanzó una mirada al fuego que prendía muy bien, puso dos sillas cerca de él y colocó allí sus ropas mojadas. Sobre la mesa había un bocadillo de la noche anterior, y lo devoró de pie antes de salir. Lástima que no hubiese cerveza. Tenía la garganta un poco seca.

—Si hay algo para mí, estoy en el Majestic —dijo a Jean—. Que me llamen.

Por último, se dejó caer en el asiento de un taxi.

Capítulo siete

Tercer entreacto

Maigret no encontró a su colega Torrence en el vestíbulo, sino en una habitación del primer piso, donde estaba servida una excelente cena. El brigada esbozó un guiño.

—¡Es por el gerente! —dijo como explicación—. Prefiere verme aquí que abajo... Casi me ha suplicado que acepte esta habitación y las comidas que me manda servir...

Hablaba bajo. Señaló una puerta.

—Los Mortimer se encuentran al lado.

—¿Regresó Mortimer?

—Hacia las seis de la mañana, empapado, furioso, con los vestidos llenos de barro y de cal...

—¿Qué dijo?

—Nada... Intentó ir a su habitación pasando inadvertido. Pero le anunciaron que su mujer le esperaba en el bar. ¡Y era cierto! Ella había terminado por invitar a una pareja de brasileños... El bar debía estar abierto sólo por ella... Ella estaba lamentablemente borracha...

—¿Y qué más?

—Él palideció. Se mordió los labios. Dirigió a los dos brasileños un saludo seco y cogió a su mujer y se la llevó, sin una palabra... Parece ser que ella ha estado durmiendo hasta las cuatro de esta tarde... No ha habido ningún ruido en su habitación hasta entonces... Después escuché frases en

voz baja... Y Mortimer telefoneó para que le subieran los periódicos.

—No hablarán del asunto, ¿verdad?

—¡En absoluto! Han seguido nuestras instrucciones. Sólo un párrafo diciendo que ha sido descubierto un cadáver en el *Estrella del Norte* y que la policía cree que se trata de un suicidio.

—Sigue.

—El muchacho le subió dos zumos de limón. A las seis, Mortimer bajó al vestíbulo y estuvo paseando, preocupado. Después envió cablegramas cifrados a su banco de Nueva York y a su secretaria que se encuentra en Londres desde hace unos días.

—¿Nada más?

—Ahora acaban de cenar. Ostras, pollo asado y ensalada. Estoy al corriente de todo. El gerente está tan contento de tenerme aquí encerrado que se cortaría en pedazos si se lo pidiera. Incluso me vino a decir hace un rato que los Mortimer habían reservado entradas para el *Gymnase L'Épopée*. Cuatro actos...

—¿Y la habitación de Pietr?

—Nada. Nadie entró. Cerré la puerta con llave y puse una bolita de cera en la cerradura, de forma que nadie puede entrar sin que yo lo sepa...

Maigret cogió una zanca de pollo que devoró sin ninguna vergüenza, buscando en vano una inexistente estufa. Terminó por sentarse en el radiador y preguntó:

—¿No hay nada para beber?

Torrence le sirvió un vaso de excelente vino blanco que bebió de un trago. Llamaron a la puerta. Un camarero entró con aire de conspirador.

—El gerente me ruega decirle que el señor y la señora Mortimer han ordenado que les preparen un coche.

Maigret lanzó una mirada a la mesa todavía llena de alimentos; la misma mirada que había lanzado en su despacho hacia la estufa encendida.

—Yo iré —dijo con pena—. Siga usted aquí.

Se arregló un poco delante del espejo, se limpió la boca y la barbilla. Un momento después, ya en el taxi, esperaba que los Mortimer-Levingston se acomodaran en su coche.

No tardaron en aparecer. Él, con un abrigo negro que ocultaba su traje, ella envuelta en pieles como la víspera.

La mujer debía de estar cansada, ya que su marido la sostenía discretamente con una mano. El coche arrancó bruscamente.

Maigret, ignorante de que hubiese un estreno en el Gymnase, estuvo a punto de no poder entrar. Guardias uniformados de gala estaban alineados en el vestíbulo. A pesar de la lluvia, los mirones observaban cómo los espectadores bajaban de sus coches.

El comisario tuvo que pedir una entrada al director y pasear por los pasillos escondiéndose, pues era el único que no iba vestido de gala.

El director estaba nervioso, gesticulaba.

—¿Qué más quisiera yo! Pero han venido ya veinte antes que usted a pedirme una entrada y no hay más. ¡No hay más entradas!... Además, usted no viene vestido adecuadamente.

Era requerido por todos lados.

—¿Lo ve usted? Póngase en mi lugar.

Maigret terminó por permanecer de pie, junto a una puerta, entre los empleados y los vendedores de programas.

El telón se levantó, dejando ver un soleado jardín. Hubo ¡chiss! Murmullos. Carraspeos. Por fin, la voz del actor, todavía insegura, pero que iba afirmándose, calmó la atmósfera.

Aunque había los eternos retrasados que llegaban todavía, y los ¡chiss! volvían a renacer entonces. Una risita de mujer se dejó oír por alguna parte.

Mortimer era más gran señor que nunca. Llevaba el *smoking* impecablemente.

¿Había visto a Maigret? ¿O tal vez no? Una acomodadora le llevó una banqueta que hubo de compartir con una gruesa señora vestida de seda negra y que era la madre de una de las actrices.

Primero, segundo entreacto. Idas y venidas en los palcos. Artificial exaltación. Nombres murmurados, nombres de maharajás, financieros, políticos, artistas.

Mortimer salió tres veces de su palco. Fue a otro, charló con un antiguo presidente del consejo, cuya risa sonora se oía desde lejos.

Fin del tercer acto. Flores en escena. Una ovación a la protagonista.

Ruido de estrapontines levantados y de pasos sobre el pavimento.

Cuando Maigret se volvió hacia el palco de los americanos, Mortimer-Levingston había ya desaparecido.

Cuarto y último acto. Era el momento en el cual los que podían se acercaban entre bastidores o a los camerinos de los artistas. Otros acudían a los vestuarios. O se apresuraban en buscar un taxi o dirigirse a su coche.

Maigret perdió más de diez minutos en buscar por el interior del teatro. Después, sin sombrero y sin abrigo, tuvo que informarse fuera, preguntar a los sargentos, a los guardias municipales y a los porteros.

Supo por fin que el coche color aceituna de Mortimer acababa de irse. Le señalaron el lugar donde había estado aparcado frente a una taberna frecuentada por los revendedores.

El coche se había dirigido hacia la Puerta de Saint-Martin. El americano no había reclamado su abrigo.

Había grupos de espectadores fuera, donde podían estar resguardados de la lluvia y del viento.

El comisario encendió una pipa y se metió las manos en los bolsillos, rabioso. El timbre sonó. Las gentes se aglomeraron hacia el interior. Los guardias municipales desaparecieron también para asistir al último acto.

Los bulevares tenían su desolado aspecto de las once de la noche. La lluvia al trasluz de los faroles parecía menos compacta. Un cine vomitó sus espectadores, apagó las luces y cerró las puertas después de haber entrado los carteles de anuncio.

Había gente esperando un autobús bajo una farola. Cuando llegó hubo discusiones porque iba casi completo. Hubo de intervenir un sargento, que permaneció todavía largo rato después de que hubiese partido el autobús con uno de los indignados viajeros.

Un coche se deslizó por el asfalto húmedo. Se abrió la portezuela en el momento en que aminoraba la marcha. Mortimer-Levingston sin sombrero y en *smoking* ascendió las escaleras de la entrada y penetró bajo la cálida luz de los pasillos.

Maigret miró al conductor: un americano típico, de gesto agrio,

mandíbula prominente, que permanecía inmóvil en su sitio, rígido.

El comisario no hizo más que entreabrir una de las puertas acolchadas. Mortimer estaba de pie detrás, en su palco. Un actor gracioso lanzaba frases entrecortadas. El telón cayó. Flores. Muchos aplausos.

Oleada hacia la salida, y de nuevo ¡chiss! El actor anunciaba el nombre del autor, y recogía a éste del palco proscenio, para conducirlo al centro del escenario.

Mortimer besaba algunas manos, estrechaba otras y dejó cien francos a la empleada que le llevó su abrigo.

Su mujer estaba pálida. Cuando estuvieron los dos en el coche, hubo un momento de indecisión.

La pareja discutía. La señora Levingston protestaba, nerviosa. Su marido encendió un cigarrillo, y apagó el mechero con un gesto rabioso.

Por último, dijo algo al chófer y el coche arrancó, seguido por el taxi de Maigret.

Eran las doce y media de la noche. Calle de La Fayette. Columnas blanquecinas de La Trinité. Calle de Clichy.

El coche se paró en la calle Fontaine, frente al bar Pickwick's. Portero vestido de azul y oro, guardarropa. Humo y aires de tango.

Maigret también entró. Permaneció cerca de la puerta en una mesa que debía de estar siempre vacía, pues recibía todas las corrientes de aire.

Los Mortimer se habían instalado cerca de la pista. El americano consultó la carta e indicó el menú. Uno de los bailarines se inclinó sobre su mujer.

Ella salió a bailar. Levingston la siguió con los ojos con una chocante insistencia. Ella cambió algunas frases con su compañero, pero no se volvió ni una sola vez al rincón donde se encontraba Maigret.

Allí, además de *smokings*, había también algunos extranjeros en ropa de calle.

El comisario rechazó con un gesto a una profesional que quería sentarse en su mesa. Delante de él pusieron una botella de champaña.

Había muchas serpentinas colgadas del techo. Bolitas de algodón volaban por el aire. Una de ellas le dio en la nariz, y el comisario lanzó una feroz

mirada a la vieja señora que se la había tirado.

La señora Mortimer volvió a su mesa. El bailarín, después de errar un rato por la pista, se dirigió a la salida encendiendo un cigarrillo.

De repente, alzó las cortinas rojas y desapareció. Pasaron más de tres minutos antes de que a Maigret se le ocurriese echar una ojeada fuera.

El bailarín no estaba allí.

El resto fue largo y aburrido. Los Mortimer cenaron copiosamente: caviar, trufas al champaña, carne a la americana y queso.

La señora Mortimer no volvió a bailar.

Maigret, a quien horrorizaba el champaña, bebía a pequeños tragos para no alterarse. Sobre la mesa había almendras tostadas que por desgracia se le ocurrió probar y que le dieron una sed inextinguible.

Miró la hora en su reloj. Eran las dos.

El cabaret se vaciaba. Una bailarina hacía su número ante la indiferencia general. Un extranjero borracho, con tres mujeres en una mesa, hacía él solo más ruido que todo el resto de los consumidores juntos.

El bailarín, que sólo estuvo un cuarto de hora fuera, invitó todavía a bailar a algunas señoras. Pero ahora todo había terminado. En el ambiente se respiraba aburrimiento.

La señora Mortimer tenía la tez del color del plomo, los párpados hinchados.

Su marido hizo una seña a un camarero. Les llevaron las pieles, el abrigo y el sombrero.

Maigret tuvo la impresión de que el bailarín, de pie junto al que tocaba el saxo, le miraba sin dejar de hablar.

Llamó al camarero, que se hizo esperar. Transcurrieron algunos momentos perdidos.

Cuando por fin el comisario pudo salir, el coche de los americanos torcía por el ángulo de la calle Notre-Dame de Lorette. Junto a la acera había varios taxis estacionados.

Se dirigió a uno de ellos.

Sonó un disparo seco y Maigret se llevó la mano al pecho. Miró alrededor y no vio nada, pero oyó pasos que se alejaban en la calle Píggalle.

Recorrió todavía algunos metros, arrastrado por una fuerza extraña. El

portero acudió y le sostuvo. La gente salió de Pickwick's para ver lo que pasaba. Entre ellos, Maigret pudo distinguir la crispada figura del bailarín.

Capítulo ocho

Maigret ya no juega

Los chóferes «nocturnos» de Montmartre comprenden las cosas con sólo insinuarlas, incluso a veces comprenden cuando no se les dice nada.

En el momento en que estalló el disparo, uno de los que estaban estacionados frente al Pickwick's fue a abrir la portezuela de su coche para que entrase Maigret. No conocía su identidad, pero ¿adivinó por su aspecto que se trataba de un policía?

Los consumidores de un bar cercano acudieron también. En unos momentos, se reunió alrededor del herido una verdadera asamblea. Entonces el conductor, decidido, ayudó al portero que sostenía al comisario y que no sabía qué hacer con él. Y antes de un minuto, el coche se había alejado. Maigret estaba echado en el asiento.

El coche rodó con Maigret así durante unos diez minutos, y se paró en una calle desierta. El conductor bajó de su asiento, abrió la portezuela y vio a su cliente sentado casi normalmente, con una mano debajo de su chaqueta.

—Veo que no es nada, como me había imaginado. ¿Dónde tengo que llevarle?

Maigret tenía, sin embargo, el rostro congestionado, seguramente porque la herida era superficial. Su pecho estaba desgarrado. La bala había rozado una costilla y había salido cerca del omoplato.

—Prefectura de Policía...

El conductor gruñó algo ininteligible. Pero durante el trayecto, el

comisario cambió de idea.

—Al Majestic... Déjeme en la puerta de servicio, por la calle Ponthieu...

Su pañuelo, hecho una bola, lo había puesto en la herida, y comprobó que ya no tenía hemorragia.

A medida que iban hacia el centro de París, su rostro expresaba menos dolor y más inquietud.

El conductor quiso ayudarle a bajar del taxi. Pero él se negó con un gesto y atravesó la acera con paso firme. En un pasillo estrecho, detrás de una ventanilla, se encontró al soñoliento portero.

—¿No ha ocurrido nada?

—¿Qué quiere decir?

Hacía frío. Maigret volvió a pagar al taxista, que gruñó de nuevo, porque por el esfuerzo realizado sólo recibió cien francos.

Maigret, inmutable, tenía un aspecto impresionante. Su mano, con el pañuelo, seguía apretada en su pecho, bajo la camisa. Tenía un hombro más alto que el otro y a pesar de todo tuvo la precaución de no abusar de sus fuerzas. Se sentía algo mareado. A veces tenía la sensación de flotar, y debía hacer un esfuerzo para recuperarse, para recobrar la claridad de sus percepciones y de sus actos.

Subió por una escalera de hierro que conducía a los pisos, abrió una puerta, encontró un pasillo, se perdió en un laberinto y fue a parar a otra escalera semejante a la anterior, pero que tenía otro número.

Erró por los bajos del hotel. Por suerte, se tropezó con un cocinero con gorro blanco que le vio *avanzar* horrorizado.

—Acompáñeme al primero... A las habitaciones del señor Mortimer.

Pero el tipo no conocía el nombre de los clientes, y además estaba impresionado por varias manchas de sangre que Maigret había dejado en su rostro al pasarse la mano.

Le aterrorizaba aquella especie de gigante en los estrechos pasillos del servicio, con un abrigo negro echado sobre los hombros, la mano colocada obstinadamente en su pecho, deformando el chaleco y la chaqueta.

—¡Policía! —dijo Maigret, impaciente.

Empezaba a sentir vértigos. La herida le ardía, como atravesada por largas agujas.

El cocinero acabó por echar a andar sin volverse. Un poco después los pies de Maigret pisaron suelo alfombrado, y comprendió que había salido de los servicios y que estaba en los pasillos de los pisos altos; Miró los números de las habitaciones. Se encontraba en el lado de los impares.

Por fin descubrió a una camarera, que se asustó.

—¿La habitación del señor Mortimer?

—Abajo... Pero... Usted...

Maigret bajó una escalera, pero ya entre el personal de servicio se había corrido la voz de que un hombre extraño y fantasmagórico, que estaba herido, erraba por el hotel.

Se apoyó un momento en la pared y dejó una marca de sangre; tres gotitas de un rojo oscuro que cayeron a la alfombra.

Terminó por divisar las habitaciones de los Mortimer, y también la puerta de la habitación en la que se había instalado Torrence. Llegó hasta ella tambaleante y la empujó...

—¡Torrence...!

La habitación estaba iluminada. La mesa seguía llena de comida y de botellas.

Las espesas cejas de Maigret se juntaron. No veía a su colega. Por el contrario, la atmósfera le olía a hospital.

Dio algunos pasos, siempre tan indecisos. De repente, se paró delante de un diván.

Por debajo de él asomaba un zapato de cuero negro.

Tuvo que hacer un esfuerzo para reponerse. Nada más retirar la mano de la herida, la sangre comenzó a correr de manera alarmante.

Terminó por coger la servilleta que había en la mesa y metérsela bajo el chaleco. El olor que reinaba en la habitación daba náuseas.

Levantó débilmente un lado del diván, haciendo bailar el mueble sobre dos patas.

Se lo esperaba: era Torrence el que estaba allí, encogido, con un brazo

torcido, como si le hubiesen roto los huesos para meterle en un espacio pequeño.

Un trapo sin anudar le cubría la boca. Maigret se arrodilló.

Todos sus movimientos fueron lentos, incluso muy lentos, sin duda a causa de su estado. Su mano tembló al palpar el pecho, y cuando llegó al corazón el comisario quedó paralizado, inmóvil sobre la alfombra, con los ojos fijos en su compañero.

¡Torrence había muerto! La boca de Maigret se torció insensiblemente. Cerró los puños. Y al mismo tiempo que su mirada se enturbiaba, lanzó un terrible juramento en el oprimente silencio de la habitación.

Aquello podía resultar grotesco, ¡pero era trágico, horrible!

El rostro de Maigret se había endurecido. No lloraba, debía de serle imposible, pero sentía tanta rabia, tanto dolor al mismo tiempo que tanta sorpresa, que se había quedado idiotizado.

Torrence tenía treinta años. Hacía sólo cinco que trabajaba, casi únicamente, con el comisario.

Tenía la boca abierta como si hubiese hecho un desesperado esfuerzo para respirar.

Alguien, en el piso de arriba, se quitaba los zapatos, precisamente encima del muerto.

Maigret miró a su alrededor buscando un enemigo. Su respiración era jadeante.

Transcurrieron varios minutos. Cuando se levantó, Maigret sintió que la herida había ido empeorando.

Se dirigió a la ventana, la abrió y vio la solitaria calzada de los Campos Elíseos. Dejó que la brisa refrescara durante un momento su mente, y luego fue a recoger el trapo que había arrancado del rostro de Torrence. Era una servilleta bordada con el monograma del Majestic. Olía todavía fuertemente a cloroformo. Maigret permaneció de pie, desorientado, con sólo algunos informes pensamientos que se golpeaban en el vacío con dolorosas resonancias.

Una vez más, como había hecho en los pasillos, apoyó el hombro en la pared y su rostro se contrajo bruscamente. Parecía envejecido, decepcionado. ¿Tal vez, en aquel momento, estaba a punto de llorar? Pero era demasiado

grande, demasiado duro para hacerlo.

El diván estaba atravesado, y tocaba la mesa aún puesta, con colillas mezcladas con huesos de pollo.

El comisario tendió la mano hacia el teléfono. Pero no lo tocó, chasqueó los dedos con rabia, y se volvió hacia el cadáver que se quedó mirando fijamente.

Con una mueca de ironía y de amargura, pensó en el reglamento, en la Prefectura, en las formalidades, en las medidas a tomar.

¿Contaba todo aquello? Se trataba de Torrence. ¡Era como si hubiese sido él mismo!

Torrence, que era de la Casa, que...

Le desabrochó el chaleco, tan febril bajo su aparente calma, que arrancó dos botones. Y entonces vio algo y palideció.

En la camisa, *a la altura del centro del corazón*, había un puntito oscuro.

¡Ni siquiera del tamaño de un guisante! Sólo había una gota de sangre seca tan grande como una cabeza de alfiler.

Maigret, los ojos húmedos, hizo una mueca de indignación imposible de expresar.

¡Era repugnante y al mismo tiempo el colmo de la habilidad en materia criminal! ¡No necesitaba buscar más! Conocía el procedimiento, que había estudiado unos meses antes en una revista de criminología alemana.

Primero la servilleta con cloroformo que en veinte o treinta segundos reducía a la víctima a la impotencia. Luego aquella larga aguja que el asesino, sin prisa, hunde entre dos costillas buscando el corazón, eliminando la vida, sin ruido y sin huella.

Exactamente el mismo crimen había sido cometido en Hamburgo seis meses antes.

Una bala puede fallar o herir sólo. Maigret tenía la prueba. Hace ruido, y ensucia.

La aguja que se introduce en el corazón de un hombre inerte mata científicamente sin error posible.

El comisario recordó un detalle. Aquella misma noche, cuando el gerente

había anunciado la salida de los Mortimer, devoraba un muslo de pollo, sentado en el radiador, y feliz, había estado a punto de quedarse allí y enviar a Torrence al teatro.

Aquel pensamiento le agitó. Miró a su colega, molesto, presa de un malestar general, sin poder precisar si era a causa de su herida, de la emoción, o del olor a cloroformo.

Ni siquiera le vino la idea de comenzar una investigación regular, ordenada. ¡Era Torrence el que estaba allí! ¡Torrence, su compañero de los últimos años! ¡Torrence, al que no tenía más que decir una palabra, hacer una seña, para ser comprendido!

Torrence, con la boca abierta, como en un intento fallido de respirar, de vivir a pesar de todo. Y Maigret, que no podía llorar. Se sentía enfermo, inquieto, con un peso sobre los hombros y un malestar en el pecho.

Se dirigió de nuevo hacia el teléfono y habló tan bajo que tuvieron que hacerle repetir dos veces su pregunta.

—Prefectura... Sí... ¡Oiga!... Prefectura... ¿Quién está al aparato?... ¿Eh?... ¿Tarraud?... Escuche... Vaya a ver corriendo al jefe... Sí, a su casa... Dígale... que venga a reunirse conmigo en el Majestic... Enseguida... Habitación... No sé el número, pero le acompañarán... ¿Eh?... No, nada más...

»Alló... ¿Qué dice?... No, no me pasa nada...

Colgó, ya que su colega le preguntaba, encontrando su voz extraña y la orden dada más extraña todavía.

Permaneció un momento con los brazos colgando. Evitaba mirar al rincón donde se encontraba Torrence. Vio su imagen en un espejo y comprobó que la sangre había atravesado la servilleta.

A duras penas pudo quitarse la chaqueta.

Cuando una hora más tarde el director del Servicio de Investigación llamó a la puerta, acompañado de un empleado del hotel que le guiaba, vio la silueta de Maigret perfilarse en el delgado resquicio de la puerta entreabierta.

—¡Puede marcharse! —dijo el comisario con voz sorda al empleado.

Y no abrió del todo hasta que el hombre hubo desaparecido. Fue entonces

cuando el director pudo ver que Maigret tenía el torso desnudo. La puerta del cuarto de baño estaba entornada. En el suelo había charcos de agua enrojecida.

—¡Cierre de prisa! —dijo el comisario sin preocuparse de la jerarquía.

Tenía una herida muy grande, tumefacta, en el lado derecho. Los tirantes le colgaban por los muslos.

Señaló con la cabeza el rincón donde estaba Torrence y puso un dedo en sus labios.

—¡Chiss!...

El director se estremeció. De repente, agitado, preguntó:

—¿Está muerto?

La cabeza de Maigret volvió a caer.

—¿Quiere echarme una mano, jefe?... —murmuró en un tono apagado.

—Pero... Usted... Es grave...

—¡Chiss!... ¡Lo principal es que la bala ha salido! Ayúdeme a poner todo esto en el mantel...

Había dejado los platos en el suelo y cortado el mantel en dos.

—La banda del Letón... —explicó—. Quisieron acabar conmigo... Y lo han hecho con Torrence...

—¿Se ha desinfectado la herida?

—Con jabón y luego con yodo...

—¿Cree que...?

—¡Basta por el momento!... Una aguja, jefe, le han matado con una aguja después de haberle dormido...

No era ya el mismo. Tenía la sensación de ser visto y oído a través de una cortina de tul que deformaba las imágenes y los sonidos.

—Alcánceme la camisa...

Una voz indiferente, movimientos medidos, imprecisos. Un rostro inexpresivo.

—Necesitaba que usted viniese... Desde el momento en que se trata de uno de los nuestros... Además, es mejor que no se corra la voz... Que vengan a buscarle enseguida... Ni una palabra a los periódicos... Tiene confianza en mí, ¿verdad, jefe?

Sin embargo, había un temblor imperceptible en su voz.

Aquello afectó a su interlocutor, que le cogió la mano.

—¡Vamos, Maigret!... ¿Qué le pasa?...

—Nada... Estoy tranquilo... Se lo juro... Creo que nunca he estado tan tranquilo... Pero ahora es un asunto entre ellos y yo... ¿Comprende?

El director le ayudó a ponerse el chaleco y la chaqueta. Maigret apareció deformado por la venda que hacía más abultada su cintura.

Se miró en un espejo y esbozó una mueca irónica. Notaba perfectamente la pesadez de sus movimientos. Ya no era la masa dura, todo de una pieza, formidable, que solía plantarse frente a sus adversarios.

El rostro pálido, con manchas de sangre, parecía hinchado, y se notaban bolsas bajo sus ojos.

—Gracias, jefe... ¿cree que por lo que atañe a Torrence será posible?

—¿Evitar la publicidad? Sí... Voy a avisar al Juzgado... Veré personalmente al procurador.

—¡Bien! Ahora empieza mi trabajo...

Dijo aquello arreglándose sus despeinados cabellos. Luego se dirigió al cuerpo de Torrence, dudó y preguntó a su compañero:

—¿Puedo cerrarle los ojos?... Creo que hubiese preferido que fuese yo.

Sus dedos temblaron. Los dejó un rato sobre los párpados, como en una caricia. El director, más nervioso, suplicó:

—¡Maigret!...

El comisario se levantó y lanzó una última mirada a su alrededor.

—¡Hasta luego, jefe!... Que no le digan a mi mujer que me encuentro herido...

Por un momento, su silueta llenó el marco de la puerta. El director estuvo a punto de llamarle; le preocupaba.

Durante la guerra, compañeros de armas le habían dicho también «hasta luego» de la misma manera, con aquella mirada calma, aquella misma dulzura, antes de partir al combate.

¡Y aquéllos nunca habían vuelto!

Capítulo nueve

El «matón»

Las bandas internacionales, especializadas en el robo a gran escala, matan rara vez.

En principio se puede incluso decir que no matan nunca. Emplean para el robo métodos más científicos y la mayoría de sus afiliados son caballeros cuyos bolsillos no contienen ningún arma.

Cuando matan es por un ajuste de cuentas. Cada año, uno o dos crímenes imposibles de esclarecer son cometidos en alguna parte. Lo más corriente es que la víctima no sea identificada y que se la entierre bajo un nombre que se sabe falso.

Se trata en estos casos de un traidor, de un hombre al que el alcohol ha vuelto locuaz y que ha cometido imprudencias, o de un comparsa cuya ambición amenaza la situación de la banda.

En América, país *standard*, tales ejecuciones no son nunca obra de un miembro de la banda. Se llama para ello a especialistas, a «matones», que, constituidos en verdugos oficiales, tienen sus tarifas y sus ayudantes.

En Europa, esto se ha producido algunas veces, y entre ellas está la famosa banda de los polacos, cuyos jefes terminaron ajusticiados, y que fue varias veces desintegrada por malhechores de bandas rivales.

Maigret sabía esto cuando descendió la escalera y se dirigió hacia la oficina del Majestic.

—Cuando un cliente pide la comida, ¿a quién le pasan la comunicación?

—preguntó.

—A un camarero especial, adjunto al servicio de las habitaciones.

—¿Por la noche también?

—¡No, perdón! Después de las nueve de la noche, hay otro empleado.

—¿Dónde se encuentra?

—En los sótanos.

—Lléveme hasta allí.

Descendió de nuevo a los sótanos de este edificio de lujo concebido para un millar de viajeros. Encontró a un empleado instalado delante de un mostrador, en un local cerca de las cocinas. Tenía el registro delante de él. Era una hora tranquila.

—¿El brigada Torrence le llamó entre las nueve de la noche y las dos de la mañana?

—¿Torrence?

—Sí, el agente instalado en el gabinete azul, al lado del 3... —explicó en términos profesionales al empleado.

—No llamó.

—¿Y nadie subió a su habitación?

El razonamiento era elemental. Torrence había sido atacado en la misma habitación por alguien que, en consecuencia, había entrado en ella. Para ponerle el cloroformo, el asesino tuvo que pasar por detrás de su víctima, sin que Torrence desconfiase de él.

Sólo un camarero podía haberlo hecho, bien llamado por el inspector, o bien que se hubiese presentado él mismo para llevarle algo.

Maigret, sin ninguna emoción, hizo la pregunta de otra forma.

—¿Quién de entre el personal dejó el servicio antes de la hora?

El empleado se extrañó.

—¿Cómo lo sabe usted? Fue una casualidad... Pepito recibió una llamada telefónica anunciándole que su hermano estaba enfermo...

—¿A qué hora?

—Alrededor de las diez.

—¿Dónde se encontraba en aquel momento?

—Arriba.

—¿Por qué aparato recibió la comunicación?

Habían llamado a la recepción. El interrogado afirmó que él no había hablado personalmente con Pepito.

¡Eso iba bien! Y sin embargo, Maigret seguía tranquilo y con aire aburrido.

—¿Su ficha? Me imagino que debe usted tener una.

—No precisamente una ficha... No la tenemos para el personal que cambia a menudo.

Tuvo que ir a la secretaría, donde no había nadie a aquella hora. Maigret hizo, sin embargo, que le enseñasen los libros, y encontró lo que buscaba:

«Pepito Moretto, hotel Beauséjour, 3, rue de Batignolles. Llegado el...».

—Póngame con el hotel Beauséjour.

Entretanto, interrogó a otro empleado y supo que Pepito Moretto había entrado en el Majestic recomendado por un camarero italiano, tres días antes de que llegasen los Mortimer-Levingston. Había cumplido bien con su trabajo. Primero, estuvo encargado de la «sala», y después, a petición propia, de las «habitaciones».

Le pasaron el teléfono. Al otro lado del hilo había alguien del hotel Beauséjour.

—¡Oiga!... ¿Quiere avisar a Pepito Moretto?... ¡Oiga!... ¿Qué dice usted?...

¿Con sus maletas?... ¿A las tres de la mañana?... ¡Gracias! ¡Oiga!... Algo más todavía... ¿Recibía ahí la correspondencia?... ¿No tuvo nunca?... ¡Gracias!... Es todo...

Maigret colgó con la misma anormal calma.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las cinco y diez.

—Llámeme un taxi.

Dio al conductor la dirección del bar Pickwick's.

—¿No sabe usted que cierra a las cuatro?

—¡No importa!

El coche se paró frente al cabaret. El cierre estaba echado. Por abajo, sin embargo, se filtraba un hilo de luz. Maigret no ignoraba que en la mayoría de

los establecimientos nocturnos, el personal, a veces de cuarenta hombres o más, tenía la costumbre de comer algo antes de irse.

La comida tenía lugar en la sala que los clientes acababan de abandonar, entre las mujeres de servicio ocupadas en limpiar el local.

Sin embargo, no llegó a llamar en el Pickwick's. Volvió la espalda al cabaret, divisó un bar-estanco en la esquina de la calle Fontaine, donde los que trabajan en los cabarets nocturnos tienen por costumbre reunirse, ya sea durante la velada, en algún rato libre, o al final, y se dirigió a él.

El café estaba todavía abierto. Cuando entró Maigret, tres hombres acodados en el mostrador bebían café humeante y hablaban de sus asuntos.

—¿Está aquí Pepito?

—Hace un buen rato que se fue —contestó el dueño.

El comisario comprobó que uno de los clientes, que tal vez le había reconocido, hacía una seña al dueño para que se callara.

—Estaba citado con él a las dos...

—A esa hora se encontraba en su trabajo...

—¡Ya lo sé!... Le mandé un recado por medio de alguien.

—¿Por José?...

—Eso es. Debió decirle a Pepito que yo no podía ir.

—En efecto, José estuvo aquí... Y creo que estuvieron hablando...

El cliente que había hecho una seña al dueño tamborileaba con los dedos en el mostrador. Estaba pálido de rabia, pues algo de lo que había dicho el dueño bastaba para explicar lo ocurrido.

A las diez de la noche o un poco antes, Pepito asesinaba a Torrence en el Majestic.

Debía tener instrucciones precisas, pues dejó enseguida el servicio, pretextando una llamada telefónica de su hermano, para ir al bar de la esquina de la calle Fontaine, y allí esperó.

Poco después, el tal José atravesaba la calle y le transmitía un mensaje que era pueril de adivinar: disparar contra Maigret cuando éste saliese del Pickwick's.

Dicho de otra manera, en unas pocas horas dos crímenes. ¡Y así desaparecían los dos personajes peligrosos para la banda del Letón!

Pepito disparó y huyó. Su misión está cumplida. Nadie le ha visto. Puede

ir tranquilamente a recoger sus maletas del hotel Beauséjour...

Maigret pagó su consumición, salió, se volvió y advirtió que los tres clientes hacían gestos reprobadores al patrón.

Llamó a la puerta del Pickwick's, y le abrió una de las mujeres de la limpieza.

Como él ya sabía, el personal estaba comiendo. Se veían restos de pollo, de entremeses, de todo aquello que la clientela no había consumido. Treinta cabezas se volvieron hacia el comisario.

—¿Hace mucho rato que se fue José?

—Ya lo creo... Enseguida que...

Pero el jefe del personal reconoció al comisario, ya que era él mismo quien le había servido, y dio un codazo al que hablaba.

Pero Maigret no estaba para bromas.

—¡Su dirección! ¡Y exacta! De lo contrario, me encargaré de usted...

—Yo no sé nada... El patrón...

—¿Dónde está el patrón?

—En su casa de La Varenne.

—Déme el registro.

—Pero...

—¡Silencio!

Fingieron buscar en los cajones de un despachito instalado detrás del estrado de la orquesta. Maigret apartó a todos los que se agitaban de aquel modo y enseguida encontró el registro, donde leyó:

«José Latourie, 71, rue Lepic».

Salió pesadamente, del mismo modo que había entrado, mientras que los camareros, poco tranquilos, empezaron de nuevo a comer.

Estaba a dos pasos de la calle Lepic. Pero el 71 se encontraba en lo alto de la calle en cuesta. Tuvo que pararse dos veces porque le faltaba aliento.

Por fin, se encontró ante la puerta de un hotel, del estilo del hotel Beauséjour pero más sórdido, y llamó. La puerta se abrió automáticamente. Un vigilante de noche acabó por salir a abrir.

—¿José Latourie?

El vigilante consultó el tablero instalado a la cabecera de su camastro.

—Todavía no ha vuelto. Su llave está aquí...

—¿Démela! Policía...

—Pero...

—Enseguida...

El hecho era que aquella noche nadie se le resistía. Y, sin embargo, no tenía ni su seriedad ni su agresividad habituales. Pero quizá veía confusamente que era peor.

—¿Qué piso?

—El cuarto.

La habitación, larga, estrecha, olía a cerrado. La cama estaba deshecha. José, como la mayoría de los tipos como él, debió permanecer acostado hasta las cuatro de la tarde, hora a la cual los empleados de los hoteles se niegan a arreglar las habitaciones.

Encima de las sábanas había un pijama viejo con el cuello y los codos gastados. En el suelo, unos mocasines con la piel rota y la suela agujereada debían de servirle de zapatillas.

En una bolsa de viaje de imitación de cuero había periódicos viejos y un pantalón negro remendado.

En el lavabo había una pastilla de jabón, un tarro con crema, sobres de aspirina y un tubo de veronal.

En el suelo, un trozo de papel hecho una bola que Maigret recogió y estiró con cuidado. No necesitó acercárselo a la nariz para darse cuenta de que había contenido heroína.

Un cuarto de hora después, el comisario, que había mirado por todas partes, vio un agujero en el respaldo del único sillón, metió el dedo y uno tras otro fue sacando once paquetes de la misma droga, de un gramo cada uno.

Los metió en su cartera y bajó la escalera. En la plaza Blanche se acercó a un agente, le dio instrucciones y éste fue a colocarse en los alrededores del 71.

Maigret se acordó del joven de cabellos negros: un *gigolo*, de mal aspecto, con mirada insegura, que tropezó con su mesa al pasar a su lado cuando volvió de su cita con Moretto.

No se había atrevido a entrar en su casa, una vez dado el golpe. Y prefirió

abandonar sus ropas viejas y los once sobrecitos con la droga, que representaban, no obstante, una considerable cantidad de dinero.

Un día u otro le cogerían. Le faltaba talento, y debía de estar aterrorizado.

Pepito poseía más sangre fría. Tal vez, él estaría esperando en una estación la salida del primer tren, o tal vez se había ocultado en algún rincón de las afueras o, sencillamente, había cambiado de barrio y de hotel.

Maigret llamó a un taxi, y estuvo a punto de dar la dirección del Majestic. Pero pensó que allí todavía no habrían terminado, y que Torrence estaría en la habitación.

—*Quai des Orfèvres...*

Al pasar al lado de Jean comprendió que éste estaba ya al corriente, y volvió la cabeza con aire culpable.

No se ocupó del fuego. No se quitó la chaqueta ni el cuello postizo.

Durante dos horas, permaneció inmóvil y con los codos apoyados en el despacho. Amanecía cuando pensó en leer un papel que le debían de haber dejado allí durante la noche.

«Para el comisario Maigret. Urgente. Un hombre entró hacia las once en el hotel del Rey de Sicilia y permaneció allí diez minutos. Se fue en un coche. El ruso no ha salido».

Maigret no se inmutó. Y las noticias llegaron todas al mismo tiempo. Primero, fue una llamada telefónica de la comisaría de Courcelles:

—Un tal José Latourie, de profesión bailarín, ha sido encontrado muerto junto a la verja del parque Monceau. No le han robado la cartera. Se ignora cuándo y en qué circunstancias se cometió el crimen.

¡Maigret, por su parte, no lo ignoraba! Se imaginó al momento a Pepito Moretto detrás del joven, a la salida del Pickwick's, encontrándole emocionado y capaz de traicionarse. Le asesinó sin esforzarse en quitarle su cartera y su documentación, tal vez como desafío.

—¿Pretenderá de esa manera hacernos frente? ¡Muy bien! —pareció decir.

Las ocho y media. Al teléfono, el gerente del Majestic:

—¡Oiga!... ¿El comisario Maigret?... ¡Es increíble, inaudito!... Hace unos minutos, llamó el 17... ¡El 17...! ¿Recuerda?... El que...

—Sí, Oswald Oppenheim... ¿Y qué?

—Le he enviado un camarero. Oppenheim, acostado como si nada hubiese ocurrido, ha pedido el desayuno...

Capítulo diez

El regreso de Oswald Oppenheim

Maigret permaneció dos horas todavía allí, inmóvil. Cuando quiso levantarse apenas podía mover los brazos y tuvo que llamar a Jean para que le ayudase a ponerse el abrigo.

—Llámame un taxi...

Algunos minutos después, penetraba en la casa del doctor Lecourbe, en la calle Monsieur Le Prince. Seis clientes esperaban en la antesala, pero le hicieron pasar a través de otra habitación y, cuando el doctor estuvo libre, le recibió.

Salió una hora después. Su torso estaba más rígido. Sus ojeras eran tan profundas que hasta la mirada había cambiado, como si Maigret se hubiese maquillado.

—¡Calle del Rey de Sicilia! Ya le diré dónde es...

De lejos, vio a sus dos inspectores paseando enfrente del hotel. Bajó del coche y se acercó a ellos.

—¿No ha salido todavía?

—No... Uno de nosotros dos siempre ha estado vigilando...

—¿Quién ha salido del hotel?

—Un viejecito y dos jóvenes y también una mujer de unos treinta años...

Maigret se alzó de hombros y suspiró.

—¿Tenía barba el viejecito?

—Sí.

Los dejó sin decir nada, alcanzó la estrecha escalera y pasó por delante de la recepción. Un poco después llamaba a la puerta de la habitación 32. Una voz de mujer le contestó en una lengua que él desconocía. La puerta se abrió y vio por fin a Anna Gorskine, medio desnuda, saliendo de la cama.

—¿Y tu amante? —preguntó.

Hablaba con prisa, sin preocuparse en examinar el lugar.

Anna Gorskine gritó:

—¡Salga usted de aquí!... No tiene ningún derecho a...

Pero él, flemático, fue al perchero a coger el *trench-coat* que ya conocía. Parecía buscar otra cosa. Vio al pie de la cama el sucio pantalón de Fedor Yourovitch.

En cambio, no había zapatos de hombre en la habitación.

La judía, ocupada en peinarse, lanzaba sobre él una mirada furiosa.

—Usted cree que porque somos extranjeros...

No le dejó seguir. Tranquilamente salió, cerró la puerta que ella abrió en cuanto él hubo bajado unos escalones. Sin embargo, ella se limitó a mirarle sin decirle nada. Inclineda sobre la barandilla, le siguió con los ojos; no pudiendo más y sintiendo la necesidad apremiante de hacer algo, le escupió.

La saliva cayó con un ruido seco muy cerca del comisario.

El inspector Dufour le preguntó:

—¿Y bien?...

—Tú te encargarás de vigilar a la mujer... Ella no podrá transformarse en viejecito...

—¿Quiere usted decir que...?

¡Claro que no! Él no quería decir nada. No tenía ganas de empezar una discusión. Subió a su taxi.

—Al Majestic...

El inspector, confundido, humillado, le vio marcharse.

—¡Haz lo que puedas! —le gritó Maigret.

Tampoco quería apenar a su colega. Si se había dejado engañar, no era por su culpa. ¿Acaso él, Maigret, no había permitido que matasen a Torrence?

El gerente le esperaba a la puerta, lo que era una actitud nueva.

—¡Por fin!... Usted comprende... Ya no sé lo que hacer... Han venido a buscar a su... A su amigo... Me han asegurado que los periódicos no dirían nada... Pero el *otro* está allí... ¡Está allí!...

—¿Nadie le ha visto entrar?

—¡Nadie!... Es precisamente eso lo que... Oiga... Como le dije por teléfono, él llamó... Y cuando llegó el camarero le pidió el desayuno... Estaba en la cama...

—¿Mortimer...?

—¿Cree usted que hay una relación?... ¡No es posible!... Es conocido... Ministros y banqueros le han visitado aquí...

—¿Qué hace Oppenheim?

—Acaba de tomar un baño... Creo que se está vistiendo...

—¿Y Mortimer?

—Los Mortimer todavía no han llamado... Duermen.

—Hágame una descripción de Pepito Moretto...

—Sí... Me lo han contado... Personalmente nunca le he visto... Quiero decir, no me he dado cuenta de él... Tenemos tanto personal... Pero me he informado... Es un hombre bajo, moreno, de pelo negro, que pasaba días enteros sin decir nada...

Maigret transcribió lo dicho en una hoja, la deslizó en un sobre y puso la dirección de su jefe. Con las huellas digitales, que sin duda habían sido cogidas de la habitación en la cual Torrence había muerto, era suficiente.

—Lleve esto a la Prefectura...

—Sí, señor comisario...

El gerente estaba suave, tenía la sensación de que los sucesos iban a tomar proporciones desastrosas.

—¿Qué va a hacer usted?

Pero el comisario se alejaba ya, torpe y trabajosamente. Se colocó en medio del vestíbulo como los visitantes en los monumentos históricos, cuando tratan de adivinar, sin ayuda del guía, lo que hay en ellos de curioso.

La luz del sol penetraba y el vestíbulo del Majestic estaba todo iluminado.

A las nueve de la mañana no había nadie en aquel vestíbulo. Sólo algunos viajeros que desayunaban en mesas alejadas, mientras leían los periódicos.

Maigret terminó por dejarse caer en un sillón. Cerca de él había una pecera de cerámica con peces rojos, que permanecían obstinadamente inmóviles, con la boca que se abría y cerraba.

Esto recordó al comisario la boca abierta de Torrence. Debió quedar fuertemente impresionado, ya que se agitó durante largo rato antes de encontrar una postura a gusto.

Delante de él, pasaban camareros. Maigret los seguía con los ojos, sabiendo que una bala podía apuntarles de un momento a otro.

La jugada comenzaba a ese grado de urgencia.

Que Maigret hubiese descubierto la identidad de Oppenheim, alias Pietr el Letón, no quería decir nada, y el policía no arriesgaba mucho.

El Letón ni siquiera se escondía, llegaba a desafiar a la Dirección de Seguridad, seguro de que no había ningún cargo contra él.

La prueba la suministraba el montón de telegramas que seguía su pista, de Cracovia a Bremen, de Bremen a Amsterdam, de Amsterdam a Bruselas y a París.

Pero ¡estaba el muerto del *Estrella del Norte*! Y había sobre todo un hallazgo de Maigret: el de las relaciones de naturaleza insospechada entre el Letón y Mortimer-Levingston.

¡Ese hallazgo era capital!

Pietr era un bandido, reconocido por él mismo, y que se limitaba a decir a la policía internacional:

—¡Cójame con las manos en la masa!

Por el contrario, Mortimer era para todo el mundo un hombre honrado.

Dos personas podían haber adivinado las relaciones entre Pietr y Mortimer.

¡Y aquella misma noche, Torrence moría asesinado! ¡Y Maigret resultaba herido, en la calle Fontaine!

Un tercer personaje, desamparado, y que sin duda no sabía casi nada, pero podía servir de comienzo a una nueva investigación, había sido suprimido también: José Latourie.

Entonces, Mortimer y el Letón, confiados en esta triple ejecución, volvieron al hotel. Estaban allí arriba, en sus *suites* de gran lujo, poniendo en movimiento a todo el servicio del hotel, tomando un baño, desayunando, vistiéndose.

Maigret, solo en su sillón del vestíbulo, con su costado tirante y dolorido, y su brazo derecho casi inmovilizado por un dolor sordo, esperaba a que bajasen.

Podía detenerles. Pero sabía que aquello no serviría de nada.

Sí, podría encontrar testimonios contra Pietr el Letón, alias Fedor Yourovitch, alias Oswald Oppenheim, con otros muchos nombres más seguramente, y entre ellos el de Olaf Swaan.

Pero ¿y contra Mortimer-Levingston, el multimillonario americano? Una hora después de su detención, la Embajada americana pondría el grito en el cielo. Los bancos franceses, las sociedades financieras e industriales de las cuales era administrador pondrían en movimiento a todos los altos funcionarios para liberarle.

¿Qué pruebas había? ¿Qué indicios? ¿Que había desaparecido durante algunas horas tras la pista del Letón?

¿Que había cenado en el Pickwick's y que su mujer había bailado con José Latourie?

¿Que un inspector de policía le había visto entrar en un sórdido hotel llamado Rey de Sicilia?

¡Todo aquello podía reducirse a cenizas! Y habría entonces que pedir disculpas, ver a gentes, excusarse ante la Embajada americana y ofrecer la seguridad de que aquello no volvería a repetirse, tomar medidas y amonestar a Maigret, al menos en apariencia.

¡Y Torrence había muerto!

Y tuvo que atravesar aquel vestíbulo, en una camilla, a las primeras luces del alba. A menos que, temiendo ofrecer un lamentable espectáculo a algún raro cliente madrugador, el gerente le hubiese hecho pasar por los pasillos del servicio.

¡Era lo más probable! Aquellos siniestros pasillos, aquella escalera de caracol, donde es posible que la camilla tropezase más de una vez...

Teléfono, detrás del mostrador. Idas y venidas. Precipitadas órdenes.

El gerente se acercó.

—La señora Mortimer-Levingston se va... Acaban de llamar desde su habitación para que bajen el baúl... El coche está a la puerta.

Maigret sonrió débilmente.

—¿En qué tren se marcha? —preguntó.

—Toma el avión para Berlín...

En aquel momento, apareció ella, vestida con un abrigo de viaje gris, un bolso de cocodrilo en la mano. Andaba deprisa. Sin embargo, al llegar a la puerta de entrada, se volvió.

Para que le viese bien, Maigret se levantó del sillón, no sin esfuerzo. Estaba seguro de que se mordió los labios y de que salió más alterada, dando una orden precipitada al conductor.

Llamaban al gerente, y el comisario se encontró solo, de pie frente a la fuente que inesperadamente se puso a funcionar. Debían soltar el chorro de agua a horas fijas.

Eran las diez.

Tuvo una ligera sonrisa, y se afeitó trabajosamente pero con cuidado, ya que cualquier pequeño movimiento le producía pinchazos en la herida.

—Eliminan a los débiles...

¡Ya que, naturalmente, era eso! Después de José Latourie, juzgado poco fuerte y al que habían puesto fuera de combate de tres cuchilladas en el pecho, apartaban a la señora Mortimer, ella también demasiado impresionable. ¡La enviaban a Berlín! ¡Era un trato de favor!

Quedaban los fuertes: Pietr el Letón, que no terminaba nunca de vestirse, Mortimer-Levingston, con el mismo aire distinguido de siempre, y Pepito Moretto, el «matón» de la banda.

Ambos, unidos por hilos invisibles, se preparaban.

El enemigo estaba allí, entre ellos, en el centro de un vestíbulo que comenzaba a llenarse de gente, inmóvil en un sillón de mimbre, las piernas estiradas, soportando en su rostro las gotas del agua que venían de la fuente con el ruidito de flauta.

Un ascensor se paró en el vestíbulo.

Pietr el Letón salió de él, con un traje caro y llamativo y un *Henry Clay* en la boca.

Estaba en su ambiente. Pagaba por ello. Desenvuelto, seguro de sí mismo, vagabundó por el vestíbulo, parándose, mirando a la gente y las vitrinas que las grandes firmas comerciales tenían instaladas. Pidió fuego a un camarero, se detuvo a menos de tres metros de Maigret, contemplando los peces de la fuente, que parecían artificiales, y por fin se encaminó al salón de lectura.

Capítulo once

El día de las idas y venidas

Pietr el Letón recorrió con la vista varios periódicos, deteniéndose más que en otros en el *Revaler Bote*, diario estoniano del cual sólo había en el Majestic un número atrasado, probablemente olvidado por algún viajero.

Un poco antes de las once, encendió un nuevo cigarro, atravesó el vestíbulo y envió a un ordenanza a buscarle su sombrero.

Gracias al sol que bañaba toda una mitad de los Campos Elíseos, hacía un tiempo bastante suave.

El Letón salió sin abrigo, con un sombrero de fieltro gris, y subió hasta l'Étoile con pasos lentos, la imagen perfecta del millonario paseante.

Maigret le seguía de cerca, sin tratar de esconderse. La herida, que le molestaba al moverse, no le hacía nada agradable este paseo.

En la esquina de la calle Berry oyó un ligero silbido cerca de él, que no tomó en consideración. Pero el silbido volvió a oírse. Entonces se volvió y vio al inspector Dufour dedicado a una misteriosa pantomima para hacerle comprender a su jefe que tenía algo que decirle.

El inspector siguió en la calle de Berry, aparentemente absorto en la contemplación del escaparate de una farmacia; sus gestos parecían dirigirse a la cabeza de una mujer de cerca cuya mejilla estaba cuidadosamente cubierta de eccema.

—¡Ven!... Deprisa...

Dufour estaba a la vez apenado e indignado. Hacía una hora que merodeaba por los alrededores del Majestic, desplegando toda su astucia, y he aquí que el comisario le ordenaba que acudiese enseguida.

—¿Qué ocurre?

—Se trata de la judía...

—¿Ha salido?

—Ella está aquí... Y al llamarme usted, nos ha visto.

Maigret miró a su alrededor.

—¿Dónde está?

—En el Select... Está sentada en una mesa... Pero mire, las cortinas se mueven...

—Sigue vigilando...

—¿Sin esconderme?

—Toma un aperitivo en una mesa al lado de la suya si eso te divierte.

Ya que, en el punto en que se encontraban, era inútil ir con rodeos. Maigret siguió andando y encontró a doscientos metros más allá al Letón, que no había intentado aprovecharse de aquel encuentro para burlar su vigilancia.

¿Para qué escapar? La partida se jugaba ahora en otro terreno. Los adversarios estaban a la vista. Las cartas estaban sobre la mesa.

Pietr recorrió dos veces el trayecto de l'Étoile al Rond-Point hasta que Maigret conoció su silueta en sus menores detalles.

Esta silueta era fina, nerviosa, con más carácter en el fondo que la de Mortimer, a la manera de los hombres del Norte.

El comisario había estudiado las características de estos temperamentos; todos eran intelectuales. Y los que él conocía, sobre todo en el Barrio Latino, cuando era estudiante de medicina, habían sorprendido a su espíritu latino.

Se acordaba de uno de ellos, un polaco delgado y rubio, casi calvo a sus veintidós años, cuya madre era mujer de la limpieza. Siguió los cursos de la Sorbona durante siete años, solía ir sin calcetines y comía en todo y por todo un trozo de pan y un huevo duro cada día.

No podía comprar los libros y tenía que estudiar en las bibliotecas públicas.

No conocía nada de París, ni sus mujeres ni el carácter francés. Pero

apenas se acabaron sus estudios, le ofrecían una cátedra importante en Varsovia, y cinco años después, Maigret le vio de nuevo en París, igual de delgado, igual de frío, entre una delegación de científicos extranjeros, y fue invitado a cenar al Élysée.

El comisario había conocido algunos más. No todos eran de la misma valía. Pero casi todos asombraban por la cantidad y diversidad de cosas que querían aprender y que aprendían.

¡Estudiar por estudiar! Como ese profesor de una universidad belga que conocía todos los dialectos de Extremo Oriente, unos cuarenta, sin haber puesto los pies en Asia, y sin interesarse lo más mínimo por los pueblos cuya lengua conocía tan bien.

Había algo de esta férrea voluntad en los ojos grises del Letón. No obstante, cuando se creía poderle incluir en esta raza de intelectuales, se percibían en él otras características que hacían pensar lo contrario.

En cierto modo, se adivinaba la sombra del ruso Fedor Yourovitch, el vagabundo del *trench-coat*, por encima de la silueta precisa del cliente del Majestic.

Que sólo formasen un mismo y único hombre era una certeza moral, y ya casi material.

La noche de su llegada, Pietr desapareció. Al día siguiente por la mañana, Maigret volvió a encontrarle en Fécamp, bajo los rasgos de Fedor Yourovitch.

Volvía a la calle del Rey de Sicilia. Unas horas después, Mortimer penetraba en el hotel. Varias personas, entre las cuales se hallaba un viejo barbudo, salieron después.

Y por la mañana, Pietr el Letón había vuelto a su habitación del Majestic.

Lo más asombroso es que, aparte de un parecido físico bastante notable, no había nada en común entre aquellas dos encarnaciones.

Fedor Yourovitch era con toda seguridad un vagabundo eslavo, un fuera de la sociedad nostálgico y rebelde. Todo lo hacía recordar cuando se acodaba en el tugurio de Fécamp.

También, por el contrario, no había ninguna duda en la personalidad del Letón: un intelectual auténtico de la cabeza a los pies, por el modo en que pedía fuego a un camarero o llevaba su sombrero de fieltro gris inglés de

calidad extra, o en la forma desenvuelta con que paseaba por las aceras soleadas de los Campos Elíseos o se detenía a mirar los escaparates.

¡Una perfección que no era sólo superficial! Maigret también había interpretado a otras personas. Si la policía se disfraza no tan a menudo como se piensa es a veces por necesidad.

Pero Maigret, maquillado, seguía siendo Maigret en algunos rasgos de su persona, en una mirada o en un gesto.

Maigret en feriante de ganado, por ejemplo (le había sucedido, y con éxito), *interpretaba* al feriante de ganado. Pero no lo era. El personaje era sólo superficial.

Pietr-Fédor era o Pietr o Fedor *interiormente*. Y la sensación del comisario podía resumirse en que era a la vez el uno y el otro. No sólo por la ropa, sino también esencialmente.

Él vivía alternativamente muchas vidas por completo distintas, sin duda desde hacía mucho tiempo, tal vez de siempre.

Esto eran ideas deshilvanadas, que asaltaban a Maigret mientras recorría con pasos lentos una atmósfera de una sabrosa ligereza.

De repente, sin embargo, el personaje del Letón se escamó.

Las circunstancias que produjeron el suceso fueron significativas. Se había detenido a la altura del Fouquet's y comenzó a atravesar la avenida con la evidente intención de tomar el aperitivo en el bar de este establecimiento de lujo.

Entonces cambió de idea, echó a andar a lo largo de la acera y, de repente, apresurándose, tomó la calle Washington.

Había allí una taberna, como suele haber hasta en los barrios más elegantes, destinada a los conductores de taxi.

Pietr entró. El comisario entró detrás de él, precisamente en el momento en que pedía una copa de ajenjo.

Estaba de pie delante del mostrador, que un camarero limpiaba de vez en cuando con un trapo sucio. A su izquierda había un grupo de obreros en ropa de faena. A su derecha, un cobrador de la compañía del gas.

El Letón extrañaba allí, por su corrección, por el lujo refinado de los

menores detalles de su vestimenta.

Se veía brillar su bigotito, demasiado rubio, y sus extrañas pestañas. Miró a Maigret, no de frente, sino en el reflejo del espejo.

Y el comisario percibió un temblor de labios, un imperceptible estremecimiento de nariz.

Pietr debió observarse. Comenzó a beber despacio, pero enseguida terminó de un trago lo que quedaba en su vaso, y esbozó un gesto con el dedo como diciendo:

—¡Otro...!

Maigret pidió un *vermouth*. En el estrecho bar parecía más grande y más ancho todavía. No quitaba los ojos del Letón.

En cierta manera vivía dos escenas a un tiempo. Como antes, las imágenes se juntaban. El sórdido café de Fécamp se deslizaba tras el de ahora y Pietr se desdoblaba. Maigret le veía a la vez en traje impecable y con gabardina vieja.

—¡Yo voy a arreglar esto ahora mismo! —decía uno de los obreros golpeando con su vaso el mostrador.

Pietr bebía su tercer aperitivo color de ópalo, que a Maigret le producía un cosquilleo en la nariz.

Por un movimiento del empleado del gas, los dos hombres se encontraron codo a codo.

Maigret era mucho más alto que su compañero. Ambos se miraban al espejo que había enfrente.

Fue por los ojos por donde la cara del Letón comenzó a nublarse. Llamó con sus dedos blancos y secos, señaló su vaso y se pasó la mano por la frente.

Y entonces, poco a poco, hubo una especie de lucha en sus gestos. En el espejo, Maigret veía tan pronto la cara del huésped del Majestic como la figura torturada del amante de Anna Gorskine.

Pero esta figura no salía nunca completamente a la superficie. Estaba oculta por un esfuerzo desesperado de sus músculos. Sólo los ojos seguían siendo los del ruso.

La mano izquierda estaba enganchada al borde del mostrador. Su cuerpo se balanceaba.

Maigret ensayó una experiencia. Tenía en el bolsillo el retrato de la señora Swaan que había sacado del álbum del fotógrafo de Fécamp.

—¿Cuánto le debo? —preguntó al camarero.

—Cuatro francos...

Aparentó buscar en su cartera, y dejó caer la foto, que flotó entre el líquido del mostrador.

No se preocupó de ello, y ofreció una moneda de cinco francos. Pero su mirada permanecía fija en el espejo.

El camarero, que había recogido el retrato, estaba molesto y lo limpiaba con un trapo.

Pietr el Letón apretó su vaso, los ojos duros, los rasgos fijos.

Después, de repente, hizo un ruido inesperado, tan claro que hasta el dueño, ocupado con la caja, se volvió asombrado.

La mano del Letón se abrió, y dejó deslizar por el mostrador los trozos de cristal.

Lo había hecho pedacitos. Un ligero corte le hacía sangrar un dedo.

Tiró un billete de cien francos sobre el mostrador y salió, sin mirar a Maigret.

Ahora caminaba erguido hacia el Majestic. Ningún indicio de borrachera. Su silueta era la misma que al salir, su manera de andar igual de precisa.

Maigret, obstinado, seguía tras sus talones. Estaban ya muy cerca del hotel, y vio ponerse en marcha un coche que reconoció. Era el coche de la Identidad Judicial, que llevaba los aparatos destinados a tomar fotografías y las huellas digitales.

Este encuentro le hizo detenerse. Por un momento perdió confianza, se sintió desconcertado, sin punto de apoyo.

Pasó delante del Select. El inspector Dufour le dirigió, a través del cristal, una seña que quería ser confidencial, pero que designaba claramente y para todo el mundo la mesa de la judía.

—¿Mortimer? —preguntó el comisario, parándose en la recepción del hotel.

—Acaba de hacerse acompañar hasta la Embajada de los EE. UU., donde

estaba invitado a una comida...

Pietr el Letón se sentó en su mesa, en el vacío comedor.

—¿Va a comer usted también? —preguntó el gerente a Maigret.

—Sí, ponga mi cubierto en su mesa.

El otro se alteró.

—¿En su...? ¡Eso no puede ser! El salón está vacío y...

—He dicho en su mesa.

El gerente no se dio por vencido y corrió detrás del policía.

—¡Escuche! Seguramente, él va a provocar un escándalo... Puedo instalarle en un sitio donde pueda verle también.

—He dicho en su mesa.

Fue entonces, mientras paseaba por el vestíbulo, cuando se dio cuenta de que estaba cansado. Un cansancio sutil, que afectaba a todo su cuerpo, incluso a todo su ser, carne y alma.

Se dejó caer en el mismo sillón de mimbre de la mañana. Una pareja, compuesta de una señora muy madura y de un joven demasiado acicalado, se levantó y la mujer dijo, para que todos la oyesen, mientras balanceaba nerviosamente su bolso:

—¡Estos hoteles se están haciendo imposibles...! ¡Fíjese en eso...!

¡Eso era Maigret, que ni siquiera sonrió!

Capítulo doce

La judía del revólver

—¡Oiga!... ¡Humm!... Es usted, ¿verdad?

—Sí, Maigret —suspiró el comisario, que había reconocido la voz del inspector Dufour.

—¡Chiss!... En dos palabras, jefe... Ida lavabo... Bolso sobre la mesa... Aproximado... Contiene revólver.

—¿Sigue allí?

—Está comiendo.

Dufour, en la cabina telefónica, debía de tener aspecto de conspirador y esbozar gestos cabalísticos. Maigret colgó sin decir nada. No tenía valor para contestar. Estos pequeños contratiempos, que de costumbre le hacían sonreír, le producían ahora náuseas.

El gerente se había resignado a poner un cubierto enfrente del Letón, que una vez instalado preguntó al camarero.

—¿A quién está destinado este sitio?

—No sé, señor, tengo orden de...

Y no había insistido. Una familia inglesa, compuesta de cinco personas, hizo irrupción en el comedor, quitándole un poco de su frialdad.

Maigret, dejando su sombrero y su pesado abrigo en el guardarropa, atravesó la sala y se detuvo un momento antes de sentarse y esbozó una especie de saludo.

Pero Pietr pareció no verle. Los cuatro o cinco aperitivos que se había

bebido estaban olvidados. Estaba frío, correcto, preciso en sus gestos.

No dejó traslucir la menor sombra de nerviosismo, y, la mirada lejana, daba la impresión del ingeniero absorto en un problema técnico.

Bebió poco, pero había elegido uno de los mejores borgoñas de los últimos veinte años.

Comió ligeramente: tortilla paisana, escalope y helado. En cada plato, esperaba sin impaciencia, con las dos manos colocadas sobre la mesa, sin ocuparse de lo que pasaba a su alrededor.

El comedor se iba llenando.

—Se le está despegando el bigote... —dijo de repente Maigret.

No se inmutó; unos instantes después, se contentó con pasar descuidadamente dos dedos por sus labios. Era verdad, aunque apenas perceptible.

Al comisario, cuya calma era famosa en la Prefectura, le costaba trabajo conservar su sangre fría.

Y durante el resto de la tarde, ésta iba a ser puesta a prueba.

Es cierto que no esperaba que el Letón, a quien no perdía de vista, pudiera arriesgarse a hacer algo que le comprometiese.

Pero ¿no había en él, por la mañana, un comienzo de fracaso?

¿Y no se podía esperar que llegase hasta el fin por la presencia de aquella silueta, siempre presente, como una pantalla inerte entre él y la luz?

El Letón tomó café en el vestíbulo, mandó que le trajesen un abrigo, bajó por los Campos Elíseos y entró, un poco después de las dos, en un cine del barrio.

No salió hasta las seis, sin haber dirigido la palabra a nadie, sin haber hecho el menor gesto equívoco.

Bien instalado en su butaca, había seguido con interés las peripecias de una película pueril.

Si se hubiese vuelto, mientras se dirigía luego hacia la plaza de la Ópera, donde tomó el aperitivo, habría comprobado que a la silueta de Maigret le faltaba nervio.

¿Y tal vez habría intuido que el comisario empezaba a dudar de él?

Era tan cierto que durante las horas pasadas en la oscuridad frente a una pantalla donde se agitaban imágenes que no intentaba distinguir, el policía no

había omitido la posibilidad de un arresto prematuro.

¿Pero sabía también lo que le esperaba en tal caso?

No tenía ninguna prueba material precisa. Por el contrario, todo un juego de influencias asaltarían al juez de instrucción, al ministerio de Asuntos Exteriores y al de Justicia.

Caminaba un poco absorto. Su herida le dolía, y el brazo derecho estaba casi paralizado. Ahora bien, el médico le había recomendado:

—¡Si el dolor aumenta, acuda sin pérdida de tiempo! Es que la herida está infectada...

Y además... ¿Acaso tenía tiempo para pensar en ello?

—«¡Fíjese en eso...!» —había dicho por la mañana una cliente del Majestic.

¡Sí, Dios mío! «Eso» era un policía que trataba de impedir a los malhechores de envergadura que continuasen sus hazañas. Y que se encarnizaba en vengar a un colega asesinado en aquel mismo hotel.

«Eso» era un hombre que no se vestía en un sastre inglés, que no tenía tiempo para pasar todas las mañanas en la manicura, y cuya mujer hacía tres días que le preparaba en vano la comida, resignada y sin saber nada de él.

«Eso» era un comisario de primera clase que ganaba dos mil doscientos francos al mes, y que una vez terminado un asunto y con los causantes encerrados, tenía que sentarse delante de una hoja de papel, hacer la lista de sus gastos y agrupar los recibos y justificantes y luego discutir con el cajero.

Maigret no tenía coche ni millones ni muchos colaboradores. Y si se permitía disponer de uno o dos agentes, tenía que explicar luego para qué.

Pietr el Letón, a tres pasos de él, pagó su aperitivo con un billete de cien francos, sin recoger la vuelta. ¡Era una manía o un *bluff*! Después entró en una camisería, y sin duda por distraerse pasó una media hora escogiendo doce corbatas y tres batines. Dejó su carnet en el mostrador y se fue, en tanto que el impecable vendedor se apresuraba detrás de él.

A veces, Maigret tenía toda la espalda como atravesada por infinitas agujas, y el pecho le dolía, incluso también el estómago.

Calle de la Paix, plaza Vendôme, Faubourg Saint Honoré... Pietr el Letón se paseaba...

Por fin llegó al Majestic y los porteros se precipitaron para abrirle la

puerta giratoria.

—Jefe...

—¿Tú otra vez?

Era el inspector Dufour, que dudando y con la mirada llena de ansiedad, salía de su escondite.

—Escuche... Ella ha desaparecido...

—¿Qué me estás diciendo?

—¡Hice lo que pude, se lo juro! Salió del Select. Y un momento después entraba en el número 52 en una casa de modas. Esperé una hora antes de preguntarle al portero. Nadie la había visto en los salones del primer piso. Se limitó sencillamente a atravesar el edificio, que tiene una salida por la calle de Berry.

—¡Qué bien!

—¿Qué he de hacer ahora?

—¡Descansar!

Dufour miró a los ojos del comisario y después giró la cabeza violentamente.

—Le juro que...

Ante su gran estupor, Maigret le palmeó la espalda.

—¡Eres un buen chico, Dufour! ¡No te preocupes, hombre!...

Y entró en el Majestic sorprendiendo el gesto del gerente, que se transformó en sonrisa.

—¿Y el Letón?

—Acaba de subir a sus habitaciones.

Maigret fue hasta el ascensor.

—Segundo piso...

Vació su pipa y comprobó de repente con una nueva sonrisa, algo más amarga que la precedente, que desde hacía algunas horas se había olvidado de fumar.

Frente a la puerta del 17 no dudó ni un solo momento. Llamó. Una voz le dijo que entrase. Lo hizo y cerró la puerta detrás de él.

En la habitación, aparte de los radiadores, había una chimenea, encendida casi decorativamente. El Letón, acodado junto a ella, empujaba con el pie un papel que ardía, con el fin de activar su combustión.

Al primer vistazo, Maigret comprobó que estaba más intranquilo que antes, pero tuvo el suficiente dominio de sí mismo para no expresar que lo notaba.

Con su gruesa mano cogió por el respaldo una minúscula silla dorada y la llevó con él a un metro del fuego. Allí volvió a ponerla sobre sus frágiles patas y se sentó a horcajadas.

¿Era porque tenía de nuevo su pipa entre los dientes? ¿O porque todo su ser reaccionaba tras las horas de abatimiento, o más bien de aturdimiento que acababa de vivir?

El caso es que en aquel momento se encontraba más firme que nunca. Podría decirse que era dos Maigret. Un bloque tallado en viejo roble, o mejor en un gres compacto.

Apoyó sus dos codos en el respaldo de la silla. Se le veía capaz, a punto de coger por el cuello a su hombre con una de sus anchas manos y golpearle la cabeza contra la pared.

—¿Ha vuelto Mortimer? —articuló.

El Letón, que miraba el papel quemado, levantó calmosamente la cabeza.

—Lo ignoro...

Sus dedos estaban crispados, y Maigret lo advirtió. También notó que una maleta, que antes no estaba en la habitación, se hallaba junto a la puerta de la alcoba.

Era una bolsa de viaje vulgar, que todo lo más valdría unos cien francos, y que no armonizaba con el resto.

—¿Qué hay dentro de ella?

No hubo ninguna respuesta, pero sí un movimiento nervioso, convulsivo. Por fin una pregunta:

—¿Me detiene?

Y se diría que había cierto alivio en su voz, a través de un fondo de ansiedad.

—Todavía no...

Maigret se levantó, fue a buscar la maleta, que empujó con el pie hasta la chimenea, y la abrió.

Contenía un traje gris de confección nuevo, al que habían olvidado arrancar la etiqueta marcada con cifras convencionales.

El comisario descolgó el teléfono.

—¡Oiga!... ¿Ha vuelto Mortimer?... ¿No?... ¿Y no ha habido nada para el 17?... ¡Oiga!... Sí... ¿Un paquete de una camisería de los grandes bulevares?... Es inútil que lo suba...

Colgó y preguntó abotagado:

—¿Dónde está Anna Gorskine?

¡Por fin tenía la sensación de avanzar!

—Búsquela...

—Dicho de otro modo, no está aquí... Pero ha venido... Y ha traído esta maleta, y también una carta...

Con gesto precipitado, el Letón aplastó las cenizas del papel quemado, de tal manera que sólo quedó polvo.

El comisario comprendió que no era el momento de decir algo, que dominaba la situación, pero que el menor paso en falso le haría perder esta ventaja.

Llevado por la costumbre, se levantó, se acercó al fuego, tan bruscamente, que Pietr se sobresaltó, y esbozó un gesto de defensa que le hizo sonrojarse, ya que Maigret iba sólo a poner la espalda en el fuego. Fumó la pipa a pequeñas chupadas.

Y el silencio se volvió tan pesado que era nocivo para los nervios.

El Letón estaba a punto de estallar, aunque se esforzase por disimularlo. Como réplica a la pipa de Maigret, encendió un cigarro.

Maigret se puso a dar vueltas de un lado para otro, y estuvo a punto de romper la mesita donde estaba el teléfono al apoyarse en ella.

Su compañero no vio que pulsaba el botón sin descolgar el aparato.

El resultado fue inmediato. Sonó el timbre. Y preguntaron de la centralita:

—¡Oiga!... ¿Han llamado?

—¡Oiga!... Sí... ¿Cómo dice?

—¡Oiga!... Aquí la recepción del hotel...

Y Maigret, imperturbable:

—¡Oiga!... Sí... ¿Está abajo Mortimer?... Gracias... Le veré enseguida...

—¡Oiga!... ¡Oiga!... ¡Oiga!...

Apenas había colgado el teléfono, cuando de nuevo sonó el timbre.

La voz del gerente insistió:

—¿Qué pasa?... No comprendo...

—¡M...! —tronó Maigret.

Apoyó su mirada en el Letón, que se había vuelto mucho más pálido, y que por lo menos durante un segundo sintió deseos de precipitarse hacia la puerta.

—¡No es nada! —le dijo el comisario—. Es Mortimer-Levingston que vuelve. Había pedido que me avisasen.

Vio unas gotas de sudor en la frente de su interlocutor.

—Estaba hablando de la maleta y de la carta que la acompañaba... Anna Gorskine...

—Anna no tiene nada que ver en todo esto...

—Perdón... Creí que... ¿No es de ella la carta?

—Escuche...

El Letón temblaba... Era un hecho flagrante. Estaba inusitadamente nervioso. Todo su rostro, toda su persona, estaban agitados por múltiples tics.

—¡Escucho! —dijo Maigret, volviéndose y enfrentándose a él.

Su mano se había deslizado hacia su revólver. No necesitaba más que un segundo para tenerle a tiro. Sonrió, pero a través de su sonrisa se advertía una atención llevada al paroxismo.

—¿Y bien?... Puesto que le digo que escucho...

Pero el Letón, cogiendo una botella de *whisky*, articuló con los dientes apretados:

—¡Peor para usted!

Y se llenó un vaso, lo bebió de un trago y miró a su interlocutor con la mirada turbia de Fedor Yourovitch, mientras que en su barbilla brillaba una gota de alcohol.

Capítulo trece

Los dos Pietr

Maigret nunca había visto una borrachera semejante. Nunca había visto tampoco a un hombre beberse de un trago un vaso grande lleno de *whisky*, llenarlo otra vez, volverlo a vaciar, llenarlo una tercera vez, agitar la botella y vaciarla hasta las últimas gotas de su alcohol de sesenta grados.

El efecto fue impresionante. El rostro de Pietr el Letón se volvió de color púrpura y un momento después exangüe...

Pero había todavía huellas rojas en sus mejillas. Sus labios perdían el color. Dio algunos pasos titubeantes y luego dijo con la falsa soltura del borracho:

—Usted lo ha querido, ¿no es así?...

Y rió con risa turbia, que quería expresar miedo, ironía, amargura, tal vez desesperación. Tiró una silla al querer apoyarse, y limpió su húmeda frente.

—Piense que usted solo no lo hubiese conseguido... Es la casualidad...

Maigret no se movió. Estaba tan a disgusto que quería terminar con esta escena, aunque para ello tuviera que emborrachar del todo a su interlocutor.

Asistió a la misma transformación de la mañana, pero diez veces, cien veces más fuerte.

Antes tuvo que enfrentarse con un hombre dueño de sí, de una aguda inteligencia alimentada por una voluntad poco común...

Un hombre de mundo y un sabio, de una corrección extremada.

Pero de repente aquello se había convertido en un montón de nervios, en

una marioneta enloquecida, en un rostro gesticulante, en unos ojos que expresaban el pánico.

¡Ahora reía! Pero al reírse, al agitarse sin parar, escuchaba y se inclinaba como si hubiese oído ruido a sus pies.

Abajo estaban las habitaciones de los Mortimer.

—¡Todo ha estado muy bien planeado! —dijo con una voz rasgada—. ¡Y usted no será capaz de derrumbarlo! ¡Es sólo la casualidad, le repito, una serie de casualidades!

Esquivó la pared y luego se adosó a ella, el cuerpo de lado. Hizo un gesto, porque esa rabia artificial debía producirle dolores profundos en la cabeza.

—¡Bien!... ¡Intente decirme, si todavía es tiempo, la clase de Pietr que soy! En su lengua, Pietr quiere decir payaso, ¿no es cierto?...

Era a la vez angustioso y triste, cómico y repugnante. Y cada segundo hacía aumentar el delirio.

—¡Qué curioso que no vengan!... ¡Pero vendrán!... Y entonces... ¡Vamos!... ¡Adivínelo!... ¿Qué clase de Pietr?...

Cambió de repente de actitud, se tomó la cabeza entre las manos. Su rostro traicionó un gesto de dolor.

—Usted no comprende... La historia de los dos Pietr... Es algo así como la historia de Caín y Abel... Usted debe ser católico, naturalmente... En mi país son protestantes, y viven con la Biblia... Yo estoy seguro, convencido, de que Caín era un muchacho bueno, ingenuo... Mientras que Abel...

Se oyeron pasos y la puerta se abrió.

Maigret apretó más aún la pipa entre sus dientes.

Ya que era Mortimer quien había entrado, con la expresión alegre del hombre que acaba de cenar excelentemente y en buena compañía.

Un olor a licores y a cigarros flotaba a su alrededor.

Su expresión cambió, sin embargo, nada más entrar. El rojo de sus mejillas desapareció y Maigret observó algo anormal en él, algo difícil de localizar, pero que daba a su fisonomía un aire turbio.

Se veía que llegaba de la calle, y sus ropas conservaban aún el aire fresco de la atmósfera.

Pero el espectáculo era a doble banda. Al comisario le resultaba difícil verlo a la vez.

Miraba con preferencia al Letón. Pasada la primera conmoción, intentaba recobrar su lucidez. Pero no pudo. La dosis había sido demasiado fuerte. Se sentía a sí mismo y tenía desesperadamente en tensión toda su voluntad.

Su rostro se descomponía. Debía de ver las personas y los objetos tras una cortina que los deformaba. Tropezó con una mesa y estuvo a punto de caer. Recobró milagrosamente el equilibrio, cuando iba casi a besar el suelo.

—Querido Morti... ¿verdad...? —empezó a decir.

Se encontró con la mirada del comisario, y articuló cambiando la voz:

—A la m..., ¿verdad...? A la...

La puerta se cerró de golpe, y se oyeron pasos precipitados alejándose. Eran de Mortimer. El Letón se desplomó en un sillón.

Maigret se dirigió hacia la puerta. Pero se quedó allí, escuchando.

Por desgracia, era imposible distinguir los pasos del americano entre los múltiples ruidos del hotel.

—¡Le repito que usted lo ha querido!... —balbuceó Pietr, que continuó torpemente su discurso en un idioma extraño.

El comisario cerró la puerta con llave, recorrió el pasillo y bajó a grandes zancadas por una escalera.

Cuando llegó al descansillo del primer piso, tuvo tiempo de ver la imagen de una mujer que huía. Percibió un olor a pólvora.

Agarró con su mano izquierda el vestido de la mujer, mientras la derecha se abatía contra su muñeca. El revólver cayó al suelo y la bala fue a incrustarse en los cristales del ascensor.

La mujer se revolvía en sus brazos. Tenía una fuerza extraordinaria. El comisario no encontró otra manera de inmovilizarla que retorciéndole la muñeca. Cayó a sus pies, murmurando:

—¡Cobarde!...

El hotel se llenó de gente, y un rumor insólito llegó de los pasillos y del vestíbulo.

La primera persona en aparecer fue una de las criadas que alzó los brazos al cielo, aterrorizada, y echó a correr.

—¡No se mueva! —dijo Maigret, dirigiéndose no a la mujer que escapaba, sino a su prisionera.

Pero ambas quedaron rígidas y la criada gritó:

—¡Perdón!... Yo no he hecho nada...

El caos fue en aumento. La gente salía de todos los rincones. El gerente gesticulaba en medio de un grupo. Se veían mujeres con traje de noche y del conjunto se elevaba una cacofonía.

Maigret puso las esposas a su prisionera. Se trataba de Anna Gorskine. Ella se defendió. En la lucha, desgarró su vestido, quedó despechugada como de costumbre, magnífica, con los ojos brillantes, la boca torcida.

—La habitación de Mortimer... —dijo el comisario al gerente.

Pero éste no sabía ya a qué atender. Y Maigret se encontraba solo en medio de la gente que chocaba, llena de pánico, mientras las mujeres, para mayor confusión, gritaban, lloraban o pataleaban.

Las habitaciones del americano se encontraban sólo a algunos pasos. El policía no necesitó abrir la puerta, que estaba entornada. Vio en el suelo un cuerpo sangriento que aún se movía.

Entonces fue corriendo al piso superior, se pegó a la puerta que él mismo había cerrado con llave, no oyó nada y la abrió.

¡Las habitaciones de Pietr el Letón estaban vacías!

La maleta seguía en el suelo, al lado del hogar, con el traje de confección colocado atravesado.

Por la ventana abierta llegaba un aire helado. Daba a un patio ancho como una chimenea. Abajo se distinguían los rectángulos oscuros de tres puertas.

Maigret volvió a bajar pesadamente y vio a la multitud más tranquila. Entre los viajeros se encontraba un médico. Pero las mujeres no se preocupaban en absoluto —¡por otra parte los hombres tampoco!— de Mortimer, sobre el cual estaba inclinado el doctor.

Todas las miradas se dirigían a la judía caída en el pasillo, con las manos unidas por las esposas, con la boca huraña, lanzando injurias y amenazas a los espectadores.

Se le había caído el sombrero y unos mechones relucientes colgaban por su rostro.

Un intérprete de la recepción salió del ascensor en compañía de un guardia.

—Hagan evacuar —ordenó Maigret.

Oyó a su espalda una protesta confusa. Tenía aspecto de llenar él solo

todo el pasillo.

Pesado, se acercó al cuerpo de Mortimer.

—¿Y bien?...

El médico era un alemán que conocía mal el francés y que comenzó una larga explicación mezclando las dos lenguas.

La parte baja del rostro del millonario había desaparecido. Era tan sólo una gran herida roja y negruzca.

Sin embargo, la boca se abrió, una boca que no era ya exactamente una boca, y surgió un balbuceo con sangre.

Ni Maigret ni el médico —como pudo saberse más tarde, profesor de la Universidad de Bonn—, ni tampoco las otras dos personas que se hallaban cerca, lo comprendieron.

La alfombra estaba salpicada de cenizas de cigarro. Una de las manos permanecía abierta y los dedos separados.

—¿Está muerto?... —preguntó el comisario.

El doctor le hizo una seña negativa y ambos se callaron.

En el pasillo, el rumor se alejaba.

El agente hacía retroceder a los curiosos que permanecían allí todavía.

Los labios de Mortimer se juntaron y luego se separaron. El médico permaneció inmóvil algunos segundos.

Después, levantándose, y como desembarazado de un gran peso, dijo:

—Muerto... Era difícil...

Alguien había andado sobre la alfombra dejando una clara huella de zapato.

En el marco de la puerta abierta, el guardia municipal, con sus galones plateados, guardó un momento de silencio.

—¿Puedo hacer algo?...

—Haga salir a todo el mundo, sin excepción —ordenó Maigret.

—La mujer está gritando...

—Déjela que grite...

Y fue a situarse junto a la chimenea, donde el fuego se había apagado.

Capítulo catorce

La corporación Ugala

Cada raza tiene su olor, que las otras razas detestan. El comisario Maigret había abierto la ventana y fumaba sin descanso. Ruidos sordos continuaban molestándole.

¿Estaba impregnado de ellos el hotel del Rey de Sicilia? ¿O la calle? Ya llegaban oleadas de aquel olor cuando el gerente, con gorra negra, abría su ventanilla. A medida que se subía por la escalera, el olor se hacía más denso.

En la habitación de Anna Gorskine era más compacto. Había restos de comida por todas partes. Salchichones de un rosa feo, blandos y llenos de ajo. En un plato, había pescado frito nadando en una salsa agria.

Colillas de cigarrillos rusos. Restos de té en el fondo de media docena de tazas.

Y sábanas que parecían estar aún húmedas, y con el olor guardado de no ser nunca aireadas.

En el colchón que había descosido, era donde Maigret había descubierto aquella bolsita de tela gris.

De la bolsa se habían caído unas fotos y un diploma.

Una de las fotos representaba una calle en cuesta, bordeada de casas viejas con una torreta, como las que se ven en Holanda, pero embadurnadas de blanco crudo en la que se dibujaban agudas las líneas negras de las ventanas, puertas y cornisas.

La casa que estaba en primer plano tenía una inscripción con letras de un

estilo que recordaba al mismo tiempo al gótico y al ruso:

6

Rütsep

Max Johansson

Tailor

El edificio era grande. De la torreta sobresalía una viga que tenía una polea destinada en otro tiempo a almacenar el trigo en los graneros.

En la planta baja había una entrada de seis escalones, con una barandilla de hierro. En esta entrada se hallaba reunida una familia alrededor de un hombre de unos cuarenta años, pequeño y apagado, con toda seguridad el sastre, que tenía un aspecto serio y desenvuelto.

Su mujer, con un vestido de satén ajustadísimo, estaba sentada en una silla labrada. Sonreía de buena gana al fotógrafo, aunque con una ligera mueca en los labios, que «hacía elegante».

Por último, delante de ellos, había dos niños que se daban la mano. Eran dos chicos de seis a ocho años, con pantalones hasta media pantorrilla, medias negras, cuellos de marinero blancos bordados y con adornos en los puños.

¡La misma edad! ¡La misma estatura! Un parecido extraordinario entre ellos y con el sastre.

Sin embargo, era imposible no notar la diferencia de caracteres.

Uno tenía una expresión decidida. Miraba fijamente al aparato con un aire agresivo, como una especie de desafío.

El otro miraba a su hermano de reojo, le miraba con confianza, con admiración.

El nombre del fotógrafo se leía incrustado: *K. Akel, Pskov*.

La segunda foto era más grande y más significativa. Había sido tomada durante un banquete. Tres largas mesas en perspectiva, cubiertas de platos y de botellas, y al fondo, contra una pared gris, una panoplia con seis banderas y un escudo, del que se distinguían mal los detalles, dos espadas cruzadas y un cuerno de caza.

Los invitados eran estudiantes de dieciocho a veinte años, con una gorra

de visera estrecha, ribeteada de plata, cuyo casquete de terciopelo debía de ser de ese verde lívido que tanto les gusta a los alemanes y a sus vecinos del Norte.

Tenían el cabello muy corto, y la mayoría de los rostros eran de rasgos muy marcados.

Unos sonreían ingenuamente al objetivo. Otros tendían su jarra de cerveza, de un curioso modelo de madera labrada.

Algunos tenían los ojos cerrados por culpa de la explosión del magnesio.

En medio de la mesa, muy evidente, había una pizarra en la que estaba escrito:

Corporación Ugala
Tartu

Se trataba de una de esas sociedades que los estudiantes constituyen en todas las universidades del mundo.

Frente a la panoplia, uno de los jóvenes se distinguía de todos los demás.

Primero, porque no tenía nada en la cabeza, y su cráneo, afeitado por completo, daba un relieve particular a su fisonomía.

Mientras la mayoría de sus compañeros llevaban un traje de calle, él lucía un traje negro con cierta torpeza, ya que era aún estrecho de hombros. De la solapa blanca colgaba un largo cordón, parecido al de la Legión de Honor.

Eran las insignias presidenciales.

Extrañamente, mientras la mayoría de los presentes miraban al fotógrafo, los más tímidos estaban instintivamente vueltos hacia el joven jefe.

Y el que le contemplaba más fijamente era su sosias, sentado cerca de él, y el cuello estirado para no perderle de vista.

El estudiante con el largo cordón y el que le devoraba con los ojos eran sin duda los dos muchachos de la casa de Pskov, los hijos del sastre Johannson.

El diploma estaba en latín, sobre pergamino, imitación de un documento antiguo. Entre tanto término arcaico se podía distinguir el nombre de Hans Johannson, estudiante de filosofía, miembro de la Corporación Ugala.

Como firma, se leía: *El Gran Jefe de la Corporación, Pietr Johannson.*

En el mismo sobre había un segundo paquete cerrado, conteniendo también fotos y cartas escritas en ruso.

Las fotos llevaban el sello de un comerciante de Vilna. Una de ellas representaba a una judía de unos cincuenta años, gruesa, ruda, llena de perlas como una reliquia de iglesia.

Tenía los mismos rasgos de familia de Anna Gorskine. Por otra parte, había una foto en la que estaba ella, de unos dieciséis años, con una toca de armiño en el pelo.

En cuanto a las cartas, llevaban en tres idiomas el membrete de la razón social:

Efrain Gorskine
Pieles al por mayor
Especialidad en pieles de Siberia
Vilna. Varsovia.

Maigret se consideraba incapaz de traducir el texto manuscrito. Sólo advirtió que una frase, repetida en varias cartas, estaba subrayada.

Deslizó todos aquellos papeles en su bolsillo. Mecánicamente, echó una última ojeada al lugar.

Hacía mucho tiempo que la habitación estaba ocupada por la misma persona. Había llegado a perder su anonimato de habitación de hotel.

En los objetos más insignificantes, en las manchas del papel de la pared y en lo sucio de la ropa, se podía adivinar la historia completa de Anna Gorskine.

Había pelos por todas partes, espesos y grasos como los de las mujeres asiáticas.

Y centenares de colillas. Cajas de galletas vacías y trozos de galletas por el suelo. Un bote. Una enorme lata de conserva con restos de carne, de marca polaca. Y caviar.

Y vodka y whisky. En un pequeño recipiente que Maigret vació, había restos de opio sin preparar, en hojas.

Media hora después, en la Prefectura, le traducían las cartas. Retuvo al

vuelo frases como:

«... las piernas de tu madre se hinchan cada vez más...».

«... tu madre me pregunta si se te hinchan los tobillos cuando andas mucho, ya que cree que tienes la misma enfermedad que ella...».

«... ahora estamos más tranquilos, aunque el asunto de Vilna siga sin solucionarse. Nos encontramos cogidos entre los letones y los polacos... Unos y otros odian a los israelitas...».

«... ¿quieres informarte acerca del señor Levassor, que vive en el 65 de la calle de Hauteville? Me hace un pedido de pieles, pero sin darme referencias bancarias...».

«... cuando hayas terminado tus estudios, deberías casarte y venir los dos aquí, al comercio. Tu madre apenas me sirve de nada...».

«... tu madre no abandona su sillón... Cada día tiene peor genio... ¿Por qué no vienes?...».

«... el hijo de Goldstein, que ha llegado hace quince días, dice que no estás matriculada en la Universidad de París. Le respondí que eso no era verdad y que...».

«... ha habido que ponerle inyecciones a tu madre...».

«... te han visto en París en compañía de personas que no te convienen. Quiero saber de quién se trata...».

«... me vuelven a dar malos informes tuyos. En cuanto el comercio me deje un poco libre, iré yo mismo a comprobarlo...».

«... si no fuese porque tu madre no quiere quedarse sola, y que, según el médico, está condenada, iría a buscarte. *Te ordeno que vengas...*».

«... te envió quinientos *zlotys* para el billete de tren...».

«... si antes de un mes no has venido, maldeciré de ti...».

Y una última carta:

«... ¿cómo puedes vivir desde hace un año *sin recibir un céntimo mío*? Tu madre es muy desgraciada. Y me hace responsable de lo que te pasa...».

Maigret no sonrió una sola vez. Dejó los papeles en un cajón que cerró con llave, redactó algunos telegramas y ganó el pasillo del Juzgado.

Anna Gorskine había pasado allí la noche, en una de las salas.

Pero después el comisario ordenó que la encerrasen en una celda individual. Abrió primero la ventanilla. Sentada en el tablón, Anna Gorskine

no se estremeció. Giró lentamente la cabeza hacia la puerta y miró fijamente a Maigret, esbozando una mueca de desprecio.

El comisario entró y la observó durante unos minutos sin decir nada. Sabía que no era el caso de coaccionarla con preguntas retorcidas para extraer de ella una confesión involuntaria.

Tenía la suficiente sangre fría para no dejarse coger en esa clase de trampas, y el interrogador sólo conseguiría perder autoridad.

Se limitó a preguntar:

—¿Confiesas?

—¡No!

—¿Sigues negando haber matado a Mortimer?

—¡Sí, lo niego!

—¿Niegas haber comprado ropas de color gris para tu cómplice?

—¡Lo niego!

—¿Niegas habérselos enviado a su habitación del Majestic, con una carta donde le anunciabas que ibas a asesinar a Mortimer y le citabas en la calle?

—¡Lo niego!

—¿Qué hacías en el Majestic?

—Buscaba la habitación de la señora Goldstein.

—No hay ningún huésped que se llame así en el hotel.

—Lo ignoraba.

—¿Por qué te encontré huyendo, con un revólver en la mano?

—En el pasillo del primer piso vi a un hombre que disparaba contra otro y que tiraba después el arma al suelo. La recogí por temor a que la emplease contra sí... Y corrí para avisar a algún camarero...

—¿Nunca habías visto a Mortimer?

—No...

—Sin embargo, estuvo en el Rey de Sicilia.

—Hay más de sesenta huéspedes en el hotel.

—¿Tampoco conoces a Pietr el Letón ni a Oppenheim?

—No...

—¡Todo esto es absurdo!

—¡No me importa!

—Encontraremos el sitio donde compraste el traje gris.

—¡Muy bien!

—He escrito a tu padre, a Vilna...

La mujer tuvo el primer estremecimiento. Pero se recuperó enseguida:

—Si quiere que venga, envíele el dinero del billete; de lo contrario...

Maigret no se alteró. La miró con curiosidad y con cierta simpatía. Era una mujer inteligente.

Su declaración era inconsciente a todas luces. Los hechos hablaban por sí solos.

Pero es precisamente en tales ocasiones cuando la policía se halla impotente para oponer a las negativas del detenido una prueba material.

¡Y además no las había! El revólver no fue reconocido en ninguna de las armerías de París, y por tanto nada probaba que perteneciese a Anna Gorskine.

¿Su presencia en el Majestic en el momento del crimen? Se entra y se pasea por los grandes hoteles como por la calle. ¿Era eso lo que ella pretendía? No era imposible, *a priori*.

Nadie la había visto disparar. Y no quedaba ningún resto de la carta quemada por Pietr el Letón.

¿Hipótesis? Se podían formular tantas como se quisiera. Pero el jurado no condena por hipótesis. Al contrario, desconfía incluso de las pruebas, por miedo al fantasma del error judicial enarbolado siempre por los abogados defensores.

Maigret jugó la última carta.

—Han localizado al Letón en Fécamp...

Esta vez lo consiguió: Anna Gorskine tuvo un sobresalto. Pero después se dijo que estaba mintiendo, recuperó la calma y volvió a sentarse.

—¿Y que más?

—Una carta anónima, todavía sin verificar, dice que se oculta en una villa, en la casa de un tal Swaan.

Alzó hacia él sus ojos oscuros, que eran graves, casi trágicos.

Maigret, que miró maquinalmente los tobillos de Anna Gorskine, comprobó que, como temía su madre, sufría de hidropesía.

Sus escasos cabellos, que dejaban entrever el cuero cabelludo, estaban desordenados. Su vestido negro estaba sucio.

Por último, un vello bastante acentuado oscurecía su labio superior.

A pesar de todo era hermosa, de una belleza vulgar, animal. Con los ojos fijos en el comisario, la boca desdeñosa, el cuerpo un poco encogido, más bien por el instinto del peligro, gruñó:

—Si sabe usted todo esto, ¿para qué me interroga?...

Sus ojos se iluminaron por un momento y añadió con una risa insultante:

—¡A menos que no tema usted comprometerla a ella!... Es eso, ¿no?... ¡Ah! Ah... Yo importo poco... Una extranjera... Una chica que vive desesperada en el *ghetto*... ¡Pero ella!... Pues bien...

Iba a hablar, guiada por la pasión. Maigret, que notó que incluso su atención podía asustarla, tomó un aire indiferente y miró a otra parte.

—¡Pues bien! Nada... ¿Comprende? —exclamó—. ¡Lárguese! ¡Déjeme tranquila, por favor! Le digo que nada... ¡Nada!

Y se tiró al suelo, con un movimiento que resultaba imposible de prever, incluso conociendo a fondo a esta clase de mujeres.

¡Crisis de histeria! Estaba desfigurada. Torcía sus miembros y grandes estremecimientos sacudían su cuerpo.

Bella unos momentos antes, ahora se había puesto horrible, se arrancaba manojos de pelo, sin preocuparse por el dolor.

Maigret no se inmutó. Ya había visto cien crisis de esa misma clase. Fue a coger el botijo que había en el suelo. Estaba vacío.

Llamó a un guardián.

—Llévalo de prisa...

Un poco después, vertía el agua fría por encima del rostro de la judía, que jadeaba, abría los labios ávidamente, le miraba sin conocerle, para luego caer en un pesado sopor.

De vez en cuando, la recorría un escalofrío.

Maigret arregló el fino colchón de la cama que estaba pegada a la pared y levantó a Anna Gorskine con un gran esfuerzo.

Hizo todo aquello sin una sola sombra de rencor, con una dulzura de la que se le hubiera creído incapaz; bajó el vestido hasta las rodillas de la desgraciada, le tomó el pulso y, de pie a la cabecera, la miró durante largo

rato.

Vista de aquella manera, tenía el rostro fatigado de una mujer de treinta y cinco años. Sobre todo la frente estaba surcada de finas arrugas que no se veían de costumbre.

Por el contrario, las manos, regordetas, con las uñas embadurnadas de un esmalte malo, eran de una forma delicada.

Llenó su pipa, moviendo su índice a pequeños gestos lentos, como un hombre que no sabe muy bien lo que va a hacer. Durante unos momentos, se paseó por la celda cuya puerta había quedado entornada.

De repente, se volvió, asombrado, dudando de sus sentidos.

Acababan de cubrir el rostro de Anna Gorskine con la sábana. Ésta no era ya más que una masa informe bajo el algodón de un gris feo.

Y aquella masa se movía con sacudidas rítmicas. Al escuchar podían adivinarse unos gemidos ahogados.

Maigret salió sin hacer ruido, volvió a cerrar la puerta, pasó por delante del guardián y luego, después de haber recorrido diez metros, volvió sobre sus pasos.

—¡Haga que le traigan las comidas del restaurante Dauphine! — pronunció muy de prisa con voz gruñona.

Capítulo quince

Dos telegramas

Maigret se los leyó en voz alta al juez de instrucción Comélieu, que se mostraba aburrido.

El primero era una respuesta de la señora Mortimer-Levingston al telegrama que le anunciaba el asesinato de su marido.

Berlín. Hotel Modern. Enferma, fiebre alta, imposible viajar. Stones será necesario.

Maigret tuvo una sonrisa amarga.

—¿Comprende? Por el contrario, mire el telegrama de la *Wilhelmstrasse*. Está en *polcod*. Traduzco:

Señora Mortimer llegada por avión, alojada en el Hotel Modern, Berlín, donde encontró telegrama París al volver del teatro. Se metió en la cama e hizo llamar doctor americano Pelgrad. Doctor se ampara en el secreto profesional. ¿Hay que imponer visita experto? Criada hotel no ha notado ningún síntoma.

—Como puede ver, señor Comélieu, esta mujer no quiere ser interrogada por la policía francesa. No pretendo que sea la cómplice de su marido. Al contrario. Estoy convencido de que le ocultaba el noventa y nueve por ciento de sus asuntos. Mortimer no era hombre que se confiase a una mujer, sobre todo a la suya. Pero por lo menos conoce un mensaje que transmitió cierta noche, en el Pickwick's bar, a un bailarín profesional que el Instituto médico-legal conserva en hielo... Tal vez se tratara de la única vez que, por

necesidad, Mortimer la utilizó...

—¿Y Stones? —preguntó el magistrado.

—Principal secretario de Mortimer. Aseguraba la unión entre el jefe y los diferentes asuntos que emprendía. En el momento del crimen, llevaba ya ocho días en Londres. Se alojaba en el Hotel Victoria. Tuve cuidado de no avisarle. Pero telefoneé a Scotland Yard para que fueran a informarse de su persona. Hay que notar que, cuando la policía inglesa se presentó en el hotel Victoria, aún no se conocía la muerte de Mortimer en Inglaterra, a no ser en las redacciones de los periódicos. Lo cual no impide que el pájaro hubiera volado. Unos instantes antes de la llegada de los inspectores, Stones se había largado...

El juez lanzó una mirada sombría al montón de telegramas que cubrían su despacho.

La muerte de un millonario es un acontecimiento que conmueve a miles de personas. Y el hecho de que Mortimer había perecido con una muerte violenta alarmaba a todos los que mantenían asuntos con él.

—¿Cree que es necesario dejar correr la voz de que se trata de un crimen pasional? —dijo Comélieau sin convicción.

—Creo que es prudente. Si no, creará en primer lugar un pánico en la Bolsa y arruinará cierto número de empresas honradas, empezando por casas francesas que Mortimer ha puesto a flote recientemente.

—Naturalmente, pero...

—¡Espere! La embajada de los Estados Unidos le pedirá a usted pruebas... ¡Y no las tiene!... Yo tampoco...

El juez limpió los cristales de sus gafas.

—¿Y entonces...?

—¡Nada!... Espero noticias de Dufour, que está en Fécamp desde ayer... Deje que le hagan a Mortimer un bonito entierro... ¿Qué importancia puede tener eso?... Habrá discursos, delegaciones oficiales.

Hacía unos minutos que el magistrado observaba a Maigret con curiosidad.

—Tiene usted un aspecto extraño... —notó de repente.

El comisario sonrió, afectando un tono confidencial:

—¡La morfina! —dijo.

—¿Eh?...

—¡No tema nada! ¡Todavía no se ha convertido en un vicio para mí! Una simple inyección en el pecho... Los médicos quieren quitarme dos costillas, y pretenden que es absolutamente necesario... ¡Pero es un trabajo de locos!... Tengo que ingresar en una clínica y quedarme allí no sé cuántas semanas... Les he pedido sesenta horas de plazo... Según parece, todo lo más que arriesgo es una tercera costilla... ¡Dos más que Adán...! ¡Ya está! Ya veo que usted también se toma esto por lo trágico... Se ve que no ha discutido con el profesor Cochet, el hombre que ha tenido entre sus manos a casi todos los reyes y poderosos de este mundo... Le diría, como yo, que hay miles de personas que viven con un montón de cosas de menos en el cuerpo...

»Ya ve, el primer ministro de Checoslovaquia... Cochet le ha extraído un riñón... Lo he visto... Me ha enseñado de todo: los pulmones, el estómago... Y los propietarios de todo el mundo siguen enfrascados en sus pequeños negocios...

Miró la hora en el reloj y gruñó para sí mismo:

—Maldito Dufour...

Su rostro se tornó serio. La oficina del juez estaba llena del humo de su pipa. Maigret se encontraba allí a sus anchas, sentado en un rincón.

—¡Creo que haría mejor yendo yo mismo a Fécamp! —suspiró finalmente—. Hay un tren dentro de una hora.

—¡Sucio asunto! —concluyó el juez Comélieau retirando la carpeta.

El comisario estaba absorto contemplando la humareda que le rodeaba. El silencio sólo era interrumpido por el ruido de sus fumadas.

—¡Fíjese en esta foto! —dijo de repente.

Le tendía la de Pskov, con la casa del sastre, la madre sentada, el padre cuidando su postura, los dos hijos con el cuello de marinero bordado.

—¡Está hecha en Rusia! Tuve que consultar un atlas. ¡Cerca del Báltico! Allí hay varios países muy pequeños: Estonia, Lituania, Letonia... Y después, limitándolos, Polonia y Rusia. Las fronteras no coinciden con las razas. De pueblo en pueblo, a veces, el idioma cambia. Y existen además los judíos que, diseminados por todas partes, forman, sin embargo, otro pueblo. ¡Y añada los comunistas! ¡Se pelea en las fronteras y hay guerrillas de los nacionalistas! Las gentes viven de los pinos de los bosques. Los pobres son

más pobres que en cualquier otra parte. Mueren de hambre y de frío.

»Algunos intelectuales prohíben la cultura alemana, otros la esclava, otros incluso los viejos dialectos...

»Hay campesinos en Laponia y en Calmuk, grandes diablos rubios y también la raza mestiza de los judíos que se alimentan de ajos y matan a los animales de manera diferente que los otros...

Maigret cogió la fotografía de las manos del juez, que la había mirado sin gran interés.

—¡Qué chicos tan curiosos! —notó solamente.

Devolviéndosela al magistrado, el comisario preguntó:

—¿Podría decirme a cuál de los dos busco?

Quedaban todavía tres cuartos de hora antes de la salida del tren. El juez Comélieau examinó a cada uno de los muchachos, al que parecía desafiar al objetivo y al que se volvía como para pedirle consejo.

—¡Es terriblemente elocuente una foto como ésta! —dijo Maigret—. Uno se pregunta cómo los parientes y los profesores que los conocieron, no adivinaron enseguida lo que les reservaba el destino.

»Observe bien al padre... Le asesinaron una noche, cuando peleaban en las calles comunistas contra nacionalistas... Él no era ni de unos ni de otros... Había salido de su casa para comprar pan... Lo sé por boca del hotelero del *Rey de Sicilia*, que procede de Pskov...

»La madre, que vive todavía, continúa en la casa. El domingo se pone el traje nacional con el alto gorro que le cae a los dos lados de la cara...

»Los muchachos...

Se interrumpió.

—Mortimer —dijo cambiando la voz— nació en una granja de Ohio y comenzó vendiendo periódicos en San Francisco. Anna Gorskine, natural de Odessa, pasó su juventud en Vilna. La señora Mortimer, por último, es una escocesa emigrada a Florida desde su infancia.

»Todos ellos están ahora aquí y mi padre era guardabosques de una de las más antiguas propiedades del Loira.

Miró la hora una vez más y señaló en el retrato al muchacho que miraba a su hermano con admiración.

—¡Ahora se trata de ir a echarle el guante a este chico!

Sacudió la pipa en el carbón y estuvo a punto de encender de nuevo el fuego.

Unos momentos después, el juez Comélieau dijo a su secretario mientras limpiaba sus gafas bordeadas de oro:

—¿No cree usted que Maigret es otro? Me ha parecido... ¿Cómo expresarme?... Un poco nervioso... Un poco...

Buscó en vano la palabra y se cortó.

—¿Qué diablos vienen a hacer todos estos extranjeros a nuestro país?

Después de lo cual, cogiendo con un gesto brusco la carpeta de Mortimer, dictó:

—Tome nota: *el año mil novecientos...*

Si el inspector Dufour se encontraba en la misma esquina en que Maigret había esperado la salida del hombre de la trinchera durante una mañana de tempestad, es porque no había más que aquella esquina en la callejuela en cuesta, que después de dejar atrás los hoteles a cada lado, se convertía en un sendero y acababa por borrarse en la hierba rasa.

Dufour llevaba botines negros, un abrigo corto de gamarra y un casquete de marino como el que lleva todo el mundo en Fécamp y que debía de haberse comprado nada más llegar.

—¿Y bien? —preguntó Maigret acercándose a él en la oscuridad.

—Todo va bien, jefe.

Esto extrañó al comisario.

—¿Qué es lo que va bien?

—El hombre no ha entrado ni salido... Si llegó antes que yo a Fécamp y si entró en la villa, tiene que estar todavía allí...

—Cuéntame detalladamente todo lo ocurrido.

—Ayer por la mañana, nada. La criada fue al mercado. Por la noche, me hice relevar por el agente Bornier. Nadie entró ni salió durante la noche. A las diez, se apagaron las luces...

—¿Y luego?

—Esta mañana emprendí de nuevo mi servicio mientras Bornier fue a acostarse... Va a venir a reemplazarme... Hacia las nueve, como el día antes,

la criada fue al mercado... Hace media hora, la joven señora ha salido... No tardará en volver... Supongo que está de visita...

Maigret no dijo nada. Notaba lo imperfecto de aquel seguimiento. ¿Pero cuántos hombres serían necesarios para una vigilancia verdaderamente rigurosa?

Sólo para guardar el hotelito, no serían demasiado tres hombres. Y sería necesario un policía que siguiese a la criada, otro a la «joven señora», como decía Dufour.

—¿Hace media hora que ha salido?

—Sí... ¡Mire!... Ahí está Bornier... Ahora me toca a mí el turno de comer... Desde esta mañana, sólo he tomado un emparedado y tengo los pies helados...

—Vete...

El agente Bornier, que era muy joven, debutaba en la Brigada Móvil.

—He encontrado a la señora Swaan... —dijo.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—En el muelle... en este mismo momento... iba hacia el rompeolas.

—¿Sola?

—Completamente sola... por poco la sigo... pero luego he pensado que Dufour me esperaba... El rompeolas no lleva a ningún sitio, por lo tanto, no puede estar muy lejos...

—¿Cómo iba vestida?

—... un abrigo oscuro... no he reparado en ello.

—¿Me largo? —preguntó Dufour.

—Ya te lo he dicho...

—Si ocurre algo, me avisará, ¿no?... Le bastará llamar tres veces seguidas al timbre del hotel.

¡Aquello era una estupidez! Maigret apenas lo oyó. Ordenó a Bornier:

—Tú, quédate aquí...

Y de repente, se encaminó hacia la villa Swaan; casi arrancó el timbre de la verja. Vio luz en la planta baja, en la habitación que, como sabía, era el comedor.

Habían pasado cinco minutos y todavía no había aparecido nadie y decidió saltar el muro, que era bajo. Llegó hasta la puerta y llamó con el

puño.

Una voz asustada gimió desde el interior:

—¿Quién está ahí?

A la vez, se oían gritos de niños.

—¡Policía!... ¡Abra!...

Ligera vacilación. Unos pasos.

—¡Abra enseguida!...

El pasillo estaba a oscuras. Al entrar, Maigret distinguió en la sombra la mancha del delantal de la criada.

—¿La señora Swaan?

Entonces se abrió una puerta y vio la misma niña que ya había visto en su primera visita.

La criada permanecía inmóvil, con la espalda pegada contra la pared. Se la veía rígida de miedo.

—¿A quién has encontrado esta mañana?

—Le juro, señor agente, que...

Se deshizo en llanto.

Le juro... yo... le...

—¿Al señor Swaan?

—¡No!... Yo... era... el... cuñado de la señora... me pidió que le entregara una carta a mi señora...

—¿Dónde estaba?

—Frente a la carnicería... esperándome...

—¿Te había hecho otras veces este tipo de encargos?

—No... Nunca... Nunca le veía fuera de la casa.

—¿Sabes dónde ha citado a la señora Swaan?

—No sé nada... La señora ha estado muy nerviosa durante el día... También ella me ha hecho muchas preguntas... Quería saber cómo estaba... Le he dicho la verdad... Que tenía el aspecto de un hombre que iba a cometer una desgracia... Incluso al acercárseme, sentí miedo.

Maigret, de repente, salió sin cerrar la puerta tras él.

Andaba con paso rápido, deteniéndose de vez en cuando, mirando a su alrededor con angustia creciente.

Capítulo dieciséis

El hombre del acantilado

El agente Bornier, novato en el servicio, se emocionó al ver pasar corriendo ante él a su jefe, rozándole y sin decirle nada mientras la puerta de la villa quedaba abierta.

Le llamó dos veces:

—¡Comisario!... ¡Comisario!...

Maigret no se volvió. Sólo unos momentos después disminuyó el paso al entrar en la calle de Etretat, por la que circulaban algunos transeúntes, giró a la derecha, chapoteó en el barro de los muelles y, reemprendiendo la carrera, embistió el rompeolas.

Apenas había avanzado unos cien metros en aquella dirección, cuando distinguió una silueta femenina. Se desvió para pasar más cerca de ella. Una barca de pesca estaba descargando, con una lámpara de carburo colgada del escotillón.

Se detuvo esperando que la mujer entrara en el círculo luminoso. Vio el rostro convulso de la señora Swaan. Tenía la mirada vacía y su andar era rápido y torpe como si hubiera errado a través de las ciénagas, evitándolas por milagro.

El comisario estuvo a punto de abordarla, incluso llegó a dar algunos pasos hacia ella, pero veía ante él el desierto rompeolas, como una larga línea negra en la sombra limitada por los lados por la espuma de las olas.

Se precipitó hacia aquella dirección. Más allá de la barca de pesca no

había un alma. La luz verde y roja del paso perforaba la noche. El faro, clavado en las rocas, iluminaba cada quince segundos una gran extensión de mar y en el tiempo de un relámpago lanzaba sus rayos sobre el acantilado, que nacía y moría en forma fantasmal.

Maigret tropezó con las bitas de amarraje, subió a la pasarela montada sobre pilotajes y quedó sumergido entre el ruido de las olas.

Sus ojos escrutaban la oscuridad. Se oía la sirena de un barco solicitando la salida del canal.

Frente a él, el mar indefinido y ruidoso. Tras él, la ciudad, sus tiendas y su asfalto.

No conocía el terreno: queriendo atajar, dio mayor rodeo. La pasarela sobre los pilones le llevaba hasta el pie de un semáforo en el que había tres bolas negras que contó sin darse cuenta.

Más lejos, se inclinó sobre el parapeto y sobre las grandes charcas de espuma blanca que penetraban entre los penachos.

Su sombrero voló. Lo persiguió sin poder impedir que cayera al mar. Las gaviotas lanzaban agudos gritos y de vez en cuando sus alas blancas se dibujaban en el cielo.

¿Acaso la señora Swaan no había encontrado a nadie en la cita? Su compañero, ¿habría tenido tiempo de alejarse? ¿Estaría muerto?

Maigret estaba inquieto, convencido de que era asunto de segundos.

Llegó a la luz verde dando vuelta a las viguetas de hierro que la sostenían.

¡Nadie! Y las olas, una a una, rompían contra el dique, enhiestas, a trompicones, huyendo en un amplio hueco blanquecino para regresar con nuevo ímpetu.

Un ruido intermitente de guijarros machacados unos contra otros y el edificio confuso del casino vació.

¡Maigret buscaba a un hombre!

Dio media vuelta. Deambuló por la playa sorteando las piedras que, en la oscuridad, parecían patatas monstruosas.

Quedaba a la altura de las olas y éstas le salpicaban el rostro.

Fue entonces cuando se dio cuenta que era marea baja y que el rompeolas estaba rodeado por un cinturón de negras rocas entre las que bullía el agua.

Vio al hombre como por milagro. De buenas a primeras se le antojó un

objeto inanimado, como una sombra vaga entre las sombras.

Miró atentamente. Estaba sobre la última roca, donde la ola erguía su cresta más orgullosa antes de desplomarse como polvo de agua. Algo vivía...

Maigret, para llegar hasta allí, tuvo que deslizarse entre el conjunto de estacas que había recorrido pocos minutos antes.

Las algas recubrían la piedra. Las suelas resbalaban. Se oía un rumor múltiple, como la huida de centenares de cangrejos, el estallido de burbujas de aire o de conchas marinas y el estremecimiento imperceptible de los moluscos incrustados hasta media altura de los maderos.

Por una vez, Maigret pisó en el vacío y su pierna se hundió hasta la rodilla en una charca de agua.

Había perdido de vista al hombre, pero iba en dirección cierta.

Seguramente el otro habría llegado allí cuando la marea era más baja, ya que el comisario, de repente, se vio obligado a detenerse ante una charca de unos dos metros de ancho. Tanteó el fondo con el pie derecho; estuvo a punto de caer hacia delante. Al fin, se suspendió a los arbotantes de las vigas.

Era una de esas situaciones en las que más vale no ser visto. Se esbozan gestos para los que no se está preparado. Se falla todas las veces, como un mal acróbata, aunque, por decirlo así, se sigue avanzando a pesar de todo. Se cae y se recupera. Se borbotea, sin prestigio, sin belleza.

Maigret se cortó en la mejilla y más tarde no hubiera podido decir si había sido al caer de bruces sobre las rocas o rozando algún clavo saliente de los maderos. Volvió a ver al hombre, tan inmóvil, con un aspecto tan parecido a esta clase de piedras que de lejos tienen forma humana, que dudó de sí mismo. Llegado a cierta distancia el agua se removió entre sus piernas. No era marino. Avanzó con precipitación involuntaria.

Por fin llegó a las mismas rocas donde estaba situado el hombre. Estaba a un metro de distancia, a unos diez o quince pasos. Sin acordarse de su revólver, anduvo de puntillas todo cuanto se lo permitía el terreno. Hizo rodar algunas piedras cuyo ruido quedó confundido con el del reflujó. De repente, sin transición, saltó sobre la silueta pétrea y con su brazo doblado le agarró el cuello y lo derribó hacia atrás.

Ambos estuvieron a punto de resbalar y de ser tragados por una ola que rompía más violenta que las demás. No ocurrió así gracias al azar. Si otras

diez veces hubieran intentado el mismo ejercicio, diez veces les hubiera salido mal.

El hombre, que no había visto a su agresor, se debatía como una anguila. Con la cabeza inmovilizada agitaba el resto del cuerpo con una elasticidad que, en aquel ambiente, tomaba proporciones sobrehumanas. Maigret no quería ahogarlo. Tan sólo trataba de inmovilizarlo y con la punta de un pie se agarraba a la última estaca. Aquel pie los mantenía a ambos.

Duró muy poco la resistencia del adversario. No había sido más que una resistencia animal, espontánea.

En cuanto hubo reflexionado o quizá en el momento en que vio a Maigret, cuyo rostro estaba rozando el suyo, se inmovilizó.

Con un parpadeo le dio a entender que se entregaba, y cuando sintió libre su cuello señaló vagamente la masa viva del mar, balbuciendo con una voz todavía poco firme:

—¡Cuidado!

—¿Quiere que hablemos, Hans Johannson? —preguntó Maigret, cuyas uñas estaban hundidas en las algas viscosas.

Luego confesaría que, en aquel preciso momento, su compañero le hubiera podido echar al agua con un simple puntapié.

Fue cuestión de un segundo, pero Johannson, agachado cerca de la primera estaca, no se aprovechó de ello. También más tarde, Maigret confesaría que, por un momento, tuvo que agarrarse al pie de su compañero para remontar la cuesta.

Luego, ambos, sin decir palabra, rehicieron el camino en sentido inverso. La marea había crecido más todavía. A dos pasos de la orilla se vieron bloqueados por el mismo charco que había detenido al comisario, entonces todavía más profundo.

El Letón fue el primero en entrar en el agua, perdió pie cuando hubo recorrido tres metros, chapoteó, escupió y emergió por fin con agua hasta la cintura.

Maigret lanzóse hacia delante. Por un momento cerró los ojos con la impresión de ser absolutamente impotente para mantener en la superficie su

cuerpo demasiado pesado.

Los dos hombres se reunieron sobre los guijarros de la playa calados hasta los huesos, chorreando.

—¿Ha hablado? —preguntó el Letón con voz inaudible, una voz en la que no quedaba nada de aquello que aferra a un hombre a la vida.

Maigret tenía derecho a mentir.

Prefirió declarar:

—No ha dicho nada... Pero sé...

Era imposible continuar allí. A causa del viento, sus trajes mojados se convertían en una compresa helada. El primero en castañetear los dientes fue el Letón. Bajo la tenue luz de la luna, Maigret constató que sus labios estaban morados.

No llevaba bigote. Era la cara inquieta de Fedor Yourovitch, la del niño de Pskov que devoraba a su hermano con la mirada. Pero a pesar de que sus pupilas eran del mismo gris turbio, las suyas tenían una fijeza cruel.

Girando casi en redondo hacia la derecha, ambos veían el acantilado salpicado por dos o tres puntos luminosos: las villas, entre ellas la de la señora Swaan.

Y cuando pasaba la pincelada del faro, se adivinaba el techo que la cobijaba, a ella, a los dos niños y a la asustada criada.

—Vamos... —dijo Maigret.

—¿A la comisaría?

Su voz era resignada, o mejor, indiferente.

—No...

Conocía uno de los hoteles del puerto, Chez León, y había observado que tenía una entrada que sólo utilizaban en verano los bañistas que venían a pasar la temporada en Fécamp. La puerta daba a una habitación que, durante el verano, se convertía en un comedor casi lujoso. En invierno, los pescadores se contentaban con beber y comer ostras y arenques en la sala del café.

Fue aquélla la puerta que empujó Maigret. Junto a su compañero atravesó la sala a oscuras y fue a parar a la cocina, donde una criada muy joven lanzó un grito de estupor.

—¡Llama a tu patrón!...

—¡Señor León! ¡Señor León! —gritó sin moverse.

—Una habitación... —dijo el policía cuando el señor León apareció.

—¡Señor Maigret!... Pero si está usted empapado... ¿Acaso?...

—Una habitación... —dijo el policía cuando el señor León intentaba acercársele.

—No está encendido el fuego en las habitaciones... y una bolsa de agua caliente en modo alguno bastará para...

—¿Pero tendrá al menos dos batas?

—Naturalmente... las mías... Pero...

¡El comisario por lo menos era unos tres palmos más alto!

—¡Tráigalas!

Treparon por una escalera empinada y de alambicados recodos. La habitación estaba completamente limpia. El señor León cerró los postigos y propuso:

—Un ponche, ¿verdad?... ¡y bien cargado!

—Eso mismo... pero ante todo las batas...

Maigret se estaba sintiendo de nuevo enfermo de frío. El lado herido de su pecho estaba como helado.

Por unos momentos reinó, entre él y su compañero, la familiaridad propia de quienes comparten una habitación. Se desnudaron uno frente al otro. El señor León pasó su brazo, provisto con las dos batas, a través de la puerta entreabierta.

—¡Déme la más grande! —dijo el policía.

El Letón las comparó.

En el mismo instante en que le alargaba la prenda a su compañero, dióse cuenta del vendaje empapado y su cara se agitó en un tic nervioso.

—¿Es grave?

—Únicamente unas dos o tres costillas para extirpar cualquier día de estos...

A sus palabras siguió un silencio que rompió el señor León gritando detrás de la puerta:

—¿Todo en orden?...

—¡Entre!

La bata de Maigret le llegaba sólo a las rodillas, dejando al descubierto sus pantorrillas fuertes y velludas.

El Letón, delgado y pálido, con su pelo rubio y sus tobillos femeninos, tenía con aquella prenda la elegancia de un clown.

—¡Los ponches estarán listos enseguida! Pongo a secar sus trajes, ¿no?

El señor León, recogiendo los dos bultos húmedos y deformes, gritó desde lo alto de la escalera:

—¿Qué hay de los ponches, Henriette?...

Regresó a la habitación para recomendarles:

—No hablen demasiado alto... Hay un viajante de comercio de El Havre en la habitación contigua... Ha de tomar el tren a las cinco de la mañana...

Capítulo diecisiete

La botella de ron

Quizá sería exagerado pretender que, en muchas investigaciones, nacen unas relaciones cordiales entre el policía y aquel a quien debe hacer confesar.

Sin embargo, casi siempre y a menos de tratarse de un bruto, se establece cierta intimidad. Sin duda, esto se debe al hecho de que, durante semanas y a veces meses, policía y malhechor viven pendientes el uno del otro. El investigador trabaja encarnizadamente para penetrar hasta el fondo del pasado del culpable, intenta reconstruir sus pensamientos y prever sus mínimos reflejos. En la partida, ambos se juegan la piel. Y cuando se encuentran, las circunstancias son suficientemente dramáticas como para hacer desaparecer la indiferencia cortés que suele presidir diariamente las relaciones entre los hombres.

Se ha visto a inspectores que, tras haber detenido con penas y trabajos a un malhechor, le han ido tomando afecto, le han visitado en la cárcel y lo han sostenido moralmente hasta el cadalso.

Esto explica, en parte, la actitud de los dos hombres al quedarse solos en la habitación. El hotelero había traído un infiernillo de carbón de madera y el agua hervía en una caldera. Al lado, entre dos vasos y una azucarera, se erguía una botella de ron.

Los dos tenían frío.

Envueltos en sus batas prestadas, se inclinaban sobre el infiernillo, demasiado pequeño para calentarles. En su actitud había el abandono de un

cuerpo de guardia, de cuartel, aquel dejarse ir que sólo existe entre los hombres para quienes las contingencias sociales ya no cuentan momentáneamente.

¿Quizá era, simplemente, que tenían frío? Era más probable que fuera debido al cansancio que pesaba al mismo tiempo sobre ambos.

¡Aquello era el fin! No necesitaban hablar de ello para sentirlo.

Se dejaron caer, cada uno sobre una silla; acercaban sus manos a la caldera y miraban vagamente el infiernillo de esmalte azul que les servía de nexo.

Fue el Letón quien tomó la botella de ron y quien preparó los ponches con gestos precisos. Después de unos sorbos, Maigret preguntó:

—¿Quería matarla?

La respuesta llegó enseguida y con la misma simplicidad.

—No he podido.

El rostro del hombre se estremeció agitado por unos tics que ya no iban a abandonarle. Lo mismo parpadeaba varias veces consecutivas y con gran rapidez, que alargaba sus labios en todos sentidos y que se le ensanchaban y cerraban las aletas de la nariz.

La fisonomía voluntariosa e inteligente de Pietr se esfumaba. Podía más la del ruso, el vagabundo de nervios hipertensos cuyos gestos no le interesaban a Maigret.

Fue así como no se dio cuenta de que la mano de su compañero tomaba la botella de ron. Llenó y vació el vaso de un tirón y sus ojos empezaban a brillar.

—Pietr, ¿era su marido?... Hacían uno, con Olaf Swaan, ¿verdad?...

El Letón se levantó, incapaz de mantenerse en el sitio. Buscó cigarrillos a su alrededor y, al no encontrarlos, pareció desesperarse. Al pasar cerca de la mesa en la que estaba el infiernillo se escanció más ron.

—No es por ahí por donde hay que empezar —dijo.

Luego, mirando de frente a su compañero, continuó:

—Resumiendo: que usted lo sabe todo, o casi todo.

—Los dos hermanos de Pskov... eran gemelos, ¿no? Usted es Hans, el

que miraba al otro con admiración y docilidad...

—De pequeños, a él ya le divertía tratarme como a un criado... y no cuando estábamos los dos solos, sino también ante nuestros compañeros... No decía criado, decía esclavo... Se había dado cuenta de que aquello me gustaba... y me gustaba... todavía ahora no sé por qué... no veía más que con sus ojos... me hubiera dejado matar por él... luego, cuando más tarde...

—¿Cuándo más tarde?...

Crispaciones. Parpadeos. Sorbo de ron.

Encogimiento de hombros como queriendo decir:

—Después de todo...

Y una voz contenida:

—Luego, cuando más tarde amé a una mujer... no creo haberla amado a ella con mayor abnegación... mucha menos, ¡sin duda!... Amaba a Pietr como... ¡no sé!... Me pegaba con los compañeros que no admitían su superioridad y, como yo era el más débil, recibía los golpes con una especie de júbilo.

—Ese tipo de dominio es frecuente entre los gemelos —observó Maigret, sirviéndose un segundo ponche—. ¿Me permite un momento?

Fue hasta la puerta y gritó a Léon que le subiera la pipa y el tabaco olvidados en su traje. El Letón intervino:

—Cigarrillos para mí, ¿quiere?

—¡Y cigarrillos, patrón!... ¡«Gauloise azul»!

Regresó a su sitio. Los dos esperaron en silencio que la criada trajera lo que habían pedido y que se retirara.

—¿Estaban juntos en la Universidad de Tartu? —prosiguió Maigret.

El otro no conseguía sentarse ni permanecer quieto. Fumaba, mordisqueando el cigarrillo y escupiendo briznas de tabaco. Daba vueltas por la habitación con paso vacilante, cambiaba de sitio un jarrón de la chimenea, lo desplazaba, hablaba con fiebre creciente.

—Sí...; ¡allí empezó todo! Mi hermano era el estudiante mejor. Todos los profesores se ocupaban de él. Los alumnos sufrían la influencia de su prestigio hasta tal punto que, a pesar de ser uno de los más jóvenes, fue elegido presidente del *Ugala*.

»Se bebía mucha cerveza en las tabernas; yo, sobre todo. Ignoro por qué

empecé a beber tan pronto. No tenía ningún motivo. En realidad, siempre he bebido.

»Creo que era debido sobre todo a que, después de unos vasos, me imaginaba un mundo a mi manera en el que yo desempeñaba un magnífico papel...

»Pietr era muy duro conmigo. Me llamaba “cochino ruso”. Usted no puede comprenderlo. Nuestra abuela materna era rusa y en nuestro país, a los rusos, después de la guerra, los tenían por perezosos, borrachos y soñadores.

»En aquella época, se produjeron ciertos disturbios provocados por los comunistas. Mi hermano se puso al frente de la corporación *Ugala*. Fueron a buscar armas a un cuartel e iniciaron el combate, en plena ciudad.

»Yo tuve miedo... No era culpa mía... tenía miedo... Ni siquiera podía andar... permanecí en una taberna con los postigos cerrados y estuve bebiendo mientras duró todo aquello.

»Creía que mi destino era convertirme en un gran dramaturgo como Chejov, cuyas obras conocía de memoria. Pietr se reía.

»—¡Tú!... ¡Siempre serás un fracasado! —pretendía.

»Aquél fue un año de disturbios, revueltas, de vida trastocada. El ejército no bastaba para mantener el orden, los habitantes habían formado legiones para defender la ciudad.

»Mi hermano, jefe de los *Ugala*, se iba convirtiendo en un personaje a quien incluso los más dignos tomaban en serio. Era todavía un imberbe y ya se hablaba de él como de un futuro hombre de Estado de la Estonia liberada.

»Pero el orden se restableció y se descubrió cierto escándalo que fue preciso tapar. Al hacer las cuentas vieron que Pietr había utilizado *Ugala* para incrementar su fortuna personal.

»Miembro de varios comités, había manipulado en todos los papeles.

»Se vio obligado a abandonar el país. Marchó a Berlín y me escribió para que fuera a reunirme con él.

»Fue allí donde debutamos juntos.

Maigret observaba la cara excitada del Letón.

—¿Quién hacía las falsificaciones?

—Pietr me enseñó a imitar cualquier tipo de escritura y me obligó a seguir un curso de química... Yo vivía en una pequeña habitación y me pagaba doscientos marcos al mes... Algunas semanas más tarde, él se compraba un coche para llevar a pasear a sus amantes...

»Nos dedicábamos, sobre todo, a la falsificación de cheques... Un cheque de diez marcos lo convertía en uno de diez mil y Pietr lo hacía pasar a Suiza, Holanda e incluso, en cierta ocasión, a España...

»Yo bebía mucho y él me despreciaba. Me trataba con maldad. Cierta día estuvieron a punto de apresarle por mi culpa a causa de una falsificación menos perfecta que las demás.

»Me pegó a bastonazos...

»¡Yo callé! y seguí admirándolo... Ignoro por qué... Además, se imponía a todo el mundo. De haberlo querido, en cierta ocasión hubiera podido casarse con la hija de un ministro del Reich... Por culpa del cheque fracasado tuvimos que pasar a Francia, donde viví, primero, en la calle de l'Ecole-de-Médecine...

»Pietr ya no trabajaba solo. Se había afiliado a varias bandas internacionales... Viajaba con frecuencia por el extranjero y cada vez se servía menos de mí. Sólo algunas veces para ciertas falsificaciones, ya que yo me había convertido en un experto en la materia...

»Me daba poco dinero.

»—Nunca servirás para nada más que para beber, “cochino ruso” — repetía.

»Cierta día me anunció que se iba a América para un asunto colosal que le convertiría en multimillonario. Me mandó instalarme en provincias porque, en París, la policía del departamento de extranjeros me había ya interpelado varias veces.

»—Únicamente te pido que permanezcas quieto... ¡No es mucho, me parece!...

»Al mismo tiempo, me encargaba una serie de pasaportes falsos que yo le proporcionaba.

»Pasé a El Havre...

—Y allí encontró a la que más tarde sería la señora Swaan...

—Se llamaba Berta...

Hubo un silencio. La nuez de Adán del Letón se estaba hinchando.

Al fin estalló:

—¡Cuánto pude desear entonces poder convertirme en *algo*...! Ella era cajera del hotel en el que yo vivía... todos los días, me veía regresar borracho... entonces, me reñía...

»Era muy joven, aunque seria. A mí me evocaba un hogar y unos niños.

»Cierta noche en que yo no estaba borracho del todo y en que ella me reprendía, me eché a llorar en sus brazos y creo que juré convertirme en otro hombre.

»Creo que hubiera mantenido mi palabra. ¡Todo me asqueaba! ¡Estaba harto de arrastrarme!...

»Aquello duró cerca de un mes... ¡Se reirá! Porque es una tontería, ya lo sé... pero los domingos, los dos asistíamos a los conciertos públicos. Estábamos en otoño... solíamos regresar por el puerto y veíamos los barcos...

»No hablábamos de amor... decía que era amiga mía... pero yo sabía que algún día...

»¡Ah sí!... cierto día mi hermano regresó... necesitaba de mí con urgencia... llevaba una maleta llena de cheques para falsificar... ¡cualquiera podía saber de dónde los había sacado!... Pertenecían a los bancos más importantes del mundo...

»Por aquel entonces se había convertido en oficial de marina y se hacía llamar Olaf Swaan...

»Vivió en mi hotel durante varias semanas, y ya que se trataba de un trabajo delicado, mientras yo falsificaba los cheques, él se dedicaba a recorrer los puertos de la costa para comprar barcos...

»Porque su nuevo negocio marchaba viento en popa. Me explicó que se había puesto de acuerdo con uno de los más importantes financieros americanos, quien, naturalmente, desempeñaría un papel oculto en aquella combinación.

»Se trataba de reunir, en una sola mano, todos los hilos de las grandes bancas internacionales.

»Se había realizado ya el acuerdo de los *bootleggers*... se necesitaban barcos de pequeño tonelaje para el contrabando de alcohol...

»¿Es necesario que le explique el resto? Pietr me había cortado la bebida para obligarme a trabajar... Vivía encerrado en mi habitación entre lupas de relojero, ácidos, plumas, tintas de todas clases, e incluso, una imprenta portátil...

»Cierta día entré en la habitación de mi hermano.

»Berta estaba entre sus brazos...

En aquel momento agarró con fuerza la botella que estaba casi vacía y se la bebió de un trago.

—¡Me fui! —concluyó con una voz muy extraña—. No podía hacer otra cosa. Me fui... Tomé el tren. Desde entonces he deambulado días y días por todos los bares de París. Hasta que fui a parar a la calle del Rey de Sicilia, borracho como una cuba y enfermo a morir.

Capítulo dieciocho

El matrimonio de Hans

—Parece ser que yo sólo soy capaz de inspirar piedad a las mujeres. Cuando me desperté, había una judía a mi lado cuidándome...

»¡También a ella se le metió en la cabeza impedirme beber!... Al igual que la otra, me trataba como a un niño.

Se echó a reír. Tenía los ojos empañados. Resultaba agotador seguirle en sus desplazamientos y en sus cambios de expresión.

—Sólo que ella no soltó prenda. En cuanto a Pietr... sin duda por algo somos gemelos y, a pesar de todo, existen muchas cosas en común entre los dos...

»Ya le he dicho que hubiera podido casarse con una alemana de la alta sociedad... ¡Pues no! Algo más tarde se casó con Berta, cuando acababa de cambiar de sitio y estaba trabajando en Fécamp... No le dijo la verdad.

»¡Lo comprendo perfectamente!... ¿Se da cuenta? Es la necesidad de tener un rincón propio, tranquilo...

»¡Tuvo hijos!...

¡Se diría que aquello ya fue demasiado! Su voz se quebró. En sus ojos brillaban ya auténticas lágrimas, pero se secaron inmediatamente como si sus párpados estuvieran quemando.

—Todavía esta mañana estaba convencida de haberse casado con un capitán auténtico, de carrera brillante...

»De vez en cuando pasaba unos días y hasta un mes junto a ella y los

críos...

»Yo, durante aquel tiempo, no podía sacarme de encima a la otra, a Anna...

»No creo que nunca encuentre nadie capaz de explicar por qué me quería. Pero me quería y esto es un hecho...

»Yo la trataba como mi hermano siempre me había tratado... la injuriaba... la rebajaba constantemente...

»Cuando me emborrachaba, ella lloraba... y yo, ¡bebía a propósito!...

»Luego, caía enfermo y ella me cuidaba durante semanas... porque esto terminaba por romperse...

Y al decir aquello mostraba su cuerpo con repugnancia.

—¿No quiere mandar que suban más bebida? —suplicó.

Maigret vaciló sólo un instante y desde el descansillo gritó:

—¡Más ron!

El Letón no le dio las gracias.

—De vez en cuando me escapaba y marchaba hacia Fécamp rondando alrededor de la villa en la que Berta estaba instalada... Todavía la veo llevando el cochecito de su primer bebé...

»Pietr se había visto obligado a decirle que yo era su hermano, a causa de nuestro parecido...

»Cierta vez tuve otra idea... Cuando éramos chiquillos me las ingeniaba para copiar los andares de Pietr...

»Para abreviar, estaba carcomido por tantos pensamientos turbulentos, que un día me vestí como él y me encaminé hacia allí...

»La criada no sospechó nada... Pero en el mismo momento en que me disponía a entrar, llegó el chiquillo y empezó a gritar:

»—¡Papá!...

»¡No soy más que un imbécil! ¡Me escapé! Sin embargo, esto ha quedado grabado en mi cabeza...

»De tarde en tarde, Pietr me citaba... Necesitaba más falsificaciones...

»¡Yo las hacía! ¿Por qué?

»Lo odiaba y, sin embargo, estaba sometido a su autoridad...

»Manejaba millones, frecuentaba palacios, salones...

»Jamás me he interesado por su organización, pero usted debe adivinarla

como yo mismo. Mientras había estado solo o con un puñado de cómplices únicamente había intentado asuntos de mediana envergadura...

»Pero Mortimer, a quien he conocido recientemente, se dio cuenta de ello... Mi hermano tenía la habilidad, la cara dura, el puede decirse *genio*; el otro, poseía la apariencia y una sólida reputación en todo el mundo...

»Pietr se ocupaba de reunir a los grandes estafadores bajo su autoridad, y organizaba el golpe.

»Mortimer era el banquero del asunto...

»Todo aquello me resultaba indiferente... Tal como me decía mi hermano cuando yo no era más que un estudiante en Tartu, yo era un fracasado... y al igual que todos los fracasados, bebía, pasando periódicamente de la exaltación al abatimiento...

»Sólo una cosa se mantenía a flote en medio del naufragio y aún me pregunto por qué. Sin duda porque era la primera vez que entreveía una posible felicidad: Berta...

»Tuve la mala suerte de ir allí, el mes pasado... Berta me dio consejos... y añadió:

»—¿Por qué no toma el ejemplo de su hermano?

»Entonces, bruscamente, tuve una idea. No comprendí por qué no se me había ocurrido antes... ¡Con sólo quererlo, podría ser Pietr!

»Algunos días más tarde, él me escribía diciéndome que llegaba a Francia y que me necesitaba.

»Fui a Bruselas a esperarlo. Subí al tren por la vía contraria y me escondí detrás de las maletas hasta el mismo momento en que le vi levantarse para ir al lavabo. Llegué antes que él.

»¡Lo maté! Acababa de tragarme un litro de ginebra belga. Lo más difícil fue desnudarlo y ponerle mi traje...

Bebió vorazmente, con una avidez que Maigret no podía haber imaginado.

—En su primera entrevista en el Majestic, ¿Mortimer no sospechó nada?

—Creo que sí, pero era una vaga sospecha. En aquel momento yo sólo tenía una idea fija: la de ver de nuevo a Berta...

»Quería confesarle la verdad... En realidad no sentía remordimientos y,

sin embargo, no era capaz de sacar ningún provecho de mi crimen... La maleta de Pietr contenía trajes de todas clases... Me vestí de vagabundo como he solido hacerlo muchas veces... salí del hotel por la puerta de atrás... sentí que Mortimer me estaba siguiendo y, durante dos horas, me dediqué a despistarlo...

»Luego tomé un coche y me hice llevar a Fécamp...

»Berta no comprendió en absoluto mi llegada... y yo, frente a sus preguntas, no tuve el valor de acusarme.

»Luego apareció usted... le vi por la ventana... Le expliqué a Berta que me perseguían por robo, pidiéndole que me ayudara.

»Cuando usted se marchó, me dijo:

»¡Ahora váyase! ¡Está deshonrando la casa de su hermano...!

»Exactamente. ¡Eso dijo! ¡Y yo me alejé! Y regresamos a París, usted y yo...

»Hallé de nuevo a Anna... por descontado hubo escena... ¡lágrimas! Mortimer llegaba a medianoche y habiéndolo comprendido todo, me amenazó de muerte si no ocupaba definitivamente el lugar de Pietr...

»Para él era cuestión de vida o muerte... Pietr era su único enlace con las bandas... sin él, perdía todo su poder sobre ellas...

»De nuevo el Majestic... ¡y usted tras de mí!... Estaba oyendo hablar de cierto inspector muerto... le veía a usted, rígido, hundido en su abrigo...

»Nunca podrá imaginar el asco que sentía por la vida... ante la idea de verme condenado a desempeñar eternamente el papel de mi hermano...

»¿Recuerda aquel pequeño bar?... ¿Y la foto que dejó caer?...

»Cuando la visita de Mortimer al Rey de Sicilia, Anna había protestado... Se sentía perjudicada por aquella combinación y comprendía que mi nuevo papel iba a alejarme de ella...

»Por la noche, en mi habitación del Majestic, encontré un paquete y una carta...

»Un traje de confección gris y un mensaje de Anna anunciándome que iba a matar a Mortimer citándole en cierto sitio.

El humo había enrarecido el ambiente, que se había ido tornando más caliente. Los contornos de los objetos quedaban diluidos.

—Usted vino aquí para matar a Berta... —articuló Maigret.

Su compañero bebía. Vacío el vaso antes de responder apoyándose contra la chimenea:

—¡Para acabar con todo el mundo y conmigo mismo! Estaba hasta la coronilla de todo... Tan sólo restaba una idea en mi cerebro al estilo de las ideas de ruso, como decía mi hermano... Morir con Berta, el uno en brazos del otro...

Se interrumpió para proseguir con voz cambiada:

—Es estúpido. Hay que haber bebido un litro de alcohol para tener estas ideas... Había un policía en la puerta. Me había serenado... Deambulé... esta mañana le he entregado una nota a la criada, en la que citaba a mi cuñada en el rompeolas especificando que si no podía traerme un poco de dinero, iban a prenderme...

»Innoble, ¿verdad?...

»Y ha venido...

Entonces, de repente, con los codos sobre el mármol de la chimenea, estalló en sollozos, no como un hombre sino como un niño. Explicó con voz entrecortada por el llanto:

—No tuve valor... estábamos en la sombra... aquel mar que rugía... y aquel rostro en que nacía la inquietud... lo dije todo... ¡todo!... ¡Y el crimen!... Sí, con el cambio de ropas en aquel lavabo estrecho... luego, por su aspecto de loca, le juré que no era verdad... ¡Aguarde!... No lo del crimen, sino que Pietr fuera un canalla... llegué a gritarle que había inventado todo aquello para vengarme... Debió creerlo... Estas cosas siempre se creen... Dejó caer el bolso con el dinero que había traído. Y me dijo: ¡No!, no pudo decir nada...

Levantó la cabeza mirando hacia Maigret con el rostro convulso. Intentó caminar, pero vaciló y tuvo que agarrarse a la chimenea.

—¡Eh, usted! ¡Páseme la botella!

Y en aquel «usted» se adivinaba un afecto áspero.

—Oiga... ¿quiere prestarme aquella foto un momento?... Ya sabe...

Maigret sacó el retrato de Berta de su bolsillo. Fue el único error que cometió en todo el proceso, el de creer que la muchacha estaba dominando

los pensamientos de Hans en aquel momento.

—No... la otra...

¡La de los dos chiquillos con cuello de marinero bordado!...

El Letón la miró como un alucinado. El comisario la estaba viendo al revés, pero percibía la admiración del más rubio de los chiquillos hacia su hermano.

—¡Se han llevado el revólver con mi traje! —dijo de pronto Hans, sin acento, con voz neutra y mirando a su alrededor.

Maigret estaba congestionado. Indicó torpemente la cama donde estaba el suyo.

Entonces, el Letón soltó la chimenea y ya no vaciló. Debía apelar a toda su energía.

Pasó a menos de un metro del comisario. Ambos llevaban la bata. Habían compartido las botellas de ron.

Todavía quedaban las dos sillas, cara a cara, una a cada lado del infiernillo de carbón de madera.

Sus miradas se cruzaron. Maigret no tenía valor para volver la cabeza. Esperaba un momento de pausa.

Pero Hans pasó rígido y se sentó al borde de la cama, cuyos muelles rechinaron. En la segunda botella todavía quedaba algo de alcohol. El comisario la tomó. El cuello de la botella tintineó contra el vaso.

Bebió lentamente. ¿Tal vez simulaba beber? Su respiración se mantenía en suspenso.

Por fin, un disparo. Terminó de un trago el contenido del vaso.

Aquello, en lenguaje administrativo, se tradujo por: El... de noviembre... de 19... a las diez de la noche el llamado Hans Johansson, nacido en Pskov, Rusia, súbdito estoniano, sin profesión, domiciliado en París, calle del Rey de Sicilia, tras haberse reconocido culpable del asesinato de su hermano Pietr Johansson, cometido en el tren llamado «Estrella del Norte», el... de noviembre, del mismo año, se ha suicidado con un disparo en la boca, poco después de su detención en Fécamp por el comisario Maigret, de la Primera Brigada Móvil.

El proyectil de calibre 6mm, atravesando la bóveda del palatino, se alojó en el cerebro. La muerte fue instantánea.

El cuerpo ha sido enviado, para realizar los exámenes pertinentes, al Instituto Médico Legal, que ha acusado recibo del mismo.

Capítulo diecinueve

El herido

Los enfermeros marcharon, pero no sin que antes la señora Maigret les hubiera obsequiado con un licor de ciruelas que ella misma preparaba cuando pasaba sus vacaciones de verano en el pueblo de Alsacia del que era oriunda.

Una vez cerrada la puerta y mientras desaparecían los pasos en la escalera, penetró en el dormitorio, tapizado con papel estampado de ramos de rosas.

Maigret, algo cansado, con ojeras, estaba extendido en el gran lecho sobre el que destacaba un edredón de seda roja.

—¿Te han hecho daño? —preguntó su mujer, mientras ordenaba la habitación.

—No mucho...

—¿Puedes comer?

—Un poco...

—¡Y pensar que te ha operado el mismo cirujano que opera a reyes y a personas como Clemenceau y Corteline!...

Abrió la ventana para sacudir una alfombra en la que un enfermero había dejado marcadas sus pisadas. Luego, fue a la cocina, cambió una cazuela de sitio y sacó la tapadera para ponerla al través.

—Dime, Maigret... —dijo al regresar.

—¿Qué? —preguntó él.

—¿Tú crees en esta historia de los crímenes pasionales?

—¿A quién te refieres?

—A la judía Anna Gorskine, que pasa esta mañana por el banquillo de acusados. Una mujer de la calle del Rey de Sicilia que, según dice, amaba a Mortimer y lo ha matado por celos...

—¡Ah! ¿Es hoy?

—Esto no hay quien lo crea...

—¡Bah! ¡La vida es tan complicada!... ¿Sabes?, tendrías que levantarme un poco la almohada...

—¿La absolverán?

—¡Se absuelve a mucha gente!

—Eso es exactamente lo que yo digo. ¿No estaba mezclada en tu asunto?

—Muy vagamente... —suspiró Maigret.

La señora Maigret se encogió de hombros.

—¡Pues sí que merece la pena ser la mujer de un oficial de la policía judicial!

Pero aquello lo decía sonriendo.

—Siempre que pasa algo —añadió— es la portera quien me informa... tiene un sobrino periodista... ¡ella!...

Maigret también sonrió.

Antes de su operación había ido a ver por dos veces a Anna en Saint Lazare.

La primera vez le arañó en el rostro.

La segunda le proporcionó indicaciones que le permitieron, al día siguiente, poder detener a Pepito Moretto, el asesino de Torrence, y de José Latourie, en un «meublé» de Bagnolet.

Días y días sin noticias. De vez en cuando, un telefonazo, apenas tranquilizador, llegado del quinto infierno. De pronto, una mañana, Maigret llegó con el aspecto de un hombre que ha terminado sus fuerzas y dejándose caer sobre un sillón balbuceaba:

—Ve a buscarme un médico...

Ella trotaba contenta por el piso, fingiendo refunfuñar, para guardar las apariencias; removía el fricot que crepitaba en la cazuela, agitaba los cubos

de agua, abría y volvía a cerrar las ventanas y preguntaba de vez en cuando:

—¿Una pipa?...

La última vez no obtuvo contestación.

Maigret dormía con la mitad del cuerpo aplastado por el edredón rojo y con la cabeza hundida en la enorme almohada de plumas, mientras que alrededor de su rostro tranquilo revoloteaban todos aquellos ruidos familiares.

En el palacio de justicia, Anna Gorskine estaba defendiendo su cabeza.

En la Santé, en una celda supervigilada, Pepito Moretto conocía su suerte y paseaba en redondo por su celda, bajo la mirada indiferente del guardián, cuyo rostro quedaba cuadriculado por una verja de la mirilla.

En Pskov, una mujer anciana, con el birrete nacional bajado sobre las mejillas, debía dirigirse hacia la iglesia en su trineo que se deslizaba sobre la nieve y cuyo cochero, borracho, fustigaba al poney articulado como un juguete.